

JAMES HADLEY CHASE

Para cubrir las apariencias



Lectulandia

El coronel Parnell, dueño de una agencia de detectives, recibe una carta de un viejo granjero, Frederick Jackson, en la que le recuerda que su hijo había servido a las órdenes de Parnell en Vietnam. Le pide también que busque a su nieto, que ha desaparecido, y que trate de encontrarlo en recuerdo de todo lo que su padre había hecho por el regimiento.

La tarea es asignada a Dirk Wallace, que, frente a la extraña muerte de Frederick, descubre que fue asesinado para ocultar otro hecho. En una atmósfera de engaño y de asesinatos, la búsqueda del nieto no es sólo complicada, sino tremendamente peligrosa.

James Hadley Chase, maestro indiscutido del suspenso, sigue la línea de sus grandes éxitos con esta nueva novela que ha titulado Para cubrir apariencias. Una obra verdaderamente notable.

James Hadley Chase

Para cubrir las apariencias

Dirk Wallace: 1

ePub r1.0

Titivillus 06.11.2019

Título original: *Hand me a fig leaf*
James Hadley Chase, 1982
Traducción: Alicia Steimberg
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Para cubrir las apariencias

1

2

3

4

5

6

7

8

Sobre el autor

Notas

1

SONÓ el intercomunicador.

Chick Barley, que estaba bebiendo su segunda copa del día, derramó un poco de *whisky* de su vaso, soltó una palabrota y luego apretó el botón.

La voz de Glenda Kerry en el aparato era un chillido fuerte y metálico.

—¡Dirk al coronel, y rápido! —exclamó y cortó la conexión.

Chick me miró. Yo estaba sentado ante mi escritorio.

—Ya oíste a la niña. El problema con ella es que no lo hace regularmente. Cuando una chica no...

Pero yo ya me alejaba, por el largo corredor hacia la oficina del coronel Victor Parnell.

Hacía exactamente una semana que estaba en la Agencia de Detectives Parnell. Esta agencia era la mejor y la más cara de la costa atlántica y estaba ubicada en el piso más alto del edificio Truman de Avenida Paradise, Paradise City, Florida. La agencia tenía como clientes a los ricos y los poderosos y yo todavía estaba admirado de la atmósfera de lujo que se respiraba allí.

El coronel Parnell, veterano de la guerra de Vietnam, había puesto la agencia unos cinco años atrás, con dinero heredado de su padre, y había logrado un éxito instantáneo. Tenía veinte agentes, la mayoría de ellos expolicías o expolicías militares que trabajaban por parejas. Yo había entrado como suplente y tenía la suerte de trabajar con Chick Barley, un fornido exteniente de la policía, considerado el mejor agente de Parnell.

Tuve suerte al conseguir el trabajo ya que la competencia era dura. Lo logré porque mi padre, en el pasado, le había hecho un favor a Parnell. Nunca supe exactamente qué había hecho por Parnell, pero el coronel era un hombre que no olvidaba los favores.

Durante los últimos treinta años, mi padre había dirigido el Servicio de Investigadores Wallace en Miami, especializándose en divorcios. Después de asistir a la universidad, entré en la empresa, y durante diez años trabajé allí como investigador. Mi padre me había enseñado todo lo que sabía, que era

mucho, pero finalmente envejeció y decidió retirarse. En esos momentos la agencia ya estaba declinando. En tiempos mejores había llegado a tener tres agentes además de mí. Cuando el viejo decidió retirarse yo era el único agente y tenía poco o nada que hacer.

Un día supe que el coronel Parnell buscaba un reemplazante para uno de sus agentes que se había vuelto loco. Mi padre le escribió, sugiriéndole que no le iría mal conmigo. La entrevista anduvo bien y ahí estaba yo trabajando para la agencia Parnell, una gran institución comparada con la agencia de mi padre, que había cerrado cuando mi partida para Paradise City.

En mi primera semana en la empresa, trabajé con Chick en el robo a un supermercado. Fue una tarea aburrida, pero la mayoría de los agentes deben acostumbrarse a las tareas aburridas: vigilar una esposa o vigilar un marido, tratar de ubicar personas desaparecidas, y cosas similares. Para ser un buen agente es necesario tener paciencia, resistencia y una mente ágil. Yo tenía todo eso, y además ambición.

Parnell trabajaba en combinación con la policía de Paradise City. Si había alguna sospecha de que el asunto era criminal avisaba al jefe de policía Terrel. Trabajando de esta manera contaba con toda la colaboración de la policía, y esto era importante para un agente.

Había además otros oscuros asuntos de los que la policía nada sabía: extorsión, herederas que se escapaban con hombres inútiles, esposas alcohólicas, hijos homosexuales, etc.: tareas que se mantenían en secreto y que reportaban a Parnell carretadas de dinero. Los ricos iban a verlo y ventilaban, en confianza, sus trapos sucios. Esto me lo había contado Chick. Tarde o temprano, había agregado, me harían ascender al escalón superior para ayudar a los ricos a tapar sus problemas desagradables.

Llamé a la puerta de Parnell, esperé un momento, y luego entré en la espaciosa oficina, cómodamente amueblada, tan diferente de la oscura habitación en que trabajaba mi padre.

Parnell estaba mirando por la ventana que daba a la avenida Paradise, al mar y a kilómetros de playa.

Se volvió.

Parnell era un hombre de dimensiones gigantescas, de más de sesenta años. Su rostro carnosos y tostado por el sol, sus penetrantes ojos azules y su boca como una trampa delataban su pasado como soldado veterano, y era algo que uno no debía olvidar.

—Entra, Dirk —sonrió—. Siéntate. —Fue a su escritorio y se dejó caer en su gran sillón de ejecutivo—. ¿Cómo te encuentras?

Encontré una silla y me senté en el borde. Parnell me ponía nervioso. Hasta Chick, que trabajaba con él desde hacía años, admitía que también se ponía nervioso en presencia de Parnell.

—Muy bien, señor —musité.

—Chick me ha dicho que eres útil. Así debe ser. Tu padre era un buen agente. Vienes de buena escuela.

—Gracias, señor.

—Tengo una tarea para ti. Lee esto —y empujó una carta sobre el escritorio hacia mí.

La carta estaba escrita con letra grande y el papel estaba ligeramente manchado como si hubiera sido escrita sobre un escritorio o una mesa sucia.

*Alligator Lane.
West Creek*

Querido coronel Parnell:

Cuando mi hijo murió en batalla usted tuvo la bondad de escribirme, de contarme cómo murió, y que usted lo había recomendado para la Medalla de Honor que le otorgaron post mortem.

Sé que tiene usted una agencia de detectives en Paradise City, cerca de donde vivo. Necesito un detective. Mi nieto ha desaparecido. La policía local no demuestra interés. Debo saber qué le ha sucedido al muchacho. Incluyo cien dólares para contratar a uno de sus hombres en la búsqueda del muchacho. No puedo pagar más, pero confío en que usted hará esto por mí recordando lo que mi hijo hizo por su regimiento.

Lo saluda atentamente

Frederick Jackson.

Por conversaciones que tuve con Glenda Kerry, que se ocupaba de la parte financiera de la agencia junto con Charles Edwards, el contador, yo sabía que la agencia nunca tomaba un cliente que no estuviera preparado a pagar por lo menos cinco mil dólares de depósito, y mil dólares para gastos diarios; miré a Parnell con un gesto de sorpresa.

—Así es —exclamó Parnell, leyendo mis pensamientos—. Nos llegan algunas cartas como éstas, pidiendo contratar agentes: personas que no tienen dinero. Generalmente Glenda los despide cordialmente, pero esto es distinto. —Hizo una pausa para encender un cigarro. Luego prosiguió—: ¿Has oído hablar de Mitch Jackson?

—Sí, señor.

Tenía un vago recuerdo, pero sentía que en esta oportunidad debía mostrarme inteligente.

—Mitch Jackson era uno de los sargentos de mi brigada: el mejor soldado que he tenido jamás. —Parnell entrecerró los ojos pensativamente—. ¡Qué hombre! Era demasiado eficiente y valiente para sobrevivir. En fin, ayudaremos a su viejo, Dirk. Aceptaremos los cien dólares, y de esa manera se convertirá en cliente nuestro. Le brindaremos nuestros mejores servicios. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Con esta tarea te inicias, chico —prosiguió Parnell, dirigiéndome su mirada militar—. Ve a ver al viejo y averigua lo que sucedió. Trátalo como a una persona importante. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Consigue la información, y tráemela. Veremos lo que podemos hacer cuando tengamos los detalles. Partirás mañana por la mañana. —Me estudió—. Ésta será tu oportunidad de mostrar lo que puedes hacer, de manera que espero que todo salga bien. ¿De acuerdo? —Arrojó un billete de cien dólares al escritorio—. Úsalo para los gastos. —Sonrió astutamente—. Y ni una palabra de esto a Glenda. Si supiera que tomo un cliente de cien dólares se le caería la bombacha.

—Sí, señor.

—Bien, Dirk. Hagamos algo, rápido. No debemos perder tiempo. ¡Ah! No olvides que quiero que esto se haga bien.

Me despidió con un gesto.

Volví a la oficina que compartía con Chick. Él estaba revisando un archivo que incluía a todos los empleados del supermercado que estábamos investigando.

Levantó la mirada.

—¿Qué hay de nuevo?

Me senté y se lo dije.

—¿Mitch Jackson? —Dejó escapar un largo silbido—. ¡Qué hombre! Lo conocí cuando él trabajaba a las órdenes del coronel. No sabía que estaba casado. Seguramente se casó durante el mes de licencia. Nunca lo dijo. —Me miró pensativamente—. ¿El coronel te contó cómo murió Mitch?

—No.

—Se trata de algo que era un secreto militar. Será mejor que lo sepas, y, cuando hables con su padre, muéstrales que lo sabes. Pero por lo demás no lo divulgues.

—¿Cómo murió?

—Fue un incidente típico del ejército. Una patrulla de veinte hombres fue enviada a un rincón de la jungla donde se pensaba que había vietnamitas. Habíamos perdido demasiado hombres con los *snipers*^[1] y nos detuvimos. La brigada llegó a ese lugar de la jungla, ideal para esa clase de minas. El coronel envió su patrulla, conducida por un sargento veterano. Su tarea era revisar el suelo y desactivarlas. El resto de la brigada esperaba en una colina, desde donde se veía ese lugar de la jungla. Había llegado al cuartel la noticia de que la brigada se había detenido. De manera que la situación era la siguiente: veinte hombres entraban en la jungla y la brigada vigilaba expectante. Mitch quería ir con la patrulla. Siempre quería estar al frente en cualquier acción, pero el coronel a veces no se lo permitía. La patrulla acababa de entrar en la jungla cuando llegó una señal de los cuarteles diciendo que se acercaba un grupo con órdenes de hacer volar esa zona de la jungla con NAPALM. Algún general de la fuerza aérea no había visto la señal del coronel de que estaba entrando la patrulla, y había ordenado arrojar bombas allí. Era demasiado tarde para avisar a esos hombres que no arrojaran las bombas. Ya se los oía aproximarse. Mitch subió a un *jeep* y se dirigió hacia allá mientras el coronel le gritaba que regresara, pero Mitch pensaba en esos veinte muchachos, y nada podía detenerlo. Penetró en la jungla hasta que el *jeep* chocó con un árbol, luego siguió corriendo, gritándoles que retrocedieran. Diecisiete muchachos salieron mientras comenzaba a caer el napalm. Vimos a Mitch salir con ellos, luego se detuvo, y descubrió que faltaban tres. Ordenó a los diecisiete que subieran la colina y regresó a la jungla. —Chick resopló—. En esos momentos la jungla ya se estaba incendiando y por todos lados caían trozos de napalm ardiendo. Fue la cosa más terrible y más alucinante que he visto jamás.

—¿Qué sucedió?

—Así murió Mitch: salvando las vidas de diecisiete muchachos. Lo que quedó de él entró en una bolsa. Sólo su pulsera de identificación nos dijo que lo habíamos encontrado.

—¿Y los otros tres?

—Nada: pedazos de hueso, trozos de carne calcinada, ya sabes. Lo peor es que no había vietnamitas en la jungla. Seguramente habían salido horas antes de nuestra llegada. Era una forma de cubrirse. Lo que en la agencia llamamos «la hoja de parra». El general de la fuerza aérea que había ordenado el ataque fue transferido. El coronel hizo un escándalo, pero los militares de alta graduación, lo acallaron. La Medalla de Honor, que el coronel insistió se

otorgara a Mitch, fue por salvar las vidas de diecisiete soldados, y oficialmente Mitch había muerto instantáneamente al detonar un *sniper* vietnamita mientras trataba de sacar a los hombres de la emboscada. —Chick se encogió de hombros—. Esta versión resultaría más aceptable para su padre que lo que realmente había sucedido.

—Bien; gracias por contármelo. Lo tendré en cuenta cuando hable con su padre.

Chick volvió al archivo.

—Me gustaría saber cómo es su padre. Si se parece a su hijo, ten cuidado.

A la mañana siguiente, equipado con una pequeña maleta y un mapa en gran escala, partí en uno de los coches de la oficina hacia West Creek.

Aunque había pasado la mayor parte de mi vida en Florida, esta zona sería nueva para mí. El mapa me decía que West Creek estaba a pocos kilómetros al norte del lago Placid. La guía que había consultado informaba que West Creek tenía una población de cincuenta y seis personas y que sobrevivía criando ranas que llegaban a precios muy altos durante el invierno cuando eran difíciles de atrapar. Había una demanda constante de ranas proveniente de los restaurantes elegantes de la costa.

Tardé más de tres horas en llegar a Searle, una rica ciudad granjera, donde se cultivaban tomates, pimientos, patatas irlandesas, y que según el mapa estaba a pocos kilómetros de West Creek. Sólo había tomado una taza de café como desayuno y tenía hambre. Además siempre es conveniente charlar con la gente del lugar antes de entrar en la escena que ha de investigarse.

Entré en un café-restaurante que parecía limpio y me senté junto a una de las ventanas, que daba a la calle principal, transitada por muchos camiones cargados con verduras.

Se acercó una muchacha, que me dedicó una sonrisa atractiva: era una chica agradable, rubia, con *jeans* ajustados y una remera más ajustada todavía.

—¿Qué le traigo? —preguntó, apoyando las manos sobre la mesa e inclinándose hacia adelante, haciendo bailar sus pechos detrás de la remera.

—¿Qué hay de bueno? —pregunté, reprimiendo mi deseo de hundir un dedo en uno de sus pechos.

—Picadillo de pollo, y le aviso que el pollo no murió de viejo.

—Bien. Tráigame eso.

La miré contonear su pequeño trasero mientras se dirigía a la cocina. Hasta un pueblito como Searle podía proporcionar cosas interesantes.

Percibí que había un hombre mayor, alto, con un espeso bigote blanco, manchado de amarillo por el humo de tabaco, sentado en la barra. Andaría cerca de los setenta y llevaba un sombrero Stetson, manchado, y un traje negro, brillante por el uso. Me miró y yo hice una inclinación de cabeza y le sonreí. Me contempló largamente, luego tomó su vaso y se dirigió hacia mí.

—Buen día, desconocido —saludó, y se sentó—. No vemos caras nuevas con frecuencia en este lugar.

—Sólo pasaba —expliqué—. Estaba echando un vistazo por los alrededores. Estoy de vacaciones.

—¿Sí? —Bebió un sorbo de su vaso—. No está mal. Hay muchas cosas interesantes para ver. En otra época era una zona de grandes caimanes. Todavía se ven algunos junto al río Peace.

—Los vi en Everglades. Muy interesantes.

La muchacha trajo el picadillo de pollo y dejó el plato ante mí. Miró al viejo.

—¿Quiere algo o sólo está calentando la silla?

—Ya tengo algo —replicó el viejo, y levantó su vaso—. Si tuviera diez años menos tendría algo para ti.

—Digamos mejor treinta años menos y podría interesarme —replicó ella con una mueca seductora, y se alejó.

El viejo sacudió la cabeza.

—Los jóvenes de hoy no respetan a sus mayores.

Yo podría haber dicho que los jóvenes de hoy no tenían razones para respetar a sus mayores, pero me callé. No tenía ganas de entrar en ese tipo de discusión.

Comencé a comer el pollo.

—Un país de serpientes —continuó el viejo—. ¿Alguna vez oyó hablar de Alligator Platt? No, supongo que es usted demasiado joven. Incluso aquí, eso ya es folklore.

Yo masticaba, y descubría que el pollo había muerto de vejez, en realidad.

—¿Folklore?

—Sí. ¿Sabe una cosa? Platt se escondía en la orilla hasta que aparecía un caimán, luego se zambullía y luchaba con el reptil. Se le montaba encima y le metía los dedos en los ojos. Nunca fallaba, pero porque tenía mucha fuerza y valentía. Decía que disparar contra los caimanes era malgastar balas.

—Qué época —exclamé.

—Sólo hubo un hombre que podía hacer lo que hacía Platt. Pero tuvo mala suerte. Platt murió en su cama, pero el viejo Fred Jackson perdió las dos

piernas.

En general, cuando estaba trabajando y me ponía a conversar con gente del lugar descubría cosas interesantes, pero nunca tan rápido.

Con tono casual, pregunté:

—¿Fred Jackson? ¿No era el padre de Mitch Jackson, el héroe de la guerra?

El viejo me miró atentamente.

—Exactamente. ¿Cómo sabía usted que Fred vive aquí?

—No lo sabía, usted me lo dijo. —Lo miré a los ojos—. No me ha dicho su nombre. Yo soy Dirk Wallace.

—Silas Wood. Encantado de conocerlo, señor Wallace. ¿A qué se dedica?

—Trabajo para una agencia.

—¿Agencia? ¿Qué significa eso?

—Recojo información: material para escritores.

Parecía impresionado.

—¿Sí? Yo soy jubilado. Tenía una granja de tomates, pero en la actualidad hay demasiada competencia. La vendí.

—Dígame, señor Wood. ¿Fred Jackson perdió sus piernas después o antes de perder a su hijo?

La pregunta pareció desconcertarlo. Se pellizcó la larga nariz y lo pensó.

Finalmente, dijo:

—Pues, ya que lo pregunta, Fred perdió sus piernas cuando Mitch era un muchachito. Ahora Fred debe tener setenta y ocho años. Mitch hizo todo lo que pudo por Fred hasta que lo reclutaron. En esa época, Fred ya estaba acostumbrado a no tener piernas. Se arreglaba muy bien con sus muñones. Todavía es el mejor cazador de ranas del lugar y se gana la vida con eso.

—¿Usted conoció a Mitch?

—¿Si lo conocí? —Wood volvió a pellizcarse la nariz—. Aquí todos conocieron a Mitch. Ni yo ni los demás pensamos que se convertiría en un héroe. Eso demuestra que uno no puede juzgar a los chicos: como esa muchacha. Podrá ponerse seria, pero nunca llegará a ser una heroína nacional... eso es seguro.

—¿Mitch era un muchacho rebelde?

Wood terminó su bebida y miró con expresión desdichada el vaso vacío.

Era una insinuación, de manera que tomé su vaso y se lo mostré a la muchacha, que había apoyado sus pechos sobre el mostrador y nos observaba.

Ella trajo una botella, llenó el vaso y lo colocó frente a Wood.

—Es el segundo —le avisó al viejo—, y el último. —Me miró y continuó —: No tolera más de dos, de manera que no lo tiene —y volvió al bar.

Wood me sonrió astutamente.

—Como le dije, los jóvenes no tienen respeto por sus mayores.

—Le preguntaba si Mitch era... rebelde.

Había terminado de comer el pollo, y no lo lamentaba. Tenía las mandíbulas cansadas.

—¿Rebelde? Ésa no es la palabra. Era terrible. —Wood tomó un sorbo de su bebida—. Siempre tenía problemas con el *sheriff*. Ninguna muchacha estaba segura cuando él se encontraba cerca. Era ladrón y cazador furtivo. No quería contarle cuántos tomates robó de mi granja ni cuántos pollos desaparecieron o cuántas ranas se evaporaron de los barriles de otros granjeros. El *sheriff* sabía que él era el autor de los robos, pero Mitch era muy despierto. Luego tuvo esa pelea. Era muy pendenciero. A menudo venía a la ciudad por las noches y participaba en una pelea. Nada le gustaba tanto como pelear. Una vez, cuatro muchachos que lo enfrentaron en conjunto terminaron en el hospital. Yo no me acercaba a él. Francamente, me asustaba. Hasta asustaba al *sheriff*. La gente del pueblo se alegró cuando lo reclutaron y lo vimos por última vez. —Wood hizo una pausa para tomar un trago—. Pero uno puede perdonar y olvidar cuando un muchacho gana la Medalla de Honor. Ahora la ciudad está orgullosa de él. Lo que pasó, pasó. —Guiñó un ojo—. Muchas chicas lloraron cuando supieron que había muerto. Daba la impresión de lograr que las muchachas se abrieran de piernas con sólo chasquear los dedos.

Yo escuchaba todo esto con interés.

—¿Y su padre? ¿Era como el hijo?

—¿Fred? No. Era trabajador, un hombre honesto. Es decir, un hombre duro, pero derecho. Cuando perdió las piernas, cambió. Antes de que le sucediera eso, venía a la ciudad y era buen amigo, pero nada fue igual después que perdió sus piernas. Ya no le gustaban las visitas. Seguía cazando ranas con la ayuda de Mitch, pero dejó de venir a la ciudad y la gente que iba a verlo no era bien recibida. Aún ahora, a su edad, caza ranas. Una vez por semana, un camión va a su casa y recoge lo que ha cazado. Supongo que se alimenta de conejos y pescado. Hace por lo menos diez años que no lo veo.

—¿Y la madre de Mitch? ¿Vive?

—No lo sé. Aquí nadie la ha visto jamás. Dicen que era una turista que fue a tomar fotografías de Fred y de los caimanes. En esa época él era un muchacho atractivo. Supongo que era como Mitch con las mujeres. El caso es

que, tiempo después, Fred recibió un bebé: lo dejaron frente a su cabaña. Era Mitch. Mire, no podría jurárselo, pero ésa es la historia que cuentan en Searle. Fred lo crió con rudeza, pero al menos lo envió a la escuela. Cuando Fred perdió las piernas, fue Mitch quien lo salvó. Desde entonces en adelante, Mitch cuidó a su padre hasta que Fred pudo caminar sobre los muslos. Es lo único bueno que puedo decir de Mitch: sin duda quería a Fred. Eso es seguro.

—Muy interesante —exclamé.

—Sí. La ciudad habló mucho de eso. No todas las ciudades de este tamaño tienen un héroe nacional. Y luego, el nieto.

Demostré moderado interés.

—¿Se refiere usted al hijo de Mitch?

—Sí. Era un misterio. Hace unos nueve años, llegó un chico aquí. Tenía alrededor de ocho años de edad. Recuerdo el momento en que llegó. Parecía un pequeño vagabundo, como si hubiera estado por los caminos durante días y días: sucio, con el pelo largo, los zapatos destrozados. Traía una vieja maleta gastada, atada con una cuerda. Me dio lástima. Me gustan los chicos. Le pregunté qué hacía aquí. Hablaba bien: dijo que buscaba a Fred Jackson, su abuelo. Me sorprendí mucho. Le dije dónde vivía Fred. El chico parecía hambriento, de manera que le ofrecí una comida, pero respondió con mucha cortesía que quería ver pronto a su abuelo. Josh, el cartero, salía en ese momento con su camión e hice que llevara al muchacho. En ese momento Mitch estaba en el ejército. Como puede usted imaginar, en la ciudad se habló mucho de eso. El maestro de escuela fue a ver a Fred. Aquella vez Fred lo recibió y habló con él. Lo notable fue que el chico, Johnny Jackson, asistió a la escuela: iba en bicicleta.

—¿Johnny era como su padre?

—En absoluto. Era un chico agradable, tranquilo, tal vez un poco blando, pero muy capaz en la escuela. Los otros chicos no estaban mucho con él. Era un solitario y nunca hablaba de Mitch. Cuando los chicos le preguntaban decía que nunca había visto a su padre. Había nacido después que él partiera a ultramar. Cuando llegó la noticia de que Mitch había muerto y había ganado la medalla, el chico dejó de ir a la escuela. En ese momento tenía catorce años. El maestro fue a buscarlo y Fred lo echó. Eso sucedió hace seis años y nadie ha vuelto a ver al muchacho desde aquel día. Supongo que se cansó de esta vida dura, y se fue. No lo culpo. El viejo Fred realmente vivía mal. —Wood terminó su bebida, suspiró, y luego sacó un viejo reloj de plata y lo consultó—. Debo irme, señor Wallace. Mi esposa siempre me prepara una comida caliente para las 13:00. Se pone de mal humor si llego tarde. —Me

estrechó la mano—. Buenas vacaciones. Espero verlo de nuevo por aquí. Podríamos tomar otra copa juntos.

Cuando se fue hice una señal a la muchacha para que me trajera café. Había muchos camioneros comiendo: ninguno de ellos me miró pero eso no me importó mucho. Sólo me interesaban los pobladores.

La muchacha trajo el café.

—No crea nada de lo que le cuente el viejo Wood —sonrió, mientras dejaba la taza en la mesa—. Está senil. ¿De qué hablaba?

—De Mitch Jackson.

Se le iluminó el rostro y adquirió esa expresión de las chicas cuando están excitadas.

—¡Qué hombre! —Cerró los ojos y suspiró—. ¡Mitch! Hace seis años que murió, pero su recuerdo perdura. Sólo lo vi una vez cuando era niña, pero jamás lo olvidaré.

—Wood dijo que era un rebelde. Yo pienso que si un muchacho gana la Medalla de Honor será porque fue importante. —Le dije esto porque por su expresión me di cuenta de que Mitch significaba más para ella que Elvis Presley para millones de adolescentes.

—¡Puede usted estar seguro! ¿Quién podría pensar que su hijo sería así? Revolví mi café. Aparentemente estaba en un día bueno.

—¿Cómo era?

—Fuimos a la escuela juntos. Todas las muchachas lo perseguían porque era el hijo de Mitch. ¡Pero él era tan tonto! Se escapaba como un conejo asustado.

Un camionero gritó pidiendo su almuerzo. La muchacha hizo una mueca, y se alejó.

Bebí el café y ordené todo lo que sabía. Según Silas Wood, el nieto de Fred no había sido visto desde la muerte de Mitch. En la ciudad pensaban que el muchacho, Johnny Jackson, se había ido. Esto carecía de sentido para mí. Si el muchacho se había ido seis años atrás, ¿para qué escribiría Fred Jackson a Parnell pidiéndole que comenzara una investigación para encontrarlo después de un período tan largo?

Decidí preguntar algo más antes de dirigirme a Alligator Lanc. Pagué mi cuenta y salí a la calle. Me detuve para mirar a mi alrededor, y vi un cartel con una flecha que decía:

MORGAN & WEATHERSPONN
LAS MEJORES TRAMPAS PARA RANAS

Fred Jackson se dedicaba a las ranas. Yo podía obtener alguna información allí de manera que seguí la dirección de la flecha por una callejuela hasta unas puertas donde encontré otro cartel:

MORGAN & WEATHERSPONN
RANAS
ES AQUI: ENTRE

El olor que llegaba del alto cerco de manera me dio náuseas. Abrí uno de los portones y entré en un gran patio donde había dos camiones estacionados. Los dos camiones estaban cargados con barriles y de los barriles llegaba el croar de las ranas.

Del otro lado del sendero había una construcción de hormigón. Por la gran ventana vi un hombre de chaqueta blanca, que trabajaba ante un escritorio. Subí los tres escalones, abrí la puerta y entré en una pequeña oficina con aire acondicionado. Cerré rápidamente la puerta antes de que el olor del patio invadiera la habitación.

El hombre sentado ante el escritorio me sonrió amistosamente. Tenía unos cuarenta y seis años, era delgado, con cabellos negros que comenzaban a ralear y facciones agudas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó, poniéndose de pie. Extendió la mano—. Harry Weatherspoon.

—Dirk Wallace —me presenté, estrechándole la mano—. Señor Weatherspoon, necesito que me dedique un poco de tiempo, espero que tenga usted la amabilidad.

Su sonrisa volvió a brillar, pero sus ojos pequeños y astutos me miraron especulativamente.

—Justamente, señor Wallace, ahora tengo tiempo. Dentro de media hora estaré ocupado, pero en este momento estoy haciendo la digestión, de manera que siéntese y cuénteme.

Nos sentamos.

—Trabajo para una agencia que recoge información para escritores y periodistas —comencé, apelando a una historia que nunca fallaba—. Yo les proporciono información sobre los hechos. Ellos los escriben y ganan millones. Yo no. —Lo miré con una sonrisa tímida—. Ahora estoy investigando sobre el entorno de Mitch Jackson, nuestro héroe nacional, su

padre y las ranas, porque una importante revista piensa obtener un gran éxito con Mitch.

El hombre se rascó la cabeza.

—Todo esto es noticia vieja. Ya se ha escrito mucho sobre Mitch Jackson.

—Pues, ya sabe usted cómo son las cosas, señor Weatherspoon. Estoy buscando un nuevo enfoque.

Él se encogió de hombros.

—Bien, puedo hablarle de las ranas, pero nunca conocí a Mitch Jackson. Por lo que sé, no tengo de qué lamentarme. Las ranas. ¿Sintió el olor? Bien, uno se acostumbra. Las ranas huelen fuerte y viven en lugares con olor. Las ancas de rana o «monturas» como solemos llamarlas en el oficio, se venden a precios altos. Personalmente, no me gustan, pero, servidas con una salsa de ajo, son muy apreciadas por la gente rica. Es una industria floreciente. Aquí, quienes las recogen son los granjeros, que las procesan y las venden a los restaurantes. —Se apoyó en el respaldo del sillón y vi, por su expresión animada, que las ranas estaban cerca de su corazón—. El problema, por supuesto, es cazarlas. Afortunadamente, no es mi problema. Bien, Fred Jackson, durante treinta años, fue nuestro mejor proveedor, no sólo en cantidad, pero ahora no confío tanto en él. Está envejeciendo... como todos nosotros. —Me brindó otra amplia sonrisa—. Los granjeros trabajan de esta manera: buscan el terreno apropiado, con pantanos y lagunas, y lo alquilan o lo compran. Fred Jackson fue inteligente. Compró su tierra años atrás por casi nada. Las ranas se alimentan de insectos. Los criadores, como Jackson, arrojan carne podrida a la laguna. La carne atrae moscardones. A las ranas les gustan los moscardones. Mientras ellas cazan moscardones, los granjeros las cazan a ellas. Jackson es un experto. No le alcanza con lo que caza de día: ha instalado luz eléctrica alrededor de sus lagunas para atraer polillas y bichos. De manera que las ranas también comen por las noches y allí está Jackson para cazarlas. Una rana hembra pone entre diez y treinta mil huevos por año. Noventa días después nacen los renacuajos. Una rana apta para ser consumida debe tener por lo menos dos años. —Volvió a sonreír—. Fin de la conferencia.

—Gracias —sonreí—. Es todo lo que quería. —Hice una pausa, y luego proseguí—: Usted me dice que nunca conoció a Mitch Jackson; sin embargo, a pesar de que es un héroe nacional, dice que no lo lamenta. ¿Podría explicar eso?

Me miró con expresión dubitativa, luego se encogió de hombros.

—Como habrá notado, señor Wallace, no soy nativo de esta ciudad. Necesité algún tiempo para que me aceptaran. Creé esta sociedad con Morgan, quien luego se retiró y que ha muerto recientemente. Ahora dirijo este negocio. Mitch Jackson tiene gran reputación aquí porque ganó la medalla, de manera que no quiero que repita lo que he dicho. Los chicos adoran su memoria, de manera que lo que le diré no debe divulgarse.

—No hay problema —acepté—. No lo mencionaré a usted si eso es lo que desea.

—Eso es lo que deseo. —Me miró atentamente, y luego continuó—: Yo llegué a Searle después de la muerte de Mitch Jackson. Oí hablar de él. Los nativos le tenían miedo. Decían que era muy malo, pero cuando ganó la medalla, la ciudad lo convirtió en un héroe, las muchachas se enamoraron de él y ahora veneran su recuerdo como si hubiera sido un cantante pop.

No hice comentarios. Cuando yo era chico, mi ídolo era Sinatra. Los chicos necesitan ídolos.

—Si quiere saber algo más sobre Mitch Jackson, debe preguntárselo a Abe Levi —continuó Weatherspoon—. Es uno de mis camioneros, que trae barriles de ranas del norte. Hace años que trabaja para Fred Jackson. —Miró su reloj—. En este momento debe de estar en el galpón de procesamiento. ¿Quiere hablar con él?

—Sí, y muchas gracias, señor Weatherspoon. Una sola cosa más: ¿puede decirme algo sobre Fred Jackson?

Sacudió la cabeza.

—No, nunca lo he visto. Sé que perdió las dos piernas, luchando con un caimán. Mientras se reponía, Mitch lo sustituyó para cazar ranas, y luego Fred volvió a hacerlo. Últimamente caza menos, pero eso es comprensible considerando su edad. Por lo que sé, es un hombre rudo y honesto.

Me puse de pie.

—Hablaré con Levi.

Me mostró algo a través de la ventana.

—Es en aquel galpón grande, allí.

—Debe de estar almorzando. —Se puso de pie—. Mucho gusto en conocerlo, señor Wallace. Si quiere saber algo más sobre las ranas, ya sabe dónde encontrarme.

Nos dimos la mano y salí a encontrarme con el mal olor.

En el galpón, vi unas muchachas de color que disecaban las ranas, un espectáculo y un olor que daba ganas de vomitar, y por los fondos encontré a un hombre de unos sesenta y cinco años, comiendo habas de una lata. Yo no

entendía cómo alguien podía comer a pesar de ese olor, pero este hombre, de baja estatura, fornido, con barba gris y no muy limpio, parecía disfrutar tranquilamente de su comida.

Le conté la misma historia que a Weatherspoon: que recogía información para una agencia. Escuchó sin dejar de comer, luego me miró y sus ojos grises se iluminaron con la astucia de los pobres.

Durante años me había dedicado a buscar información y sabía lo que significaba esa mirada.

—El señor Weatherspoon me dijo que usted podría contarme algo interesante. No espero información gratis. ¿Le interesarían cinco dólares?

—Diez me vendrían mejor —respondió él de inmediato.

Saqué un billete de cinco dólares de mi cartera y se los mostré.

—Cinco para empezar. Veamos cómo marcha esto.

Me arrancó el billete como una lagartija que atrapara una mosca.

—Muy bien, señor. ¿Qué desea saber?

—Hábleme de Fred Jackson. Según me dicen, hace años que lo conoce.

—Es cierto, y cuanto más lo veo menos desearía verlo. Está hecho un viejo miserable. Bien, supongo que todas las personas que pierden las piernas se vuelven así, pero Fred siempre ha sido una mala persona.

—¿Un miserable? ¿Con el dinero?

—No he dicho eso, aunque en parte es verdad. Pero es una mala persona. El tipo de hombre que le haría una porquería a su mejor amigo sin importarle nada. —Levi me guiñó un ojo—. Fred nunca tuvo amigos. Tiene un pésimo carácter, como su hijo.

—Su hijo ganó la Medalla de Honor.

Levi resopló.

—La ganó porque es duro, malo y peleador. Nunca le importaba en qué se metía. Para mí no era valiente. Era estúpido. Los Jackson son unos miserables. No tengo tiempo para ninguno de ellos. Hace más de veinte años que voy a la cabaña de los Jackson todas las semanas. Jamás me ofrecieron una cerveza. Jamás me ayudaron a cargar los barriles, y los barriles de ranas son muy pesados. Mire, ahora que Fred ha perdido las piernas, no espero ayuda, pero Mitch, cuando estaba allí, me miraba muy tranquilo aunque yo estuviera por reventar y sólo se sonreía. —Volvió a resoplar—. Otros granjeros me dan siempre una cerveza y me ayudan, pero los Jackson, nunca. —Miró en el interior de la lata de habas, metió dos dedos, encontró un último par y se las comió—. Toda esta charla de que Mitch Jackson es un héroe

nacional me da ganas de vomitar. Lo único que sé es que a la ciudad le vino bien sacárselo de encima.

No me decía nada nuevo, Weatherspoon ya me había contado todo eso antes.

—¿Usted conoció al nieto?

—Sólo lo vi una vez. Llegué con el camión y estaba lavando ropa en una palangana. Supongo que Fred le hacía ganarse el sustento. En cuanto me vio entró en la cabaña y salió Fred. Nunca hablé con el chico. Supongo que se asfixiaba viviendo con Fred y que se fue cuando mataron a Mitch. Sólo lo vi esa vez. Hace casi seis años.

—¿En ese momento tendría unos catorce años de edad?

—Eso creo. Era flaco, no se parecía a los Jackson.

A menudo me preguntaba si realmente era hijo de Mitch. Mitch tenía el tipo de rostro que se ve en los archivos policiales. Este chico tenía clase. Lo decían sus compañeros de escuela. Parece que era diferente. Seguramente se parecía a su madre.

—¿Sabe algo de ella?

Levi sacudió la cabeza.

—Nadie sabe nada. Probablemente fue una muchacha seducida por Mitch. Puede haber sido cualquiera de la zona. Él siempre perseguía a las muchachas. No lo sé, tal vez el muchacho tuviera la misma tendencia. Recuerdo haber visto una muchacha allí. —Pensó, luego sacudió la cabeza—. Eso sólo sucedió hace cuatro meses, mucho tiempo después de que el chico desapareciera.

Sin demostrar interés, sugerí con tono casual:

—Hábleme de la muchacha.

—Apenas la he visto. Lavaba ropa como el chico, en una palangana frente a la cabaña. En cuanto llegué a la curva, entró corriendo en la cabaña y no volvió a mostrarse. Cuando apareció Fred, le pregunté si había contratado a alguien, pero me contestó con un gruñido: yo no esperaba otra cosa. Pensé que habría contratado a la muchacha en la ciudad para reemplazar al chico. Yo tenía curiosidad y pregunté en los alrededores, pero nadie conocía a ninguna muchacha que trabajara para Fred. —Se encogió de hombros—. Nunca volví a verla.

—¿Cómo era ella? ¿De qué edad?

Comenzó a lamer la cuchara que tenía en la mano, y luego se la puso en el bolsillo.

—Joven, delgada, con largos cabellos rubios. Me fijé en sus cabellos. Le llegaban a la cintura y estaban sucios.

—¿Qué ropa llevaba?

—Jeans, y alguna otra cosa. No recuerdo. Tal vez Johnny estaba allí, al fin y al cabo, y ella andaba con él. A Fred no le habría importado. No le importaba lo que Mitch hacía con las muchachas. —Hizo una pausa, su rostro adquirió una mueca astuta, y preguntó—: ¿Qué tal marcha esto?

—Sólo una pregunta más. Me dicen que Mitch era un solitario. ¿No tenía un solo amigo?

Levi se rascó la barba sucia.

—Sí, había un tipo con el que andaba Mitch. Pero era como él, un mal tipo. —Su mirada se perdió en el espacio—. En este momento no recuerdo su nombre.

Saqué otro billete de cinco dólares, pero lo mano tuve fuera de su alcance. Él lo miró, volvió a rascarse la barba, y luego hizo un gesto afirmativo.

—Ah, sí, ahora recuerdo... Syd Watkins. Lo reclutaron al mismo tiempo que a Mitch. La gente de la ciudad se alegró de que los dos se fueran. La madre y el padre de Syd eran respetables. Cuando murió ella, él se retiró. No podía llevar el negocio sin ella y Syd jamás trabajó en su vida.

—¿Mitch y Syd eran amigos?

Levi hizo una mueca.

—No lo sé. Eran compañeros de robo y también salían juntos. Cuando Mitch se metía en una pelea, Syd nunca participaba. Se quedaba mirando. Parecía que él era el cerebro y Mitch el ejecutante.

—Después de la guerra, ¿Syd volvió al pueblo?

—No. De vez en cuando yo bebo una copa con su padre. El viejo siempre espera recibir noticias de su hijo, pero hasta ahora, nunca las ha tenido. Sólo sabe que a Syd lo dieron de baja, que volvió a los Estados Unidos, y que luego desapareció. Yo apostaría a que no anda en nada bueno.

Medité unos momentos, y luego le di el otro billete de cinco dólares.

—Si se me ocurre algo, volveré a verlo —anuncié.

Deseaba salir de ese galpón y respirar aire puro.

—¿Usted siempre está aquí a esta hora?

—Claro que sí amigo —repuso él, y guardó el billete en su bolsillo.

—¿Cómo puedo llegar a la casa de Fred?

—¿Tiene auto?

Asentí con un gesto.

—Queda a unos siete kilómetros y medio. —Me dio indicaciones detalladas—. Tenga cuidado con Fred... es mala persona.

Tenía mucho para pensar. Fui al lugar donde había estacionado mi coche y partí hacia Alligator Lane.

Mientras iba por la calle principal, pasé por la oficina del *sheriff*. No sabía si detenerme y presentarme. Por la experiencia pasada, sabía que los *sheriffs* locales podían ser hostiles con los agentes que se metían en su jurisdicción, pero decidí que me convenía hablar primero con Fred Jackson. Él había contratado a la agencia para encontrar a su nieto. Tal vez deseaba que la investigación fuera confidencial.

Abe Levi me había advertido que Alligator Lane no estaba señalizada. Me había dicho que buscara una estrecha salida de la ruta, medio oculta entre arbustos. Avancé lentamente. No había tránsito que me molestara llegué al cruce y entré en un sendero de barro, ondulante como una serpiente, y bordeado a ambos lados por una densa selva. Después de unos tres kilómetros, el sendero se ensanchaba: era el lugar indicado para que los camioneros descansaran antes de regresar por el sendero a la ruta.

Supe que estaba cerca de la cabaña de Jackson por el ruido distante de las ranas. Seguí avanzando; el sendero volvía a estrecharse y luego doblaba bruscamente a la derecha. Pronto me encontré ante una cabaña de madera. A un costado se veía un pozo de agua y un balde cerca de la puerta de entrada, había además un banco bajo una de las ventanas y un barril de ranas: había llegado.

Detuve el coche, paré el motor, y luego toqué la bocina. No sucedió nada. La única respuesta fue el croar de las ranas.

Esperé, y luego volví a tocar bocina. No sucedió nada.

Pensé que Fred Jackson estaría cazando. El aire estaba húmedo y caluroso. Si había brisa, los árboles no la dejaban pasar. El continuo croar de las ranas me ponía nervioso. Había algo casi humano en ese ruido: como el que hacen los hombres muy viejos al carraspear.

Encendí un cigarrillo y estudié la cabaña. Estaba bien construida por lo que se veía desde afuera, seguramente tendría un gran *living* y probablemente dos dormitorios.

Observé la puerta de entrada. Estaba entreabierta.

El calor comenzaba a hacerme transpirar: eso, la orquesta de ranas, y la soledad del lugar, aumentaba mi tensión. Sentía que había una especie de atmósfera embrujada en el lugar.

Fui hasta la puerta y llamé. No me respondieron.

Después de volver a golpear y esperar, abrí la puerta. El chirrido de las bisagras oxidadas me hizo estremecer.

La gran habitación estaba a oscuras, amueblado con el tipo de mueble pesado que se ve en los remates y que nadie desea en esta época.

Vi a Fred Jackson sentado ante la gran mesa. Tenía que ser Jackson, porque a pesar de la penumbra reconocí un viejo barbudo que no tenía piernas. Frente a él había un plato con una especie de guiso. No se veía mucho de la comida porque estaba cubierto por un montón de moscardones excitados.

Luego miré una enorme rana marrón y verde sentada en el otro extremo de la mesa, que contemplaba los moscardones. Me miró con sus brillantes ojos negros, y saltó en el aire, en dirección a mí. Bajé la cabeza. Cayó al suelo con un ruido seco y desapareció.

—Señor Jackson... —comencé, y me interrumpí. El hombre sentado a la mesa permaneció inmóvil.

Para ese momento mis ojos ya estaban acostumbrándose a la oscuridad.

Caminé por la habitación.

—Señor Jackson...

Los moscardones zumbaron, se elevaron, y volvieron a posarse en el plato.

Primero vi la sangre que corría lentamente por el rostro de Jackson y luego el agujero de bala en el medio de la frente sucia del cadáver.

Estaba tan muerto como su hijo, aunque lo habían matado con más limpieza.

2

ME DETUVE ante la puerta abierta de la oficina del *sheriff* y miré a mi alrededor. La escena era familiar. La había visto a menudo en las series de televisión: el estante con las armas, las esposas colgadas de unos ganchos, los dos escritorios, y tres celdas vacías.

En la oficina había una atmósfera de inactividad y aburrimiento como una capa de polvo.

Sentado ante el escritorio grande, frente a mí, estaba el *sheriff* Tim Mason, según decía la placa en el escritorio, que parecía más bien: un buda en su trono. A mi modo de ver sólo su camisa manchada, color caqui, con la estrella del *sheriff*, y sus pantalones, contenían su grasa. Probablemente era el hombre más gordo que yo hubiera visto y, además, su rostro enrojecido y surcado por venas, sus ojos irritados y el sudor que chorreaba por su cara decían a las claras que le daba a la botella.

En el otro escritorio había un muchacho de ojos azules que podría haber sido el doble de Mickey Rooney de la época en que éste desempeñaba papeles juveniles. La placa en su escritorio decía que era el agente Bill Anderson.

El *sheriff* Mason me miró como si tratara de enfocarme bien. El agente Anderson, se puso de pie. Era pequeño, pero de hombros musculosos.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó con una sonrisa vacilante. Pensé que debía tener unos veintitrés o veinticuatro años de edad.

Caminé por la oficina hasta su escritorio.

—Vengo a denunciar el asesinato de Frederick Jackson, de Alligator Lane —anuncié.

El agente Anderson se echó hacia atrás como si le hubiera dado una trompada en el mentón.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Mason en voz alta y agresiva.

Saqué mi billetera, tomé una de mis tarjetas, me acerqué y la puse sobre su escritorio.

Tomó la tarjeta con mano temblorosa, la examinó durante unos momentos, y finalmente logró enfocar lo que estaba escrito en ella.

—¡Un maldito intruso! —Su rostro gordo adquirió una expresión maligna—. ¡No me gustan los intrusos! ¿Qué hace usted en mi ciudad?

—Estoy denunciando el asesinato de Frederick Jackson, el granjero —repetí en voz alta y clara.

Volvió a leer mi tarjeta. Evidentemente no le decía nada.

—No me gustan los intrusos —repitió—. No los acepto en mi ciudad. ¡Váyase y no vuelva!

—Estoy denunciando el asesinato de Frederick Jackson —esta vez levanté el tono de mi voz.

Como un elefante que se para sobre sus patas traseras, se puso de pie y dio la vuelta al escritorio.

—Ocúpate de este imbécil, Bill —dijo—. Sácalo de aquí. Tengo algo que hacer —y, avanzando hacia mí, salió a la calle soleada y desapareció de mi vista.

Recogí mi tarjeta y la puse sobre el escritorio de Anderson.

—¿Es así como suelen comportarse ustedes? —pregunté.

Anderson se puso de pie, leyó mi tarjeta, me miró, y luego sacudió la cabeza.

—Ha venido en mal momento, señor Wallace. El *sheriff* debe tomar su medicina a esta hora, y hasta que no la toma no puede enfrentar los hechos.

—¿No tiene una botella aquí?

—Le gusta beber en compañía. ¿Qué era lo que usted venía a denunciar?

Reprimí mi impaciencia con esfuerzo. Me dije que estaba tratando con gente lenta en un pueblo lento.

—Frederick Jackson ha sido asesinado.

Se estremeció.

—Yo lo oí, pero no puedo creerlo. ¿Está seguro?

—Está muerto. Le pegaron un tiro en la cabeza. No hay ningún arma a la vista, de manera que alguien le disparó —le informé con impaciencia.

—¿Usted lo vio?

—Vengo de su casa. Será mejor que lo lleven a la morgue. Su cabaña es como un horno y los moscardones se están dando una fiesta.

Se puso pálido a pesar de su piel bronceada y se sentó bruscamente.

—¡Asesinado! Este es el primer asesinato que tenemos aquí —murmuró.

—Será un cambio.

—¡Dios mío! ¡Un asesinato!

Comencé a sentir pena por él. Era demasiado joven para ser agente del *sheriff*. Probablemente tenía poca experiencia en el trabajo policial. Podía ocuparse de robos, problemas de estacionamiento, ebriedad, tal vez una violación de vez en cuando, pero el asesinato estaba fuera de su alcance.

—Será mejor que llame a la policía estatal —sugerí con tono tranquilizador—. Ellos se ocuparán.

Abrió muy grandes los ojos.

—No puedo hacer eso. ¡El *sheriff* Mason no quiere tener nada que ver con ellos! ¡Hace veinte años que es *sheriff* y nunca ha llamado a la policía estatal!

—Pues ahora tendrá que llamarlos —respondí—. Tendrá que hacerlo tarde o temprano, de manera que llámelos ahora y se ahorrará tiempo.

Se frotó el mentón con el dorso de la mano. Casi podía oír el crujido de su cerebro mientras pensaba, y me dio pena. Se sentía leal al viejo. Sabía, lo mismo que yo, que si llegaba la policía del estado y echaba una mirada al *sheriff* Mason, sería el final de su función.

—Se jubila a fin de año —musitó Anderson, como si hablara consigo mismo—. Fue un gran hombre, pero lo venció la botella. Todos lo quieren pero miran hacia otro lado cuando lo ven borracho. Si la policía del estado... —Volvió a frotarse el mentón y me miró con expresión desvalida.

—Estoy denunciando un asesinato —le recordé—. Eso me deja fuera. Lo que usted haga es asunto suyo.

Volvió a mirar mi tarjeta.

—¿Trabaja usted para el coronel Parnell?

—Eso dice la tarjeta.

—Es una agencia maravillosa. La mejor.

Ya me estaba aburriendo de él.

—Sí. La mejor.

—Supe que había una vacante para un agente. Y escribí. —Anderson volvió a frotarse el mentón—. Pero ya habían tomado a alguien. Daría cualquier cosa por trabajar con el coronel Parnell. ¿Cree usted que se presentará otra vacante?

—Tal vez. Depende del postulante. El coronel siempre está a la busca de un agente despierto.

—Pagan bastante bien, ¿verdad?

—Sí.

—Para mí sería muy importante conseguir trabajo con el coronel Parnell. —Volvió a frotarse el mentón, sin mirarme. Soñaba con cosas ambiciosas—. Estoy harto de esta pequeña ciudad.

—Ahora sucederán cosas interesantes —exclamé—. Un asesinato siempre sale en primera plana.

Me miró como si, en medio de sus sueños, hubiera olvidado que se encontraba ante un asesinato.

—Sí. No lo había pensado. ¡Dios mío! ¿Qué debo hacer?

—Llamar a la policía estatal antes de que Jackson se llene de gusanos.

Se puso un poco más pálido.

—¡No puedo hacer eso! —Me miró como si me estuviera rogando algo—. ¿Qué haría usted en mi lugar?

—Pues, si no pudiera llamar a la policía estatal, llamaría a una ambulancia y un médico para que fuera allá y echaran un vistazo —consideré—. Al fin y al cabo, usted sólo tiene mi palabra, ¿verdad?

Se animó visiblemente.

—Eso haré —y tomó el receptor.

Fui hasta la puerta y miré la calle mientras él hablaba por teléfono. El lugar parecía tomado de una historieta, pero se me ocurrió que podía conseguir información valiosa a través de Anderson para mi informe al coronel.

Cuando terminó de hablar, se reunió conmigo en la puerta.

—La ambulancia está en camino y el doctor Steed vendrá en ella. Es nuestro médico forense. —Me miró con vacilación—. Es bastante viejo, pero es el ciudadano más ilustre del lugar, después del *sheriff*. —Volvió a vacilar, y luego dijo—: Supongo que usted tendrá mucha experiencia en caso de asesinatos.

Observé que él deseaba que yo le contestara que sí, de manera que no lo desilusioné.

—Nosotros tenemos toda clase de casos: asesinatos, extorsión, secuestros. Yo he tenido de todo.

Me miró con interés.

—Eso pensaba. ¿Quiere venir conmigo? Tal vez encontrará claves que yo no podría reconocer.

—No puedo. El *sheriff* Mason no lo aprobaría. No le gustan los intrusos. No quiero problemas con él.

—Oh, él no le creará problemas. Una vez que se ha dado su inyección, es otro hombre. No bromeo. Usted lo encontró en un mal momento. Le complacerá contar con su ayuda.

—Será mejor que usted se lo pregunte. ¿Cuánto tiempo le lleva cargar el tanque?

—Sólo volverá dentro de un par de horas. Pero no será necesario que yo le pregunte. No lo reconocerá cuando lo vea la próxima vez. Es el hombre más popular de nuestra ciudad cuando ha tomado un poco de *whisky*.

En ese momento llegó una antigua ambulancia. En ella había dos hombres de color con chaquetas blancas y un hombre pequeño de barba blanca y largos cabellos blancos que debía tener alrededor de setenta y ocho años. Salió de la ambulancia y nos miró. Su rostro parecía una manzana disecada, y rengueaba visiblemente.

—Éste es el doctor Steed —anunció Anderson y bajó a saludar al viejo.

Esperé que Anderson terminara de hablar, y luego Steed me miró con sus ojos brillantes y atentos.

Me acerqué a él y estreché su mano.

—El viejo Fred Jackson —meditó con voz débil y ronca—. Qué desgracia. Asesinado, ¿eh? ¡Peor que peor! Bill me ha hablado de usted, joven. Lo ayudaremos con mucho gusto. En realidad deberíamos llamar a la policía estatal, pero nos gusta dirigir nuestra pequeña ciudad sin interferencias del exterior. Apelaremos a su experiencia.

—Estoy dispuesto a colaborar, señor, pero habrá que informar a la policía estatal. Esto es un asesinato.

Sonrió con astucia.

—Eso tendré que decidirlo yo, joven. El viejo Fred no tenía muchas razones para seguir viviendo. Tal vez decidió terminar con su existencia.

—No había armas a la vista.

—Bien, ya veremos. —Steed subió rengueando a la ambulancia y yo trepé detrás de él.

Ya había varios ciudadanos de Searle a nuestro alrededor con la boca abierta. Para ellos era algo nuevo ver una ambulancia frente a la oficina del *sheriff*, además del médico forense y un desconocido.

—Venga en mi coche —invitó Anderson.

Bajé de la ambulancia, subí con él al viejo Chevy y arrancamos por la calle principal para luego salir a la ruta.

—¿Jackson tiene parientes? —pregunté.

—Tiene un nieto, pero nadie sabe dónde está. No tiene a nadie más, que yo sepa.

—¿Jackson le dijo que su nieto había desaparecido?

—Sí, hace unos dos meses. Envió un mensaje con el cartero, diciendo que quería hablar con el *sheriff* Mason. Bien, el *sheriff* fue allá. Cuando volvió, dijo que Fred estaba haciendo un lío por nada. Seguramente el chico se había

cansado de vivir con Fred y se había ido. Mason dijo que no valía la pena molestar a la policía estatal. Ya tienen bastantes desaparecidos de qué ocuparse.

—Usted dijo que Fred recibió el mensaje del *sheriff* por el cartero. ¿Fred recibía correspondencia?

—Supongo. No lo sé. —Me miró—. ¿Cree usted que es importante? Es decir, ¿cree usted que el hecho de que recibiera correspondencia es una clave?

—Podría serlo. —De pronto me pareció extraño que un viejo recluso como Fred recibiera correspondencia.

—Puedo preguntárselo a Josh: es nuestro cartero.

—Pregúntele. No hay prisa.

En esos momentos ya íbamos por el estrecho sendero que llevaba a la cabaña de Fred Jackson. La ambulancia había levantado mucho polvo y Anderson tenía que manejar muy lentamente.

Cuando finalmente se detuvo frente a la cabaña, los dos hombres de color estaban sacando una camilla de la ambulancia. Caminé hasta la entrada.

El doctor Steed estaba parado junto a los restos de Frederick Jackson. Los moscardones volaban alrededor de su sombrero. El olor que había en la habitación me contrajo el estómago.

—Mire, joven —señaló el suelo junto a las patas de la silla donde había estado sentado Fred—. Algo que usted no vio.

En el suelo, medio escondida bajo la silla, había una pequeña arma de mano: una Beretta veintidós.

—Lo que pensaba —musitó el doctor Steed, con expresión satisfecha en su viejo rostro arrugado—. El pobre tipo se mató. ¿Asesinato? —Dejó escapar una risita parecida al croar de las ranas—. Joven, debe usted ser más cuidadoso. Es un suicidio, evidentemente.

Yo era un observador no autorizado y el doctor me estaba diciendo que al anunciar el asesinato contradecía la opinión del ciudadano más importante de Searle; por lo tanto me callé la boca, pero sabía que el arma no había estado allí cuando saliera de la cabaña a hacer la denuncia al *Sheriff*. Eso lo sabía con seguridad.

Mientras Anderson y yo seguíamos a la ambulancia, que contenía los restos de Frederick Jackson, por el estrecho sendero, Anderson comenté con tono de reproche:

—Perdón, señor Wallace, pero me sorprende que usted no haya visto el arma. Realmente pensé que habíamos tenido un caso de asesinato para resolver.

—Pues alégrense —repliqué, sacando mi atado de cigarrillos—. Es posible que lo tenga. —Encendí un cigarrillo y miré a través del polvo.

—El doctor Steed dice que es un evidente caso de suicidio.

—Esa es su opinión.

Anderson comenzó a frotarse el mentón, como de costumbre.

—¿Usted no piensa lo mismo?

—En este mundo de locos puede suceder cualquier cosa. El viejo Fred estaba almorzando. Entonces dejó de comer y decidió pegarse un tiro. Se pegó un tiro y luego escondió el arma. Después de que yo lo encontrara muerto, tomó el arma del lugar donde la había escondido y la dejó caer bajo su silla, y luego volvió a estar muerto. Como le digo, cualquier cosa puede suceder en este mundo chiflado.

Él permaneció en silencio unos minutos, y luego exclamó:

—Debe de estar bromeando, señor Wallace.

—El arma no estaba allí cuando encontré a Jackson. Esto me huele a «hoja de parra».

—¿Hoja de parra? No entiendo.

—Mire, Bill, ¿habla usted en serio cuando dice que quiere trabajar para el coronel Parnell?

—¿Que si hablo en serio? —Elevó el tono de voz—. Ya se lo dije: daría cualquier cosa en el mundo por salir de Searle y convertirme en agente del coronel Parnell.

—Bien, colabore conmigo y yo colaboraré con usted —anuncié, sacudiendo la ceniza de mi cigarrillo por la ventanilla del auto—. Una buena recomendación mía sería muy importante. El coronel siempre está a la busca de un hombre inteligente y colaborador, con entrenamiento policial.

—Puede usted confiar en mí, señor Wallace —exclamó Anderson con vivo interés—. Solamente dígame lo que quiere. Honestamente, señor Wallace, puede confiar en mí.

—Muy bien. Acabo de decidir que se trata de un trabajo de «hoja de parra». Los agentes de Parnell tenemos nuestra propia jerga. Cuando decimos que es un trabajo de hoja de parra, queremos decir que es un trabajo para esconder otro. Desde que Adán mordió la manzana, usó una hoja de parra para cubrir su equipo. ¿Se da cuenta? Una hoja de parra: el primer disfraz.

—¿Piensa usted que la muerte de Jackson sirve para ocultar otra cosa?

—Lo sé. Esto es un asesinato, Bill. Sin ninguna duda. Lo que puede haber sucedido es esto: el asesino andaba cerca del lugar cuando yo llegué a la cabaña. Cuando me fui, tal vez volvió a la cabaña y dejó el arma. No estoy

seguro de esto, pero es posible. Más bien pienso que el doctor Steed fue quien dejó el arma. Sabía que Jackson había sido asesinado, habría que llamar a la policía estatal, y ése sería el fin del *sheriff* Mason. Entonces prefiero pensar que cuando usted le dijo por teléfono que Jackson había sido asesinado, él tomó un arma, salió antes que nosotros y la dejó allí, para darle a Mason su necesaria hoja de parra.

—¡El doctor Steed jamás haría semejante cosa! —respondió Anderson.

—Mira, Bill, tú eres joven. Estas cosas suceden. Los viejos amigos son leales entre sí. ¿Por qué habría de preocuparse Steed por el asesinato de un viejo como Jackson, un asesinato que crearía problemas a su amigo Mason? Para un suicidio no se requiere a la policía estatal. De todas maneras, un asesinato es problema de la policía, no mío. Yo debo ocuparme de encontrar al nieto de Jackson. Jackson contrató a la agencia para ello. Pero, recuerda, Bill, si realmente deseas trabajar en nuestra agencia, espero que colabores.

—Dios mío, esto es demasiado para mí, señor Wallace, pero por supuesto puede usted contar con mi colaboración.

—Entonces lo que debes hacer es callarte la boca, y mantener los oídos atentos y los ojos abiertos —repliqué, contemplando su rostro joven y preocupado—. Te he alertado, pero no digas nada, déjale esto al doctor Steed.

Media hora después estábamos sentados alrededor del escritorio del *sheriff* Mason: el doctor Steed, Anderson y yo.

Mientras miraba el rostro obeso y benigno de Mason pensé que era notable lo que medio litro de *whisky* podía hacer por un hombre. Mason, transpirando, parecía ahora un alegre papá Noel.

Había escuchado el informe del doctor Steed, tarareando en voz baja, y luego me miró con alegría.

—De modo que tenemos problemas —concluyó—. Señor Wallace, permítame decirle que he oído hablar del coronel Parnell. Me enorgullece conocer a uno de sus agentes. —Se inclinó hacia adelante y me dio unas palmaditas en el brazo—. Una gran agencia. Grandes agentes.

—Gracias —incliné la cabeza.

—Un pequeño error, ¿verdad? —Entrecerró sus ojos porcinos y dejó escapar un leve eructo—. Por más inteligente que sea, siempre puede cometer un pequeño error. ¿Verdad?

—Claro —asentí, con rostro inexpresivo. Luego miró al doctor Steed.

—Bien, Larry, tú fuiste allá y me dices que el pobre viejo se pegó un tiro, ¿verdad?

—Sin ninguna duda —respondió el doctor Steed, sacudiendo la cabeza con aire fúnebre—. No me sorprende, Tim. El pobre viejo vivía en malas condiciones, había perdido a su nieto y estaba solo. Sabes, ahora que lo pienso, fue un final piadoso. No lo juzgo. Sin piernas, sin nadie que lo cuidara... un final piadoso, sí señor.

—Sí. —Mason tomó su sombrero Stetson, se enjugó la frente, volvió a ponerse el sombrero, y adquirió también una expresión fúnebre—. De manera que no hay necesidad de mezclar a la policía estatal en este triste asunto...

—Por cierto que no. Por un suicidio no es necesario consultar a la policía estatal —aseguró Steed, con voz firme.

Mason se mostró contento, y se frotó las manos.

—Muy bien. No me gustan esos tipos. ¿Cuándo se hará la investigación, Larry?

—Dentro de un par de días. Puedo aclarar esto rápidamente. Tendremos que enterrarlo en la ciudad, Tim. Creo que no tenía dinero para su entierro. Pero nosotros podemos pagarlo. Creo que la ciudad querrá ubicarlo en un buen lugar.

—Tienes razón: es el padre de un héroe nacional. Habla tú con ellos, Larry. —Mason tomó su billetera y sacó un billete arrugado de cinco dólares—. Me gustaría contribuir. Tú te ocuparás de hacer el resto de la colecta. Debemos despedirlo bien.

El doctor Steed se puso de pie y guardó el billete en el bolsillo.

—Siempre dije, Tim, que tienes un corazón generoso. Me voy. Yo me ocuparé de organizar el funeral. —Se volvió hacia mí—. Un placer conocerlo, señor Wallace. Lamento que su visita a nuestra pequeña ciudad haya sido tan triste. Frederick Jackson era un hombre bueno. Su hijo era un hombre bueno. Nosotros, en esta pequeña ciudad estamos orgullosos de los dos.

Me puse de pie y le di la mano, luego lo miré renguear hasta la puerta. Se detuvo, me sonrió con picardía, y luego salió al sol ardiente.

—Bien, señor Wallace —suspiró Mason, mirándome con alegría—. Supongo que usted también se marchará. ¿Quiere beber un traguito antes de despedirse? —Sacó una botella de *whisky* del cajón de su escritorio.

—Ahora no —dije, mirándolo a los ojos—. Me quedaré un par de días. Sabe usted, *sheriff*, Jackson contrató a mi agencia para encontrar a su nieto, de manera que aunque esté muerto, sigue siendo nuestro cliente.

Los ojos de Mason se pusieron vidriosos. Perdió mucho de su sudorosa felicidad.

—De nada le servirá perder el tiempo tratando de ubicar al nieto. Puede estar en cualquier parte. Salió de esta zona hace más de seis años.

—Sin embargo tendremos que tratar de encontrarlo, *sheriff* —continué, sin dejar de mirarlo—. ¿Le molesta si ando por ahí preguntando cosas a la gente o prefiere hablar usted mismo con el coronel Parnell? Sé que usted decidió no informar a la policía estatal que el muchacho había desaparecido. El coronel Parnell querrá hablar con ellos.

Mason hizo una mueca como si tuviera un repentino dolor de muelas. Tomó el vaso de su escritorio y se sirvió una buena cantidad.

—No me opongo, señor Wallace. Siga adelante, pero sin duda pierde usted el tiempo.

—Me pagan por perder el tiempo —repliqué, y luego, sin mirar a Anderson, que estaba quieto como un gatito bien educado, salí a la calle principal.

Antes de hacer ningún otro movimiento decidí que debía informar al coronel. Sabiendo que los ciudadanos de Searle me miraban curiosamente, fui hasta el lugar donde había estacionado mi auto y luego me dirigí velozmente a Paradise City.

Una de las muchas cosas que mi padre me había enseñado era cómo dar un informe verbal conciso, sin omitir ningún hecho importante, pero evitando todos los detalles innecesarios.

El coronel Parnell permaneció inmóvil en su sillón de ejecutivo, con los ojos entrecerrados, sus grandes manos apoyadas en el blanquísimo secante de su escritorio. Escuchó sin interrupción hasta que terminé de contarle mi historia sobre la investigación en Searle.

El reloj en el escritorio del coronel indicaba las 18:00 horas. Generalmente el coronel salía de la oficina a las 17:30 en punto. Era un adicto al golf y me alegré de que mi informe le interesara lo suficiente como para hacerle olvidar su partida de la tarde.

—Ésa es la situación hasta este momento, señor —concluí, y sólo entonces me di cuenta de que hacía media hora que hablaba sin parar.

Me miró a los ojos.

—Buen informe, Dirk —me felicitó— Frederick Jackson sigue siendo nuestro cliente. Hemos sido contratados para encontrar a su nieto, pero el hecho de que Jackson haya sido asesinado podría complicar la situación.

—El veredicto será suicidio, señor —le recordé—. De manera que nadie puede acusarnos de estar involucrados en un caso de asesinato.

Asintió, luego tomó una lapicera, la estudió pensativamente y volvió a mirarme.

—Me pregunto si no debería sacarte de este trabajo y poner a Chick en tu lugar. Tiene mucha más experiencia que tú. Esto amenaza convertirse en un verdadero lío.

Traté de no demostrar mi desilusión.

—Usted decide, señor.

De pronto sonrió.

—Hasta ahora lo has manejado bien, de manera que te permitiré seguir, pero si te encuentras en dificultades, Chick se hará cargo.

—Gracias, señor.

—Ahora veamos cómo puede ayudarnos el resto de esta organización. ¿Tienes alguna idea?

—Por un lado, me gustaría poder decirle a Bill Anderson que usted está interesado en ofrecerle un empleo. Es muy cuidadoso y eso es muy importante para mí. Tendré que cuidarme ahora que ando por Searle: hay muchas habladurías, pero Anderson, si se lo estimula suficientemente, podría hacer parte de mi trabajo sin crear sospechas.

—Sí. Puedes decirle que en cuanto se presente una vacante le daré una entrevista. Si realmente ha sido útil, dile que puede contar con un empleo en esta empresa.

—Se lo diré. Además deseo saber qué sucedió con Syd Watkins. Me han dicho que le dieron de baja en el ejército, pero después de eso desapareció. No ha vuelto a Searle. Creo que es importante encontrar el rastro.

—Lo buscaremos en los archivos del ejército y del F.B.I. si es necesario. Ya veremos qué encontramos.

—Necesitaría saber también si Mitch Jackson estuvo casado, cuándo y con quién.

—Seguramente podremos averiguarlo.

—Usted me dijo, señor, que Jackson era el mejor soldado que había tenido a su mando. Por lo que he oído decir en Searle, era un hombre poco confiable, malo y peligroso.

Parnell frunció el ceño. Su rostro se endureció y tomó la expresión del coronel veterano del ejército que realmente era.

—¡Tonterías! Mitch era mi mejor hombre. Nunca tuve quejas por su conducta. Hasta donde yo sé, sus hombres lo querían. Tenía gran coraje.

¡Nadie recibe la Medalla de Honor sin ganársela!

—Muy bien, señor. Tal vez los ciudadanos de Searle tengan prejuicios. Los hombres pueden cambiar.

—Sí. La guerra cambia a los hombres —reconoció Parnell—. En mi opinión, Mitch fue un buen soldado.

Decidí que sería mejor guardarme mi opinión sobre Mitch Jackson. Tal vez los ciudadanos de Searle sabían lo que decían y quien tenía prejuicios era el coronel. Un sargento que supiera manejarse podía engañar a su comandante, pero yo no pensaba mencionar este hecho.

—Por el momento esto es todo lo que se me ocurre, señor —concluí—. Volveré a Searle y me hospedaré en el hotel local. Mi excusa será buscar al nieto, pero si encuentro una pista para el asesinato de Jackson se la comunicaré.

—Muy bien, Dirk. Recuerda que no nos dedicamos a casos de asesinatos. —Me miró pensativamente—. Hasta que obtengas pruebas irrefutables de que Jackson fue asesinado, sigue investigando.

—Sí, señor.

—Te daremos lo necesario para los gastos. Hablaré con Glenda. Y quiero que encuentren al nieto.

—Sí, señor.

Hizo un gesto afirmativo, y luego se puso de pie.

—Me he perdido la partida de golf. ¿Juegas al golf, Dirk?

—Lo hacía, pero se volvió demasiado caro.

—¿Eras buen jugador?

—Bien, en mis mejores días, solía hacer sesenta y ocho.

—¿Sí? —Sonrió—. Jugaremos juntos. Será interesante.

Volví a mi oficina y encontré a Chick Barley ordenando su escritorio.

—¿Qué tal va eso? —preguntó—. Vayamos a tomar un trago.

En el bar cercano, le conté la historia que había contado al coronel. Escuchó mientras bebía su *whisky*.

—Bien, Dirk. De manera que has conseguido un verdadero trabajo.

—Puede llegar a ser tuyo, Chick, si no obtengo resultados.

Chick sonrió.

—Los obtendrás. No me gustaría ir a enterrarme a Searle.

—Estoy preocupado por Mitch Jackson. El coronel lo adora. Pero por lo que he oído, Jackson no era buena persona. Me gustaría comprobarlo.

Chick me miró con cierta sorpresa.

—Déjame que te diga, Dirk, que Mitch era de lo mejor. Un tipo que hizo lo que él hizo...

—Mira, dejemos de lado la idolatría a los héroes —interrumpí—. Jackson puede haber sido un héroe para ustedes los oficiales, pero yo quiero saber lo que dicen los hombres que eran sus subordinados. Los soldados rasos. Si dicen que era de lo mejor, entonces lo creeré. He estado en el ejército. Sé que un sargento puede ser obsecuente con los oficiales y un salvaje con sus hombres. Me parece extraño que la mayoría de los ciudadanos de Searle se alegraran de no volver a verlo. Admito que las condiciones de guerra pueden cambiar a un hombre pero, por lo que sé, Jackson era un mal tipo. Quiero comprobarlo.

Chick se sirvió otro trago, y luego asintió.

—Me apuesto hasta el último dólar a que Mitch era un verdadero hombre. Pero tienes razón. Era así con nosotros. Llevaba a cabo a la perfección todas las órdenes que le dábamos. Realmente podíamos confiar en él.

—¿Ustedes los oficiales alguna vez hablaron con la tropa para averiguar si eran tan felices con Jackson como lo eran ustedes?

—No era necesario. Caramba, éramos un regimiento feliz. Mitch manejaba los hombres, nosotros dábamos las órdenes, todo funcionaba bien.

—Quiero averiguar más sobre él. Me gustaría hablar con alguno de los hombres que trabajaron a sus órdenes: ¿Conoces a alguien que viva cerca?

Chick pensó, y luego asintió.

—Hank Smith, un hombre de color. Trabajaba en el camión de residuos, en Miami. Lo encontré el año pasado. Yo no me acordaba de él, pero él sí se acordaba de mí. Insistió en que fuera a su casa en West Miami a tomar una copa en memoria de los viejos tiempos. Cuando estaba en el regimiento, era un buen soldado. Ahora que lo pienso, no se mostró demasiado feliz cuando hablé de Mitch y su medalla. Se limitó a asentir, diciendo que era algo bueno para el regimiento, y luego cambió de tema. —Chick se rascó la cabeza—. Bien, no sé. Tal vez tengas razón. No creo que el coronel lo apruebe, pero podrías hablar con Smith. Lo encontrarás en la avenida West. Tiene una casa en la esquina, justo a la derecha.

Una hora después, estacioné mi auto en el *ghetto* de gente de color de West Miami. Eran las 21:10. Yo había comido una hamburguesa con Chick, y luego él se había ido a una cita; por mi parte después de volver a mi departamento de dos ambientes y hacer una maleta para mi estadía en Searle, decidí ver si podía hablar con Hank Smith.

Era una tarde calurosa y húmeda. La avenida West estaba bordeada a ambos lados por pequeñas casas deterioradas. En las galerías había gente de color, los chicos jugaban en la calle. Muchos ojos me miraron cuando me detuve frente a una casa bastante abandonada, en la esquina, a la derecha.

Una mujer grande y gorda con la cabeza cubierta por un brillante pañuelo rojo, su vestido floreado descolorido por muchos lavados, estaba sentada en una mecedora, con la vista clavada en el vacío. Sus pequeños ojos negros me miraron cuando bajé del coche, abrí la puerta del jardín y llegué a la galería. Sentía que cientos de ojos me miraban desde las otras galerías.

—¿Señora Smith? —pregunté, deteniéndome frente a la mujer. Ahora que la veía de cerca, percibía que tenía unos cincuenta años de edad. Su rostro tenía ese aspecto decidido y fuerte de una mujer que lucha por mantener un nivel decente y se niega a aceptar el amargo hecho de que la vida se le escapa de las manos.

Hizo una pequeña inclinación de cabeza con expresión suspicaz.

—Soy yo.

—¿El señor Smith está aquí?

—¿Para qué necesita a mi marido? Si quiere venderle algo, señor, no se moleste. Aquí no sobra nada, cuidamos el dinero.

Un hombre de color, alto y fuerte, apareció en la puerta. Llevaba una camisa blanca, limpia, y *jeans*. Sus cabellos cortos comenzaban a encanecer. Sus ojos negros, inyectados en sangre, miraban con firmeza y, cuando revelaba sus dientes blancos en una amplia sonrisa, parecía amable.

—¿Desea usted algo, señor? —preguntó en voz baja.

—¿El señor Smith?

—Sí... soy yo.

—Señor Smith, espero no molestarlo. Chick Barley dijo que tal vez a usted le gustaría conocerme.

Su sonrisa se amplió.

—El señor Barley es un gran tipo. Por supuesto que me encanta conocer a cualquier amigo del señor Barley. —Se adelantó y ofreció su mano, y yo le di la mía.

—Dirk Wallace —me presenté—. Trabajo para el coronel Parnell.

Volvió a sonreír.

—Otro gran hombre. Bien, adelante, señor Wallace. Nuestros vecinos son un poco metidos. Tomemos una copa.

—¡Hank! —llamó severamente su esposa—. ¡Cuidado con la bebida!

—Tranquilízate, Hannah —replicó él, sonriendo afectuosamente a la mujer—. Un traguito no hace mal entre buenos amigos.

Me llevó al pequeño *living*.

Los muebles eran austeros pero razonablemente cómodos. Había dos sillones, una mesa rústica y tres sillas rectas.

—Siéntese, señor Wallace —ofreció Smith, señalándome uno de los sillones—. ¿Un poco de *whisky*?

—Sí, por favor —acepté.

Mientras él no estaba, miré a mi alrededor. Había fotografías de él en uniforme, de su casamiento y de dos lindos niños. Volvió con dos vasos con hielo y mucho *whisky*.

—¿Y cómo está el señor Barley? —preguntó, dándome uno de los vasos—. Hace tiempo que no lo veo.

—Está bien —respondí— y le manda saludos.

Smith sonrió y se sentó.

—Nosotros los soldados, señor Wallace, no nos llevábamos muy bien con la Policía Militar, pero el señor Barley era distinto. Muchas veces dejaba pasar cosas, miraba hacia otro lado cuando regresábamos del frente. Los muchachos realmente lo querían.

Levantó su vaso y brindó. Bebimos. El *whisky* me ardió en la garganta.

Él me miraba.

—Un poco fuerte, ¿eh? —preguntó, mirando mis ojos llenos de lágrimas—. A nosotros los viejos soldados nos gusta fuerte.

Dejé el vaso en la mesa.

—Así es. —Logré sonreír—. Yo no llegué a ir a Vietnam. La guerra terminó antes de que mi grupo terminara el adiestramiento.

—Pues tuvo suerte. Vietnam no era un picnic.

Saqué mi paquete de cigarrillos y le ofrecí uno.

Los encendimos.

—Señor Smith...

Su sonrisa se acentuó.

—Llámeme Hank, señor Wallace. Usted era oficial... ¿verdad?

—Eso es historia antigua. Llámeme Dirk.

—Muy bien. —Bebió, suspiró, y luego preguntó—: ¿Trabaja usted para el coronel?

—Sí, Hank, he venido a verlo porque Chick me dijo que usted podría ayudarnos.

—¿Ah, sí? —Demostró sorpresa—. Oh, sí, cómo no. ¿Ayudarlo? ¿Qué significa eso?

—Mitch Jackson. ¿Lo recuerda?

Hunk perdió su sonrisa.

—Lo recuerdo —asintió, con voz repentinamente fría e incolora.

—Estoy averiguando algo de su pasado. Es importante. Todo lo que usted diga se mantendrá en secreto. Sólo quería su sincera opinión de él.

—¿Para qué?

—Su padre murió ayer. Hay una investigación. Creemos que Mitch Jackson podría estar remotamente vinculado con la muerte de su padre.

—¿Quiere mi opinión sincera?

—Sí. Le aseguro que si tiene algo que decirme no saldrá de estas cuatro paredes. Le doy mi palabra.

Movió sus grandes pies mientras pensaba.

—Me parece feo hablar mal de los muertos —exclamó finalmente—. Especialmente de un héroe con Medalla de Honor.

Probé nuevamente el *whisky*. Seguía siendo terrible, pero yo me estaba acostumbrando.

—¿Cómo veían los hombres a Mitch? ¿Cómo lo veía usted?

Vaciló, y luego se encogió de hombros.

—Tenía muchos favoritos. Ese era el problema. Tal vez usted no lo sepa pero cuando un sargento tiene favoritos y no se ocupa para nada del resto de los hombres, nadie lo quiere. Eso hacía Jackson. Para algunos era como un padre. Para otros era un verdadero hijo de puta.

—¿Cómo era con usted?

—Yo lo pasé realmente mal con él: me daba todos los trabajos pesados, pero no solamente a mí. Más de la mitad del batallón hacía los trabajos sucios, y la otra mitad hacía los buenos.

—Habría tenido alguna razón.

—Había una razón. Todos los muchachos que entraron en esa jungla antes de que llegaran las bombas eran favoritos suyos. Por esa razón, y por ninguna otra corrió tras ellos, no porque los quisiera, sino porque valían para él más de mil dólares por semana, y era tan endemoniadamente ambicioso que no podía soportar que mataran a los que le proporcionaban dinero. Si esos muchachos no hubiesen sido sus favoritos, no se habría movido un centímetro. Así ganó su medalla. Tratando de salvar su paga semanal.

—No comprendo, Hank. ¿Por qué le pagaban mil dólares por semana esos muchachos?

Hank terminó su bebida mientras me miraba.

—¿Nada de esto se divulgará? No quiero meterme en ningún lío.

—Todo quedará en secreto.

—Mitch Jackson vendía drogas.

Se sabía que el ejército, cuando luchaba en Vietnam, tenía un alto porcentaje de drogadictos, y que muchos de ellos eran jóvenes. De todas maneras esto era algo que yo no había esperado oír.

—Es una acusación seria, Hank —dije—. Si usted lo sabía, ¿por qué no lo denunció al coronel Parnell?

Sonrió con amargura.

—Porque quería seguir vivo. Yo no era el único que lo sabía, pero nadie lo denunció. Le diré una cosa, un sargento que trabajaba con Jackson, descubrió en qué andaba. Le dijo que acabara con eso o lo denunciaría. El sargento y Jackson salieron juntos en una patrulla. El sargento no volvió. Jackson dijo que había muerto víctima de un *sniper* de Vietnam. Un par de muchachos, cuando Jackson les propuso venderles droga, se negaron. También fueron víctimas de los *snipers*, de manera que se corrió el rumor de que había que callarse la boca. De todas maneras, ¿de qué habría servido que yo lo denunciara? Sólo lograría meterme en líos. Un hombre de color que denuncia a un sargento apreciado por sus superiores; como el coronel Parnell, que pensaba que Jackson era de lo mejor... por eso me callé la boca.

Aparentemente los ciudadanos de Searle tenían razón en lo que pensaban sobre Mitch Jackson y era el coronel Parnell quien estaba equivocado.

—¿Tiene alguna idea de cómo conseguía Jackson las drogas?

—No, no quería saberlo ni quiero saberlo ahora.

—Seguramente recibía mucho dinero.

—Ya se lo dije: por lo menos mil dólares por semana. Los chicos estaban muy atados. Algunos tenían padres ricos que les enviaban dinero. Otros robaban lo que podían en Saigón cuando iban allá de licencia por una semana.

—¿Qué hacía él con ese dinero? No podía gastarlo.

Hank se encogió de hombros.

—No lo sé. Jackson no era el único que vendía drogas. Había muchos. Era el único en nuestro batallón, pero había pasadores de drogas en todos. Tal vez acumularan las ganancias y cuando regresaban se las llevaban a su casa.

Pensé que eso era probable.

—¿El nombre de Syd Watkins le dice algo?

—No. No estaba en nuestro batallón.

En ese momento apareció la señora Smith en la puerta.

—¿Quieres comer, Hank? El pollo se secará si no comes ahora.

Comprendí la insinuación y me puse de pie.

—Bien, gracias, Hank. —Le dí la mano—. Si se me ocurre algo más, ¿puedo volver a verlo?

Asintió.

—Siempre que nada de esto se divulgue.

Al salir, sonreí amistosamente a la señora Smith, pero su expresión era pétrea. Ella no me recibiría bien si volvía.

Fui por el sendero hasta mi auto. Aun en la oscuridad, sentía cientos de ojos que me observaban.

Cuando subí a mi coche, un hombre de color, corpulento, con una camisa abierta y unos pantalones de color oscuro, salió de entre las sombras. Tenía unos hombros que Muhammad Ali le habría envidiado. Puso sus dos enormes manos negras en la ventanilla de mi auto y se inclinó hacia adelante. Había olor a *gin* en su aliento.

—No nos gusta ver hombres blancos en este barrio —dijo en voz baja y amenazante—. Desaparece, hombre blanco, y no vuelvas.

Puse el motor en marcha.

—Desaparece tú —repliqué, mirándolo—, y vete a la mierda, muchacho negro. —Apreté el pedal y salí disparado. Por el espejo retrovisor, lo vi moverse en el medio de la calle, con los puños cerrados. Parecía un gorila salvaje.

Bien, yo había aprendido algo. Había aprendido que Mitch Jackson no era un héroe impoluto. Había aprendido que era de lo más bajo que había sobre la tierra. Un hijo de puta que vende drogas a los chicos no es más que eso. Tenía mucho en qué pensar, pero se me ocurrió, mientras volvía a Paradise City, que me estaba dejando distraer.

Mi tarea era encontrar al nieto de Fred Jackson, sin embargo tenía la clara sospecha de que el asesinato de Jackson y las actividades con las drogas de Mitch Jackson de alguna manera estaban vinculadas con la desaparición del chico. No era más que un presentimiento, pero yo confiaba en mis presentimientos: a menudo me habían sido útiles cuando trabajaba para mi padre.

Ya era demasiado tarde para ir a Searle, de manera que volví a mi departamento de dos ambientes.

Estacioné el auto en el garaje y tomé el ascensor hasta el sexto piso.

Mi mente estaba muy atareada cuando abrí la puerta y por eso no presté atención al hecho de que me costara trabajo abrirla. En cualquier otro

momento, si no hubiera estado tan abstraído, lo habría notado. Al entrar en mi pequeño *living*, cómodamente amueblado, y encender la luz sentí el olor antes de verlos. Ese olor de cuerpos sucios en la habitación, que me puso alerta de inmediato.

Venían de mi dormitorio como dos sombras negras, con cuchillos en sus negras manos.

Mi vecino de abajo encendió el televisor y una voz comenzó a leer las noticias.

3

LA VISIÓN de estos dos hombres negros realmente me asustó. Se separaron de la puerta de mi dormitorio: uno fue hacia la derecha y el otro hacia la izquierda.

El de la derecha era alto, flaco, con cabellos entrecanos. Llevaba una sucia chaqueta de piel de cabra, abierta, que mostraba su pecho esquelético. Le colgaban hileras de cuentas de colores hasta el ombligo. Sus pantalones ajustados de color escarlata estaban manchados junto a la bragueta. El de la izquierda era más bajo, pero también muy flaco. Llevaba un sombrero negro grasiento, una chaqueta de cuero gastada, y pantalones de cuero negro. Los dos hombres iban descalzos y sus pies estaban roñosos y apestaban.

Capté todo esto de una sola mirada.

Si no hubiera sido por su olor, me habrían dominado, pero cuando entré en mi habitación el olor de sus cuerpos me salvó.

La puerta del departamento todavía estaba abierta.

Cuando se lanzaron sobre mí, vi sus ojos sin pupilas. Eran altísimos.

Volví corriendo al pasillo, cerré de un golpe la puerta de entrada y corrí hasta el ascensor que todavía estaba en mi piso. Estaba en el ascensor, tocando el botón de abajo, cuando abrieron mi puerta. Las puertas del ascensor se cerraron cuando trataron de entrar en él.

Me apoyé contra la pared del ascensor mientras bajaba, y me di cuenta de que jadeaba. ¡Por Dios! ¡Qué miedo tenía! Esos dos eran los delincuentes más peligrosos que jamás había visto.

Mientras el ascensor descendía lentamente, los oí correr por la escalera. Sus pies desnudos sonaban al saltar los escalones de a tres por vez. Me di cuenta de que llegarían antes que el ascensor y esperarían que yo bajara.

Esperé hasta oírlos pasar al ascensor, y luego oprimí el botón para detenerme. Estaba en el tercer piso. Oprimí el botón del sexto.

—Con esto los dejaré fuera de carrera, hijos de puta —pensé, mientras el ascensor comenzaba a subir. Pensé con ansias en la treinta y ocho que tenía en

el placard^[2], pero no correría el riesgo de volver a mi departamento a buscar el arma. Podían atraparame antes de que llegara.

Me sentía seguro en el ascensor.

Mientras el ascensor subía oí ruidos de pies descalzos. Uno de ellos trataba de alcanzar el ascensor mientras el otro esperaba abajo.

De manera que las posibilidades de que me atraparan se reducían a la mitad, pero no me entusiasmaba la idea de encontrarme con uno de ellos, armado con un cuchillo.

La puerta del ascensor se abrió en el sexto piso.

Tuve el tiempo justo de ver a Sombrero, corriendo como una tromba la escalera. Oprimí el botón del piso catorce, el más alto. Cuando las puertas se abrieron llegó él, con la mirada llena de odio asesino. Trató de insertar su cuchillo entre las puertas que se cerraban, pero llegó tarde.

Otra vez el ascensor comenzó a subir. Lo oí corriendo escaleras arriba. Miré con ansias el botón de la alarma que hacía sonar un timbre si alguien quedaba atrapado, pero decidí no tocarlo. El portero era un hombre mayor y yo le tenía cariño. Estos dos desafortunados lo cortarían en pedazos si aparecía en escena.

Al llegar al piso catorce, se abrieron las puertas.

Yo tenía el dedo en el botón del tercer piso. Aunque oí a Sombrero que subía las escaleras, esperé, escuchando sus jadeos y sus ruidos. Obviamente se estaba quedando sin aliento. Cuando llegó, tambaleándose, al extremo del corredor, le hice un saludo con la mano y oprimí el botón. El ascensor comenzó a descender.

Escuché y no lo oí bajar la escalera. Decidí que, gracias a Dios, estaba vencido.

Pero quedaba Piel de Cabra.

Frente al ascensor en el tercer piso estaba el departamento de un buen vecino mío, Si yo lograba entrar en su departamento, cerrar la puerta con llave y llamar a la policía, aún podría salir de esa pesadilla sano y salvo. Pero ¿y si él no estaba en casa? ¿Si tardaba en responder a mi llamado? Piel de Cabra podía atraparame mientras yo corría a tocar el timbre.

Mientras el ascensor bajaba lentamente, me quité la chaqueta y me envolví con ella el brazo izquierdo. Esto me daría cierta protección contra el cuchillo.

Las puertas del ascensor se abrieron en el tercer piso.

Salí de un salto y llegué a la puerta de mi vecino.

Piel de Cabra me esperaba. Apenas tuve tiempo de levantar el brazo cubierto por la chaqueta cuando me lanzó la cuchillada. Si no hubiera sido por la billetera que llevaba en el bolsillo de la chaqueta, me habría cortado.

Di vuelta hacia la derecha, y le di un puñetazo en un costado de la cara. No tenía músculos ni huesos. Cayó gimiendo como un niño. Dejó caer el cuchillo, y se tapó la cara con sus roñosas manos.

Luego oí a Sombrero que bajaba la escalera. Tomé el cuchillo de Piel de Cabra y retrocedí mientras Sombrero bajaba la curva de la escalera y llegaba al descanso.

Su compañero seguía gimiendo. Sombrero se detuvo junto a él con la boca abierta, y luego me vio.

Le mostré el cuchillo.

—Ven, muchacho negro —susurré—. Creo que soy mejor que tú con el cuchillo.

Nunca es bueno desafiar a un tipo que está bajo los efectos de la heroína. Se abalanzó sobre mí como un toro. Trató de clavarme el cuchillo, pero yo ya estaba en movimiento. Mi entrenamiento para combate en el ejército me había enseñado todos los trucos de la lucha con el cuchillo. Erró por pocos centímetros y el cuchillo golpeó contra la pared de hormigón. Se le salió la hoja. Dejó caer el cuchillo que tenía en la mano, y lo golpeé con toda mi fuerza en la mandíbula. Cayó como una vela apagada.

Piel de Cabra comenzaba a dar señales de vida. Fui hacia él y le di una patada a un costado de la cabeza. Dejó de maullar y adquirió el aspecto de un pato muerto.

Recogí su cuchillo, entré en el ascensor y fui hasta el sexto piso. Entre en mi departamento y atranqué la puerta.

El espantoso olor persistía en la habitación; fui a la ventana y la abrí.

Me quedé allí, aspirando el aire caluroso, limpio y húmedo; no podía permitir que los dos negros se escaparan. Tenía que llamar a la policía, pero vacilé, recordando que estaba haciendo un trabajo y que quería estar en Searle temprano a la mañana siguiente. Sabía que en la policía me demorarían con preguntas y que tendría que hacer una acusación, pero no había más remedio.

Di unos pasos apartándome de la ventana abierta, y luego me detuve.

Un auto negro acababa de detenerse frente al edificio. Un hombre bajó de él. Cuando pasó bajo el farol de la calle, vi que era el negro gigantesco que me había hablado cuando salí de la villa de Hank Smith. Era imposible confundirlo por sus grandes hombros, la cabeza pequeña y la ropa negra.

Di media vuelta y corrí a mi dormitorio, abrí la puerta del placard, encontré mi treinta y ocho especial de la policía, controlé para ver si estaba cargada, luego volví corriendo al *living* y a la ventana.

El auto seguía allí, pero no había señales del gorila. ¿Estaría subiendo a mi departamento? ¿Trabajaría con esos dos desechos humanos?

Miraba, transpiraba, sabiendo que tenía que llamar a la policía, pero dudando aún de hacerla. El arma que tenía en la mano me daba mucha confianza. Sin el arma, ya habría gritado para que me oyera un patrullero.

Entonces lo vi, en la calle. Arrastraba a los dos negros que me habían atacado, a uno por el brazo y al otro por los cabellos. Los arrojó en el asiento trasero de su auto como si fueran gatitos, luego subió al auto y partió.

Caminé con cierta inseguridad hasta el bar, serví *whisky* en un vaso y lo bebí, luego me senté bruscamente. Nunca había estado tan asustado en mi vida, y me llevó cinco minutos sobreponerme al *shock*. Con mano temblorosa encendí un cigarrillo, lo fumé, me puse de pie, luego fui al dormitorio. Abrí la ventana, para hacer salir el mal olor, luego volví al *living* y me fijé si me faltaba algo o algo estaba fuera de lugar. No faltaba nada, todo estaba en su lugar. Entré al dormitorio, ahora ventilado, y controlé: no faltaba nada, todo estaba en su lugar.

Eso me puso los nervios de punta. Me habría sentido mucho más tranquilo si hubiera creído que los dos negros eran drogados que buscaban algo para vender, pero me resultaba desagradablemente claro que habían venido a cortarme en pedazos, o tal vez a matarme.

Mis nervios comenzaron a saltar como porotos mejicanos.

Pero ¿por qué?

¿Porque había hablado con Hank Smith? No podía pensar en ninguna razón. El gorila me había esperado para asustarme. Mientras esperaba, había tomado mi dirección de la patente de mi auto. Como no me asusté, habló por teléfono con los dos negros jóvenes para que me esperaran en mi departamento y se ocuparan de mí.

Sentado en la cama, volví a pensar en lo que me había dicho Hank Smith: que Mitch Jackson era un pasador de drogas. Luego pensé en Hank Smith. ¿Estaría en peligro? Pensé en su rolliza esposa, que me desaprobaba, y en la fotografía de los dos niños. Comencé a transpirar nuevamente.

Mientras hablaba con él, había visto un teléfono en su *living*. Me puse de pie, busqué la guía y encontré el número. Cuando comencé a discar, miré mi reloj. Eran las 23:30. Habían sucedido muchas cosas desde que yo saliera de Searle.

Una voz respondió a la segunda llamada.

—¿Sí? —La voz de un hombre de color.

—¿Hank?

—No. Soy Jerry, el vecino de Hank.

—¿Puedo hablar con Hank?

Hubo una larga pausa, luego la voz dijo:

—Nadie volverá a hablar con Hank. Está muerto.

Sentí el *shock* que me recorría como si hubiera recibido una trompada en la cara.

—¿Qué está diciendo?... ¿muerto?

—No sé quién es usted, señor, y no me importa mucho. He venido a cuidar a los chicos mientras la señora Smith está en el hospital, hablando con los policías, aunque eso de nada le servirá a ella ni a los chicos.

—¿Qué sucedió?

—Lo atacó un maldito hijo de puta. Iba camino a su club y ¡paf!

Lentamente colgué el receptor. Durante largo tiempo, me quedé mirando el vacío, sintiendo un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Esa noche se había convertido en un infierno. Luego me repuse. Había que comunicarle todo al coronel. Sabiendo que no estaría en la oficina, busqué su número de teléfono particular, y llamé.

Respondió la señora Parnell. Dijo que el coronel acababa de partir a Washington y que estaría afuera durante por lo menos una semana.

—Señora Parnell —dije—, soy Dirk Wallace. Uno de los agentes del coronel. Es importante que me ponga en contacto con él ahora mismo.

—Tendrá que esperar su regreso —replicó la señora Parnell, con voz repentinamente seca. Supuse que para ella los agentes del coronel valían menos que el polvo—. El coronel está ocupándose de un asunto de Estado — y cortó la comunicación.

Pensé en consultar a Chick Barley, pero luego decidí no hacerlo. Este caso era mío. Habría sido correcto consultar al coronel, pero a nadie más.

Me quité la ropa, me di una ducha y me fui a la cama.

No esperaba dormir, de manera que no me desilusioné.

«La rana saltarina» era el único hotel de Searle.

Desde afuera parecía un lugar acogedor, pero después de subir los diez escalones deteriorados hasta la entrada de la recepción, me sentí menos seguro.

Detrás del escritorio de la recepción, había una muchacha bonita con cabellos color maíz. Me recibió con una brillante sonrisa.

—Hola, señor Wallace —saludó cuando llegué junto a ella—. ¿Viene para quedarse?

Esto no me sorprendió. Todos se conocían, incluidos los desconocidos, en Searle. Seguramente Silas Wood había hablado.

—Eso es —respondí.

—Soy Peggy Wyatt. Mi papá es el dueño del hotel, pero yo lo dirijo —me anunció—. ¿Qué tipo de habitación desea, señor Wallace?

La miré. Tenía un bonito cuerpo. En realidad, tenía algo que me decía que no sería difícil llevarla a la cama.

—Claro. —Le ofrecí mi amplia sonrisa amistosa—. ¿Habitación? Bien, ¿qué tienen?

—Entre usted y yo, la mayoría de las habitaciones son bastante malas, pero está la *suite* para novios, con una buena cama camera. —Me miró de arriba a abajo. Tenía pestañas largas, cuidadosamente arqueadas—. Un pequeño *living* y un bar con heladera.

—Me parece adecuado para mí.

Me dijo el precio y, como me pagaban los gastos, respondí que estaba bien.

Me hizo firmar el registro, y luego dio la vuelta al escritorio.

—Se la mostraré.

Llevaba los inevitables *jeans* ajustados y yo seguí su pequeño trasero hasta el ascensor. Llegamos al primer piso. Ella seguía mirándome y sonriendo. Si en Searle todos eran amigos, sin duda ella lo publicitaba.

Abrió una puerta con su llave, y me mostró la *suite*. Era cómoda, un poco raída; el pequeño *living* daba a la calle principal. El dormitorio tenía una gran cama camera y estaba comunicado con un baño diminuto.

—Esto es perfecto —exclamé, dejando mi maleta. Ella se sentó en la cama y se balanceó.

—Los resortes no crujen —aseguró y se echó a reír.

Yo estaba pensando que eso era una invitación abierta cuando ella se levantó y fue al *living*.

—La casa lo invita con una bebida —dijo, y fue a la heladera empotrada—. ¿*Whisky*?

—Sólo si usted también toma.

—Prefiero *gin*. —Mientras preparaba las bebidas, prosiguió—: Le gustará la comida aquí. No coma en ninguna otra parte. Nuestro cocinero es

realmente muy bueno. —Me entregó la bebida, hizo un brindis con la suya y bebió. Suspiró, y luego me sonrió nuevamente—. A esta hora del día, necesito una copa. Mi papá no lo aprueba.

—Todas las personas que trabajan necesitan una copa a las 11:30 de la mañana —dije y probé el *whisky*. Era suave y bueno.

—Me dijeron que usted era detective privado —continuó—. En este lugar nunca pasa nada. ¿Es cierto que busca a Johnny Jackson?

Sentí que eso podría convertirse en una sesión prolongada, me senté y le indiqué que se sentara en la otra silla.

—Voy a refrescar esto —exclamó ella y sacudió su pequeño trasero ante mi cara mientras se inclinaba sobre la heladera. Me sorprendió ver que su vaso estaba vacío. Volvió a llenarlo, y se sentó—. ¿Es cierto lo de Johnny Jackson?

—Sí.

—¿No es terrible que el viejo Jackson se haya pegado un tiro?

—Son cosas que pasan.

—Sí, eso creo. Los viejos no tienen muchos motivos para vivir, ¿verdad?

—Algunos sí, otros no.

Bebió la mitad de su vaso.

—Detestaría ser vieja.

—Pues, es algo que llega con el tiempo. ¿Conoció usted a Johnny Jackson?

—Fui a la escuela con él. —Me miró con complicidad, luego rió—. Lo extraño. Todas las chicas andaban detrás de él, pero a él no le interesaba ninguna, excepto yo.

Si Johnny Jackson había desaparecido seis años atrás, los muchachos y las chicas en una ciudad como Searle comenzaban temprano su vida sexual.

—Por lo que me dijeron —respondí—, a Johnny no le gustaban las chicas.

—Es cierto. Es absolutamente cierto. Era el tipo de muchacho que sólo elige a una chica... y esa chica fui yo. —Terminó la bebida—. ¿Cree que lo encontrará?

—No lo sé. Eso espero. Es mi trabajo.

Ella se inclinó hacia adelante, con su bonito rostro ahora enrojecido por el *gin*.

—Quiero que lo encuentre. Lo extraño.

—Por lo que me dicen se fue hace seis años. Es mucho tiempo para que una chica bonita como usted recuerde a un muchacho y lo siga extrañando.

—Él era muy especial. No era como los otros imbéciles de aquí. Era inteligente. Estoy segura de que ahora es un tipo importante en alguna parte. Que gana mucho dinero. —Suspiró—. Yo sueño siempre que volverá y me sacará de este maldito lugar. —Miró el vaso vacío con el rostro sombrío.

—¿Alguna vez habló de irse?

Ella hizo un gesto negativo.

—Nunca hablaba de sí mismo. Nunca hablaba de su abuelo.

—¿Entonces de qué hablaba?

Ella miró en otra dirección.

—Bien, éramos chicos. A veces hablaba del amor y de lo difícil que es el mundo para los chicos. Yo lo escuchaba durante horas. —Miró furtivamente hacia la heladera—. Creo que me vaya servir otro. —Sacudió el vaso.

—Déjalo, Peggy. El *gin* no es bueno para las chicas bonitas. No hay que tomar demasiado.

Me hizo una mueca.

—¿Qué le hace pensar que soy una buena chica? —Se puso de pie y echó otro chorro de *gin* en su vaso—. En este agujero nadie lo piensa.

—¿Por qué no?

Ahora ella estaba muy excitada. Bufó.

—Ellos se lo dirán. El único muchacho decente que existió alguna vez en este agujero de mierda era Johnny.

—¿Johnny y tú tuvieron algo entre los dos?

—¿Por qué no lo dice? Yo quería pero Johnny decía que el verdadero amor no era así, que eso se hacía cuando uno se casaba. —Bebió lo que quedaba en su vaso, se estremeció un poco, se le cayó el vaso de la mano a la alfombra, y luego, mirándome salvajemente, dijo, con un sollozo en su voz—: ¡Por eso quiero que lo encuentre! ¡Quiero que vuelva y se case conmigo! ¡Encuéntrelo! ¡Por favor! —y luego salió de la habitación y cerró la puerta de un golpe.

Después de lavarme y desempacar, vi que era la hora del almuerzo y, como tenía hambre, bajé al restaurante. Había una docena de parejas y muchos hombres solos o en grupos, que ya estaban comiendo. Todos me miraron cuando entré: algunos me sonrieron, otros sólo hicieron una inclinación de cabeza. Yo estaba seguro de que en la gran habitación aireada todos sabían que yo trabajaba para una agencia de detectives y que mi misión era encontrar al nieto del viejo Fred Jackson. Me senté ante una mesa lejos de las ventanas.

Un sonriente camarero negro se acercó y sugerí que me trajera el menú especial.

—Lo mejor que tenemos hoy, señor Wallace —aconsejó él— es el asado al horno.

Dije que estaba bien y se alejó.

Consciente de los ojos que me miraban, me concentré en mis manos cruzadas sobre la mesa. Suponía que tarde o temprano dejaría de ser una novedad, pero ese escrutinio, como si esperaran que sacara un arma o un conejo de la galera, me aburría.

De pronto advertí a un hombre alto de rostro triste que se había parado frente a mí.

—Soy Bob Wyatt, señor Wallace. Mi niña me dice que usted se hospedaría con nosotros. Es un gran placer.

Mientras nos dábamos la mano, miré su rostro blanco y delgado y sus ojos apagados. Debía de tener unos cincuenta años y la vida no se había portado muy bien con él.

—Si desea algo especial, dígaselo a Peggy —indicó él, obligándose a producir un remedo de sonrisa. Espero que le guste el almuerzo— agregó, y se alejó.

El asado al horno estaba excelente. Me tomé mi tiempo hasta terminar y luego, un poco después de las 14:00, salí a la recepción, no antes de que el resto de la gente saliera del restaurante, saludándome y sonriéndome, y yo devolviera esos saludos y sonrisas.

Peggy estaba sentada ante el escritorio de la recepción. Me recibió con una amplia sonrisa, pero yo no me detuve. Salí al calor húmedo y crucé la calle hasta la oficina del *sheriff*. Estaba seguro de que el *sheriff* Mason estaría bebiendo su medicina y que con suerte Bill Anderson ya habría tomado la suya.

Lo encontré con los pies sobre el escritorio, hurgándose los dientes con un fósforo. Cuando me vio, sacó los pies del escritorio y se puso de pie de un salto.

—Hola, señor Wallace. Me alegro de verlo.

—Llámame Dirk —le pedí, dándole la mano—. Tal vez tú y yo trabajemos juntos pronto —y le relaté lo que me había dicho el coronel.

Me miró como un hombre a quien acaban de regalarle un millón de dólares.

—¡Extraordinario! Gracias, Dirk. ¡Realmente extraordinario!

—¿El *sheriff* no está? —pregunté, sentándome.

—Tardará por lo menos tres horas en volver.

—Dime, Bill, ¿que está sucediendo con la cabaña del viejo Jackson?

—Nada. Tal vez alguien querrá comprar sus tierras, pero eso debe decidirlo su nieto. Creo que es el único heredero del viejo Fred.

—¿Y nadie sabe dónde está?

Asintió.

—Esa es la situación. El doctor Steed dice que publicará un aviso en el periódico local, anunciando la muerte de Fred. —Se encogió de hombros—. No sé si eso servirá de mucho, pero el doctor Steed dice que tenemos que hacerlo.

—Quiero echar una mirada a la cabaña, Bill —pedí—. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Esperas encontrar algo allí?

—No lo sabré hasta que la haya revisado.

—¿Quieres ir ahora mismo?

—¿Por qué no, si no estás ocupado?

Él sonrió.

—Paso días aquí sentado, sin nada que hacer. Me estoy volviendo loco. La actividad criminal en Searle no es algo que quite el sueño.

—Entonces... vamos.

En el sendero que conducía a la cabaña de Jackson pregunté a Bill sobre Peggy Wyatt. Iba sentado a su lado en su antiguo Chevy, dispuesto a obtener toda la información que él pudiera darme.

—¿Peggy? Hay un lío. —Sacudió la cabeza—. Sabes, Dirk, me dan mucha pena ella y su padre. Él tiene un cáncer incurable y sólo le queda un año de vida. Si no fuera por el personal negro el hotel se habría fundido. Amy, la cocinera, atrae a los clientes. Bob Wyatt simplemente sobrevive. Nunca está sin dolor. Peggy dirige el hotel. Yo fui a la escuela con ella. Era una chica inteligente. Cuando murió su madre, dejó la escuela para ayudar a su padre a dirigir el hotel, y desde entonces se ha puesto bastante loca.

—¿Cuándo murió su madre?

—Hace unos seis años. Entonces Peggy tenía dieciséis.

—Fue en esa época que se supone que desapareció Johnny Jackson.

Me echó una rápida mirada.

—¿Qué tiene eso que ver con Peggy?

—¿Era un rebelde? ¿Ella tuvo problemas?

—Yo no diría eso. Sin duda se metió en líos ella misma. Esta ciudad nunca se pierde nada de lo que ocurre. Ella comenzó a acostarse con todo el

mundo. Tiene mala reputación, pero Bob Wyatt es un hombre querido. Todos le tienen lástima, y por eso disimulan la conducta de Peggy. —Otra vez me miró—. Es lo que se llama una hoja de parra. Pero, últimamente, dicen que también se emborracha.

—Supe que ella y Johnny tenían relaciones.

—Eso es nuevo para mí. A Johnny no le interesaban las chicas. De todas maneras, Peggy habría sido la última muchacha con quien se ataría alguien como Johnny. Era un muchacho serio.

—¿Lo conociste en la escuela?

—Oh, sí. Yo no tenía tiempo para él. Era el mejor de la escuela, pero era un solitario. —Íbamos en ese momento por el estrecho sendero que llevaba a la cabaña de Jackson—. Era un tipo raro. Algunos de los muchachos querían tratar de endurecerlo. Recuerdo que hubo una pandilla que en cierto momento decidió hacerle un tratamiento. Yo estuve entre ellos. Lo atrapamos en una esquina del campo de juegos. La idea era mancharlo con pintura. —Se frotó el mentón—. Teníamos un tarro de pintura y un gran pincel. Él permaneció quieto, enfrentándonos. No hizo ningún intento por escapar. Se quedó allí, mirándonos. —Se encogió de hombros—. No sé, de pronto nada parecía tan gracioso. Había algo en él que nos detenía. De pronto todos perdimos interés o tal vez pensamos que nos estábamos comportando estúpidamente y que él era grande. No puedo explicarlo. Nos miraba con firmeza, sin miedo, y daba la impresión de que estaba detrás de un muro. Hicimos los ruidos habituales de una pandilla, y de pronto todos nos alejamos. De allí en adelante, no lo molestamos más.

Detuvo el coche frente a la cabaña.

—Bien, aquí estamos —exclamó, y bajó del coche. Juntos caminamos hasta la puerta de entrada y la abrimos. Los moscardones ya no estaban. El olor a podrido persistía. El único ruido era el distante croar de las ranas.

—¿Controlaste si el viejo Jackson tenía permiso para usar armas, Bill? —pregunté mientras miraba a mi alrededor.

—Sí. Tenía permiso, pero no para la Beretta.

—¿Te fijaste si el doctor Steed tenía permiso para usar la Beretta?

—Sí. No lo tenía.

—¿Controlaste si alguien en Searle poseía una Beretta?

—Sí. Nadie en Searle posee o ha poseído una Beretta.

Asentí con un gesto de aprobación.

—Hiciste lo que debías, muchacho.

—Quiero trabajar para el coronel Parnell.

—Al paso que vas, creo que eso es muy probable. Ahora, demos un buen vistazo.

Pasamos la hora y media siguiente revisando cuidadosamente toda la cabaña.

No encontramos nada: ni cartas, ni cuentas, ni fotografías. Mientras revisaba los cajones vacíos del viejo escritorio, me pareció que alguien había estado allí antes y se había llevado todo. No podía aceptar que el viejo Jackson, que había vivido en el lugar durante años, no guardara cartas, papeles.

—Parece que hemos llegado tarde, Bill —musité.

—Eso parece. —Estaba arrodillado junto a la cama, mirando debajo—. ¡Eh! Hay algo aquí.

Juntos movimos la cama y encontramos un gran agujero en el piso, cubierto a medias por una tapa de madera. Aparté la tapa y miré el agujero vacío.

Bill estaba mirando por sobre mi hombro.

—Tal vez guardaba dinero aquí —sugirió.

—¿Controlaste si tenía alguna cuenta bancaria en Searle?

—Sí. No la tenía.

Me puse en cuclillas.

—Seguramente ganó dinero y no podía gastar mucho. Este agujero pudo haber sido su Banco, y quizás alguien lo encontró.

Bill asintió.

—Es razonable pensarlo.

Me encogí de hombros y me puse de pie.

—Creo que así no vamos a ninguna parte. Yo esperaba encontrar cartas o al menos una fotografía de Mitch y Johnny. Veamos las ropas del viejo.

Abrí el placard. Sólo había un par de pantalones y una chaqueta de cuero gastada. Revisé los bolsillos, pero sólo encontré polvo.

—Vivía mal, ¿verdad? —exclamé, y cerré la puerta del placard.

Bill respondió con un gruñido. Estaba mirando la pared de enfrente. El sol había llegado al fondo de la cabaña y ahora iluminaba la sombría y pequeña habitación. Seguí su mirada y vi las marcas del lugar donde antes colgaba un cuadro o una fotografía con marco. La parte descolorida de la pared mostraba que el marco tenía treinta y seis centímetros de largo por dieciocho de ancho.

Me quedé mirando mientras pensaba, y luego comenté:

—Supongo que ese marco contenía la Medalla de Honor de Mitch. Sobre la cama del viejo: un sitio de privilegio. Es una suposición, pero creo que era

así.

—Si algún ladrón vino aquí, entre ayer y esta mañana —pensó en voz alta Bill— ¿para qué querría una medalla de honor? Seguramente tendría el nombre de Mitch.

—¿Quién habló de ladrón? El que vació los cajones y se llevó el marco habrá sido el hombre que mató a Fred Jackson —dije—. Ningún ladrón se llevaría todos los papeles pertenecientes a Jackson. Fue el asesino, Bill.

—Sí.

Salí al exterior, y sentí el calor del sol y la humedad.

—Echaremos un vistazo a la laguna de las ranas.

Fuimos allá y sólo encontramos ranas. Parecían saber que Fred Jackson ya no estaba porque había montones a lo largo de la orilla. En cuanto nos acercamos desaparecieron en el agua barrosa, cubierta de algas.

—Bien —suspiré, encendiendo un cigarrillo—. Regresemos.

Mientras caminábamos hacia el Chevy, pregunté:

—¿Al *sheriff* le preocupará que andes conmigo, Bill?

—Ya lo arreglé. Le dije que sería bueno que yo me mantuviera cerca de ti y le informara. Le gustó la idea.

—No informes demasiado, Bill. Hazle creer que no voy a ninguna parte. Tengo la sensación de que esta es una hoja de parra más grande de lo que había pensado al principio.

Me miró, intrigado.

—¿Por qué lo piensas?

—Piénsalo tú mismo —repliqué, mientras subía al coche—. Te vendrá bien un poco de práctica. —Cuando él puso en marcha el motor, pregunté: ¿Hablaste con el cartero sobre la correspondencia de Jackson?

—Todavía no. No me he olvidado, pero es difícil atrapar a Josh. Espero verlo esta noche:

—Inténtalo —sugerí, y me recosté en el asiento mientras él me llevaba de regreso a Searle.

Antes de dejar a Anderson frente a la oficina del *sheriff*, le pregunté dónde vivía el padre de Syd Watkins.

—¿Wally Watkins? —Parecía sorprendido—. ¿Quieres hablar con él?

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene una casita muy linda en las afueras de Searle —respondió Anderson—. En la tercera curva a la izquierda, saliendo de la ruta. No puedes equivocarte. No hay ninguna otra casa allí. Wally viene al club tres o cuatro

veces por semana. La gente lo aprecia. Él y Kitty, su mujer, convirtieron esa casa en un verdadero hogar. Para Wally la muerte de Kitty fue algo terrible.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace un par de años. En la ciudad se decía que se desvivía por su hijo, pero ya sabes lo que son las habladurías del lugar. El doctor Steed me contó que ella murió de neumonía.

—Me han dicho que Syd Watkins era muy rebelde.

—Lo era, pero ya sabes cómo son las madres. Wally tenía una idea muy cierta de lo que era su hijo. Él y Syd no se llevaban bien.

Antes de ir a la casa de Wally Watkins, me detuve en la fábrica de Morgan & Weatherspoon.

Encontré a Harry Weatherspoon sentado frente a su escritorio. Me miró fijamente cuando entré a su oficina, y luego sonrió.

—¡Ah, señor Wallace! El detective privado —exclamó, apoyándose en el respaldo de su asiento—. Me engañó con eso de la información para los escritores.

—Lo siento, señor Weatherspoon —me excusé aproximándome a su escritorio—. Por experiencia sé que a algunas personas no les gusta hablar con detectives privados.

Él asintió.

—No tiene importancia. Me han dicho que espera usted encontrar al nieto del pobre viejo Jackson.

—En esta ciudad los rumores vuelan ciertamente.

—Ya lo creo que sí. Aquí no sucede nada sin que toda la ciudad se entere en media hora.

—Me gustaría hacerle una pregunta, señor Weatherspoon.

—Bien, no hay nada malo en preguntar. ¿De qué se trata?

—El viejo Jackson le traía una consignación semanal de ranas. Me gustaría saber cuánto le pagaba usted.

Él me miró, con sorpresa en sus ojos brillantes y oscuros.

—¿Por qué?

—Johnny Jackson debe de ser su heredero. Por la forma en que vivía el viejo Jackson gastaba muy poco dinero, de manera que debe de haber guardado bastante.

—Supongo que sí. No hay nada de malo en que se lo diga. Algunas semanas eran regulares, otras buenas. En promedio general yo le pagaba unos ciento cincuenta dólares por semana.

—¿Cómo se los pagaba?

—Siempre en efectivo. Ponía el dinero en un sobre y Abe se lo daba a Jackson, y él daba un recibo a Abe.

—Entonces seguramente el viejo ahorraba a razón de cien dólares por semana.

Weatherspoon se encogió de hombros.

—Puede ser.

—¿Y esto fue así durante años?

—Hace unos veinte años que Jackson trabajaba para nuestra empresa. Yo diría que le pagábamos, tomando en cuenta sus mejores años, unos doscientos dólares por semana.

—¿En efectivo? ¿Sin impuestos?

—En efectivo, sí. Yo no sé nada de impuestos.

—Entonces, haciendo un cálculo grosero, ¿podría haber ahorrado cien mil dólares?

—No lo sé. Estaba su hijo, Mitch. Tal vez le daba dinero.

Pensé en el agujero bajo la cama de Jackson. Seguramente ahí guardaba el dinero. Aunque yo me equivocara en esto, de todas maneras faltaba una suma grande.

—Es triste que el viejo se haya quitado la vida —prosiguió Weatherspoon—, pero no tenía muchos motivos para vivir. Lo echaremos de menos. Era una granja muy fértil.

—¿Piensa comprarla? —pregunté distraídamente.

Vaciló, me miró con curiosidad.

—Pues, sí. Conozco a un granjero de ranas joven que podría alquilar la granja si yo la compro, pero ella pertenece al patrimonio de Jackson. Hasta que se encuentre a su nieto o prueben que está muerto, no puedo hacer nada al respecto.

—¿Nada? —Lo miré.

—Bien, en cuanto supe que el viejo Jackson estaba muerto, pensé en comprar la granja. Mi abogado está trabajando en eso. —Se encontró con mi mirada y desvió la suya—. Le he dicho que publique un aviso para hacer venir a Johnny Jackson. Usted podría ayudar, señor Wallace. Si encuentra las huellas de Johnny Jackson, le pediré que le diga que me gustaría hablar con él. Dígale que obtendrá un precio razonable por la granja.

—¿Quién es su abogado?

—Howard & Benbolt. El señor Benbolt maneja todos mis negocios.

—¿Le molestaría si hablo con él?

—De ningún modo, ¿sobre qué?

—Estoy buscando a Johnny. Usted me dice que Benbolt también lo está buscando. Podríamos ahorrar tiempo si no nos cruzamos.

—Adelante. Está en la guía telefónica.

—Bien. Gracias, señor Weatherspoon. Espero que encontremos al chico.
—Le di la mano y salí.

Me llevó menos de quince minutos llegar a la casa de Wally Watkins. La descripción de Bill Anderson no le hacía justicia. El pequeño *bungalow* era compacto, estaba blanqueado, tenía un pequeño jardín, un immaculado cuadrado de césped y rosas comunes. Las rosas estaban en flor. Había un corto sendero de grava que llegaba hasta la puerta del frente con lajas rojas en los bordes. Todo el lugar demostraba cuidado, atención y manos cariñosas.

Sentado en una mecedora en el pórtico estaba Wally Watkins, fumando una pipa. Se lo veía prolijo con su traje blanco y su sombrero Panamá.

Me vio bajar del auto. Debía de tener unos setenta años: era delgado, con su barba blanca y tostado por el sol. Me pareció un viejo pionero que había trabajado mucho, sufrido un poco, pero que finalmente había llegado a su paraíso.

Me gustó a primera vista.

—¿Señor Watkins? —pregunté, deteniéndome frente a él.

—El mismo, y usted debe ser Dirk Wallace, y trabaja para la agencia Parnell. —Extendió la mano y rió—. No se sorprenda. Las noticias viajan rápido en este rincón de los bosques.

—Ya me he dado cuenta —sonreí, y le di la mano.

—Perdóneme por no levantarme. Tengo mal una rodilla. Ahora, antes de que hablemos, entre en la casa y vaya a la cocina: es la primera puerta a su izquierda. En la heladera encontrará una botella de buen *whisky* y una de agua mineral. Hay vasos a la derecha de la heladera. ¿Sería tan amable de hacer todo esto? —Me brindó una sonrisa amistosa—. Ya que está, eche una mirada a su alrededor. Quiero que vea cómo vivo. Francamente, señor Wallace, estoy orgulloso de la forma en que mantengo nuestra casa desde que perdí a Kitty.

De manera que eso hice exactamente.

El pequeño *bungalow* estaba tan perfectamente cuidado como el jardín. Había un *living* bastante grande y una cocina bien equipada. Por las dos puertas que vi supuse que había dos dormitorios pero no seguí mirando. Preparé las bebidas, salí y me senté en otra mecedora.

—Señor Watkins, puede usted estar más que orgulloso de su casa —exclamé.

—Gracias. —Parecía feliz—. Kitty era muy cuidadosa. Realmente amaba el lugar y lo mantenía como yo lo estoy manteniendo. —Me observó—. No querría hacerla desdichada. —Tomó la bebida—. Yo creo que los seres queridos se mantienen cerca. —Levantó el vaso a manera de brindis. Bebimos un poco—. ¿De manera que está buscando a Johnny Jackson?

—Sí. ¿Usted lo conocía?

—Por supuesto. Era un buen muchacho, inteligente. Cuando digo inteligente, quiero decir que era bueno en la escuela, y que además era muy trabajador. No hay que confundirse. Los chicos, en esta época, no saben lo que quiere decir trabajar; dedican el tiempo a divertirse, pero Johnny andaba siete kilómetros en bicicleta para llegar a la escuela, trabajaba, luego volvía en la bicicleta, lavaba la ropa de Fred, le preparaba la cena, lo ayudaba con las ranas y mantenía limpio el lugar. Quería mucho a Fred. Por lo que sé, creo que lo idolatraba.

—¿Entonces por qué se fue?

Wally se acarició la barba y sacudió la cabeza.

—Eso es lo que siempre me pregunto. ¿Por qué desapareció Johnny tan repentinamente?

—Señor Watkins, ¿piensa que le pudo haber sucedido algo? ¿Que se enfermó y murió o tuvo un accidente y murió y el viejo Jackson nunca quiso denunciar lo ocurrido?

Wally tomó un poco de su bebida, murmuró algo para sí mismo, luego sacó un pañuelo, y secó unas gotas que habían caído en sus pantalones.

—¿Que murió? Ah, no. Fred lo habría dicho. Nada de eso. No, algo sucedió en esa cabaña que hizo huir a Johnny. Eso es lo que yo pienso.

—¿Qué pudo haber sucedido?

Se mecía en su sillón.

—Eso es lo que siempre me pregunto.

—Supongamos que al crecer Johnny, se cansó de vivir tan mal. Que decidió irse.

—Ya le dije que adoraba a Fred. No lo habría dejado.

—Pero lo dejó.

—Es cierto.

—¿Usted conocía muy bien a Fred?

—Más que bien. En una época éramos amigos íntimos. Cuando el caimán lo privó de sus piernas, yo solía llevarle las compras del almacén. Mitch estaba allí entonces. Era un buen hijo para Fred, pero muy agresivo con todos los demás. Cuando lo reclutaron vino a verme. Me dijo que cuidara a su

padre... ¡como si fuera necesario decírmelo! De manera que seguí llevándole las cosas del almacén, pero ya no era lo mismo. Fred se puso muy mal. Detestaba que la gente lo viera caminar sobre sus muñones. Supongo que era natural, pero me apenaba. Entonces llegó Johnny. Johnny solía venir a mi negocio después de la escuela a comprar cosas. Un día dijo que Fred no tenía ganas de recibir visitas, de manera que dejé de ir. Kitty y yo consideramos que el chico se las arreglaría para cuidar a Fred, de manera que lo dejamos en sus manos.

—¿Fred estuvo casado?

—Creo que sí. Le hablo de unos treinta y cinco años atrás. Hacía poco tiempo que yo había abierto mi almacén y Fred trabajaba para un granjero de ranas... antes de comprar las tierras y comenzar por su cuenta. De todas maneras, se fue de Searle y estuvo ausente un par de años. Cuando volvió, había ganado bastante dinero y traía a Mitch de vuelta con él. Mitch tenía unos dos años de edad. Fred me confió que la madre había muerto al nacer Mitch. A Fred le gustaban los chicos. Estaba muy orgulloso de Mitch. Aunque tanto Kitty como yo le decíamos que le iba a resultar difícil criar al bebé. Él se reía y decía que Mitch tendría que aceptar su suerte, y realmente lo hizo. Recuerdo que Fred me dijo que si se hubiera tratado de una niña la habría hecho adoptar, pero que tener un hijo varón significaba mucho para él.

—¿Fred ahorraba dinero?

Wally me miró con sorpresa.

—No lo sé, pero me lo he preguntado. Le pagaban bien por las ranas. Supongo que tiene que haber ahorrado.

—Por eso quería encontrar a Johnny. Parece ser el único heredero de Fred. Hay quienes hablan de comprar la granja.

Wally asintió.

—¿Weatherspoon?

—Sí.

—¿Usted lo conoció?

—Lo conocí.

—Llegó hace unos diez años a esta ciudad, y desde entonces ha estado comprando propiedades. Compró la fábrica de ranas, compró el almacén. En cuanto el pobre Bob Wyatt se muera, cosa que no tardará en suceder según dicen, Weatherspoon comprará el hotel.

—El dinero, ¿le viene de la fábrica de ranas?

—No lo sé. La fábrica anda bien, pero no para producir tanto dinero.

—Me han dicho, señor Watkins, que una muchacha trabajó para Fred después que Johnny desapareciera.

Él asintió.

—Seguramente se lo dijo el viejo Abe Levi. Él dice que la vio, pero Abe bebe demasiado. Hay muchas otras historias que flotan en Searle. Yo no creo en ésa.

—Abe piensa que Johnny todavía estaba allí y que la muchacha tenía algo con él.

—Es el tipo de cosas que siempre piensa Abe. Si vio a alguien allí, habrá sido Johnny. Piénselo. Ninguna muchacha querría quedarse con un hombre sin piernas, sucio, que odiaba al sexo femenino, para lavarle la ropa y vivir con las ranas. —Wally rió—. No tiene sentido.

Pensé que eso sonaba muy razonable.

—Bien, señor Watkins, no quiero hacerle perder más tiempo —dije—. Lo que usted me dijo es interesante. Quiero pensarlo, y luego, si puedo, volveré a hacerle más preguntas.

—¿Irás al funeral de Fred, señor Wallace?

—No lo creo. ¿Cuándo es?

—Mañana a las 11:00. Toda la ciudad estará allí. En Searle los funerales gustan mucho. —Se dio una palmadita en la rodilla—: Yo también iré, no importa cómo esté la rodilla.

—¿Le gustaría que lo llevara en mi coche?

—Muy amable de su parte. Pero no es necesario, Bob Wyatt me prometió llevarme. —Sacudió la cabeza—. Supongo que él será el próximo en irse.

Le di la mano y regresé a Searle.

Peggy Wyatt estaba ante el escritorio de la recepción cuando entré al hotel. Me dedicó una sonrisa brillante.

—¿Quieres tu llave, Dirk? —preguntó.

—Gracias, Peggy, ¿puedes pasarme una línea a mi habitación, por favor? Tengo que hacer algunos llamados telefónicos.

—Papá ha salido —contestó, mientras me entregaba las llaves. Sentí olor a *gin* en su aliento—. ¿Qué te parece si voy dentro de una hora a probar si la cama es realmente cómoda?

Me dio lástima. Estaba borracha y, por alguna razón que yo desconocía, frustrada.

—Mira, Peggy, eres demasiado joven para mí —repliqué con suavidad— y un consejo, deja el *gin*.

Ella se sonrojó y me miró con furia.

—No sabes lo que te pierdes.

—Dame una línea —repetí, y apartándome de ella tomé el ascensor para ir a mi habitación.

Diez minutos más tarde estaba hablando con Chick Barley.

—¿Ya tienes algo para mí, Chick? —pregunté.

—Todavía no. Esto llevará algún tiempo.

Por un leve sonido respiratorio en la línea supe que Peggy estaba escuchando.

—No quiero detalles, Chick —dije secamente—. Tengo público. Apura las cosas, ¿quieres? —colgué el receptor.

Pasé el resto de la tarde escribiendo un informe que incluía mi visita con Bill Anderson a la cabaña de Jackson, el agujero bajo la cama, mi conversación con Harry Weatherspoon y Wally Watkins. Cuando terminé ya era la hora de la cena. Guardé el informe, y bajé al restaurante. Sólo había cuatro hombres solos, obviamente viajeros que comían y trabajaban en el mismo lugar. Ninguno de ellos me miró más de una vez.

Comí un buen trozo de carne con papas fritas, luego volví a mi habitación, encendí el televisor y dejé que me aburriera hasta que tuve ganas de acostarme.

Cerré la puerta con llave, me metí en la cama y me dormí.

Wally Watkins tenía razón. A la gente de Searle le gustaban los funerales. A las 10:30 comenzó a sonar la campana de la iglesia. Era la señal para que los ciudadanos se reunieran en la calle principal.

Yo había tomado un buen desayuno y estaba en el *living*, sentado junto a la ventana para contemplar lo que sucedía. Todos los negocios, el correo, la estación de servicio, estaban cerrados. El único lugar abierto era la oficina del *sheriff*.

Desde mi ventana, pude ver que los adultos vestían de negro y los niños de blanco. Supuse que tendrían guardadas estas ropas de luto y las sacaban para los funerales. Era un espectáculo impresionante.

El coche fúnebre que portaba el ataúd de roble con manijas de bronce que debía contener los restos de Frederick Jackson, encabezaba la procesión.

La conducía el *sheriff* Mason que obviamente había tomado una fuerte dosis de su medicina porque se balanceaba levemente y se llevaba repetidamente un pañuelo a los ojos. Dos pasos detrás de él caminaba el doctor Steed, seguido por Harry Weatherspoon, Bob Wyatt, Wally Watkins,

apoyado en un bastón, y Silas Wood. En medio de la multitud divisé a Abe Levi. No había flores. Supuse que los ciudadanos habían considerado necesario hacer una colecta para ese buen ataúd. Tal vez pensaban que un viejo granjero de ranas sin piernas no apreciaría las flores.

Vi desaparecer a la profesión, y luego fui a la recepción del hotel.

Peggy estaba detrás del escritorio. Me miró, pero esta vez no hubo sonrisa.

—Parece que lo van a enterrar con estilo —comenté.

—Contigo no hablo —replicó ella.

Me acerqué al mostrador y apoyé los codos en él, mirándola a los ojos.

—Me mentiste, Peggy, cuando dijiste que tú y Johnny tenían algo entre los dos, ¿verdad?

Ella se sonrojó y me miró con ira.

—¡Oh, vete de aquí! ¡Me aburres!

—Tú y el resto de las chicas odiaban a Johnny porque él las ignoraba a todas —proseguí—. Pero tú, tú querías ser especial, y por eso echaste a correr el rumor entre tus amiguitas que Johnny estaba secretamente enamorado de ti. Supongo que eso te daba cierto brillo. Hasta comenzaste a creer en tu mentira, pero sabes tan bien como yo que Johnny no se preocupaba más por ti que por las otras muchachas. Trata de superarlo, Peggy, y deja de beber.

Ella hizo un rápido movimiento como para abofetearme, pero la tomé fácilmente por la muñeca.

—Vamos, Peggy, es necesario crecer.

Ella se liberó, con el rostro contraído y saltándole las lágrimas.

—¡Te odio! ¡Johnny era una porquería! ¡A mí me gustan los hombres de verdad! ¡Vete a la mierda!

Dio media vuelta, se metió en la oficina del fondo y cerró la puerta de un golpe.

Sentí pena por ella, pero tenía que saberlo, y ya lo sabía.

Al salir del hotel, crucé hasta la oficina del *sheriff*, donde encontré a Bill Anderson sentado ante su escritorio.

—¡Hola, Dirk! —exclamó—. ¿Qué piensas de nuestro funeral?

—Muy bueno. ¿Hablaste con el cartero?

—Lo vi anoche. Josh parece lento, pero tiene buena memoria. Me dice que el viejo Fred nunca recibió correspondencia hasta después de la muerte de Mitch. El ejército envió en una carta certificada la medalla de Mitch. Es lo primero que el viejo Fred recibió por correo. Luego, en los últimos seis años,

llegó un sobre para Fred. Josh, que es curioso, me dijo que era de Miami. Llegaba regularmente el primero de cada mes.

—El primero de mes fue hace cinco días —le recordé—. ¿Llegó el sobre?

—No. El que escribía a Fred debe de haber sabido que había muerto.

—Fred murió hace tres días, Bill —corregí—. El que le escribió sabía que iba a morir.

Lo dejé con la boca abierta y mientras volvía al hotel, la campana de la iglesia interrumpió sus lúgubres sonidos. Supuse que el funeral había terminado. No había señales de Peggy cuando tomé el ascensor para ir a mi habitación. Agregué a mi informe que ella me había mentido sobre su relación con Johnny Jackson y también sobre el detalle de la correspondencia que Fred Jackson recibía todos los meses. Metí el informe en mí portafolio y bajé a almorzar.

El restaurante estaba desierto. Comí carne fría con ensalada. El viejo camarero de color me dijo que en cuanto la gente volviera del entierro el restaurante se llenaría. Me apresuré a terminar mi comida y volví a mi habitación.

Vi regresar y desaparecer en sus casas a todos los asistentes al entierro. Esperé un rato más, y luego fui a mi coche. Ya los comercios estaban abiertos y todas las ropas de luto habían desaparecido. La actividad de Searle era la habitual.

Fui al cementerio. Para un pueblo pequeño como Searle, el cementerio era notablemente grande y bien conservado. Me llevó algún tiempo encontrar la tumba de Frederick Jackson. La encontré en un rincón alejado entre sepulturas de aspecto descuidado: no era una zona cara.

Sobre la tierra recién removida había un manojo de rosas rojas; dos docenas, rosas de exposición, del tipo que me habría gustado tener sobre mi tumba cuando me llegara el momento.

Me acerqué y vi una tarjeta, fijada a un alambre.

Me agaché y leí unas palabras escritas a máquina en la tarjeta:

Descansa en paz, abuelo. Johnny.

4

YENDO a bastante velocidad, llegué a Paradise City pocos minutos antes de las 18:00. Tuve la suerte de encontrar a Chick Barley ordenando su escritorio.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó cuando entré en la oficina que compartíamos—. Mira, Dirk, tengo una cita importante y ella no me esperará.

—No procedes bien. Cuanto más las haces esperar, más se calientan. ¿Qué tienes para mí?

—¿Qué crees que somos... brujos? Tengo algo, pero no es mucho. —Se sentó, miró febrilmente su reloj, y luego abrió uno de los cajones de su escritorio—. Toma. Un informe sobre Syd Watkins. Hasta ahora no hay evidencia de que Mitch Jackson se haya casado nunca ni haya tenido un hijo, pero todavía estamos investigando. El ejército dice que era soltero, pero el ejército puede equivocarse.

—¿El nacimiento de Johnny Jackson no está registrado?

—No lo sé. Seguimos averiguando. —Me entregó un informe escrito a máquina—. Bien, compañero, ahora me voy.

—Todavía no. Chick, tú fuiste policía, trabajaste bajo las órdenes de Parnell. ¿Cuál era la situación en el regimiento con respecto a la drogadicción?

—¡Por Dios! ¿En qué estás pensando? Tú tienes que buscar al nieto de Jackson, ¿verdad?

—No pierdas tiempo, Chick. ¿Cómo encaraban el tema, drogadicción en el regimiento de Parnell?

Él vaciló, y luego se encogió de hombros.

—Es historia antigua, pero era seria. Allá todos los regimientos tenían ese problema. No era asunto mío. Había un grupo de profesionales trabajando sobre ese problema.

—¿No informaron sobre tu regimiento?

—Supongo que sí, pero el informe fue directamente al coronel. Ya te digo que no era asunto mío.

—Ese grupo de especialistas en narcóticos... ¿quién era el jefe?

—El coronel Jefferson Haverford. Él y el coronel Parnell eran grandes amigos.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Chick me miró fijamente, frunciendo el ceño.

—¿En qué diablos estás pensando? Eso es historia antigua. Al coronel no le gustaría que se ventilara. Está orgulloso de su regimiento y tiene todas las razones para estarlo.

—¿Dónde puedo encontrar al coronel Haverford?

—Vive aquí. Lo encontrarás en la guía telefónica; pero escucha, Dirk, ten cuidado. El coronel no querrá que comiences a desenterrar historia antigua. —Se puso de pie—. Si no me voy ahora, mi chica me hará pedazos —agregó, y se marchó.

Encendí un cigarrillo, eché un trago de la botella de la oficina y leí un breve informe relativo a la carrera militar de Sydney Watkins.

Por el informe, supe que Syd Watkins también había sido reclutado. Era experto en bombas: pertenecía al grupo de artillería antiaérea. Había pasado cuatro años en Vietnam, en la base, ocupándose de las bombas y nada más. Su trabajo había sido satisfactorio. Cuando le dieron de baja había regresado a los Estados Unidos con otros en sus mismas condiciones. El último domicilio suyo que poseía el ejército era una casa de pensión en Nueva York. Luego había desaparecido. El informe terminaba allí.

El único hecho interesante del informe era que Watkins y Mitch Jackson habían estado en Vietnam al mismo tiempo.

Puse el informe en un fichero, y luego busqué el número telefónico del coronel Haverford. Tenía un departamento en condominio en Ocean Boulevard: uno de los barrios elegantes de la ciudad.

Él mismo respondió a mi llamado.

—Haverford —dijo con voz profunda y ronca.

—Habla Dirk Wallace, coronel —anuncié—. Trabajo para el coronel Parnell.

—Ah, sí. Usted es el nuevo. El coronel me habló de usted. ¿Qué desea?

—Tengo un problema, señor —y pregunté. —¿Podría dedicarme unos minutos?

—¿Qué clase de... problema?

—Se trata de un trabajo que estoy haciendo. Parece estar vinculado con el problema de las drogas en el ejército. Creo que usted podría orientarme.

—Lo espero dentro de diez minutos. A las 20:00 tengo que cenar con una persona —masculló y cortó la comunicación.

Como Ocean Boulevard quedaba a tres minutos de la oficina, siete minutos después yo estaba tocando el timbre en la puerta de la casa del coronel Haverford.

Una mucama de color me hizo pasar por un gran *living*, cómodamente amueblado, y luego salimos a una terraza que daba al *boulevard* con sus palmeras, la arena inmaculada donde los *playboys* y sus chicas se divertían frente al brillante mar azul.

Haverford estaba sentado en una reposera. Se puso de pie cuando avancé hacia él. Era un hombre de baja estatura, fornido, con el rostro rubicundo: el clásico tipo militar, con un pequeño bigote blanco y los cabellos muy cortos. Llevaba *shorts* blancos, una camisa blanca y sandalias.

—¿Wallace? —extendió la mano.

—Sí, señor —asentí.

—Bien, siéntese. ¿*Whisky*?

—Gracias, señor.

Fue al bar de la terraza y sirvió dos vasos, los llenó con hielo, me dio uno y se sentó. Sus ojos de color gris acero me contemplaron.

—¿Cuál es el problema?

—Sé que usted estuvo a cargo de los problemas de drogas en Vietnam —comencé.

—Exacto.

—Nuestra agencia ha sido contratada para encontrar al hijo de Mitch Jackson y, durante el curso de mis investigaciones, me informaron que Mitch Jackson vendía drogas a los soldados.

Haverford miró fijamente su vaso, frunció el ceño, y luego se encogió de hombros.

—Siempre pensé que tarde o temprano esto sucedería —musitó—. ¿Ha hablado con su jefe?

—No, señor. El coronel está en Washington y por eso no pude verle. Entonces decidí hablar con usted. ¿Había evidencias reales de que Jackson vendía drogas?

—Mire, joven. A Mitch Jackson se lo considera héroe nacional. Ganó la Medalla de Honor. No deseamos manchar la reputación de un hombre que salvó a diecisiete jóvenes de la muerte y que murió en ese acto.

—¿Vendía drogas?

Vaciló, y luego hizo un gesto afirmativo.

—Sí. Estaba a punto de ser arrestado como otros que realizaban esa misma actividad y que ahora cumplen largas sentencias. Mi asistente había obtenido evidencias contra Jackson y teníamos una orden de arresto. Luego sucedió aquello: entró en la jungla, salvó a diecisiete muchachos y tuvo una muerte horrible, quedó reducido a cenizas. De manera que decidí olvidarlo. Odio a los que venden drogas: son la más baja escoria que hay sobre la tierra. Pero no se puede negar que Jackson tuvo valor. Y se necesitaban hombres de valor allá. Habría sido muy desmoralizador para el público revelar que, antes de morir como un héroe, era la escoria de la tierra. El coronel Parnell no se enteró. El problema fue encubierto y no lo lamento. Así es, joven. Le aconsejaría que lo olvidara usted también.

Bebí un poco de su excelente *whisky* mientras pensaba.

—Esto podría seguir siendo un episodio confidencial, señor —sugerí—. Pero yo debo seguir investigando. ¿Sabía usted que Jackson estaba casado y tenía un hijo?

Hizo un gesto negativo.

—Según nuestros registros, Jackson era mal tipo antes de incorporarse al ejército. Sus antecedentes eran muy malos, pero cuando se convirtió en soldado su actuación fue excelente. Él también hizo un gran trabajo de encubrimiento... a su manera... ninguno de los oficiales sabía en qué andaba. Si no hubiera sido por mi asistente, el capitán Harry Weatherspoon, que era incansable cuando se trataba de perseguir a los vendedores de drogas, Jackson nunca habría sido detectado.

Permanecí inmóvil, tratando de no expresar nada.

—¿El capitán Harry Weatherspoon? ¿Qué le sucedió?

—Dejó el ejército. Supe que había comprado una sociedad en alguna fábrica: algo vinculado con las ranas. —Se encogió de hombros—. Me pareció un trabajo raro para un activo agente de narcóticos. —Miró su reloj—. Tengo que cambiarme. Mi esposa se pone muy mal si llego tarde a una fiesta. —Se puso de pie—. Antes de que continúe con sus investigaciones, le sugiero que hable con su jefe. No sé por qué esto ha de ser tan importante para encontrar al hijo de Jackson, pero lo que sé es que si usted remueve el pasado de Jackson obtendrá una publicidad desagradable y atraerá la atención sobre el regimiento de Parnell. De manera que... antes hable con él.

Nos dimos la mano y me fui.

Eran las 18:40. Decidí volver a mi departamento.

En el camino, compré comida china. Quería sentarme a pensar, y no deseaba comer afuera.

Tenía mi treinta y ocho en la mano cuando abrí la puerta de mi departamento. No me esperaba ningún malhechor. Cerré y atranqué la puerta, entré en mi dormitorio, luego volví a colocar el arma en su cartuchera, me preparé una bebida y me senté a reflexionar en lo que había sucedido ese día.

Me pareció que estaba progresando. Mañana, me dije, llamaré a Howard & Benbolt, los abogados de Weatherspoon, y luego volveré a Searle. Quería hablar con Wally Watkins nuevamente, luego con Josh, el cartero y, por supuesto, con Harry Weatherspoon.

Mientras bebía crecía en mí la incómoda sospecha de que el coronel Parnell me sacaría del caso si le contaba lo que había descubierto hasta ese momento. Me alegré de que estuviese en Washington.

Tomé el desayuno tarde, y luego fui a Miami a buscar las oficinas de Howard & Benbolt. Estaban en el sexto piso de un elegante edificio de oficinas en la calle treinta y seis.

Una mujer gorda, de cabello gris, se encontraba ante el escritorio de la recepción. Me miró con frialdad y poca simpatía.

—El señor Benbolt —pedí, sonriendo y mostrándole mi tarjeta.

Miró atentamente la tarjeta, luego la dejó caer como si pudiera mancharle los dedos.

—¿No tiene cita, señor Wallace?

Negué con la cabeza.

—El señor Benbolt generalmente da hora a los clientes.

Le informé que no era un cliente. Sólo deseaba hablar unas palabras con el señor Benbolt, a menos que él estuviese demasiado ocupado como para atenderme.

—Éste no es un buen momento, señor Wallace.

Ya me estaba cansando de la mujer, pero conservé la sonrisa y le dije que sinceramente lo lamentaba. ¿Cuándo sería un buen momento?

Ella me miró fijamente, sin saber a ciencia cierta si me estaba burlando o no, y luego anunció por el intercomunicador:

—Aquí hay un tal señor Wallace, de la agencia de detectives Parnell, que desea hablar con usted, señor Edward.

Se oyó una voz firme en el aparato.

—Hágalo pasar, señorita Lacey. Que pase.

Ella volvió a oprimir el botón y señaló una puerta. Su expresión habría agriado la leche.

—Por allí, tercera puerta a la derecha.

Le agradecí, pasé a un largo corredor, golpeé en la tercera puerta a la derecha y oí la voz que antes había hablado en el aparato.

Edward Benbolt era un hombre muy gordo de aspecto muy próspero. Debía de tener poco más de cuarenta años; se lo veía inmaculado con su traje oscuro. Todo en él, desde su camisa Cardin, hasta sus gemelos de oro, sus cabellos negros muy bien peinados, sus carrillos rojos, el clavel en el ojal, exhalaban riqueza y confianza.

—Adelante, señor Wallace —exclamó, levantándose de su lugar detrás de un enorme escritorio y extendiendo una mano que, cuando la estreché, me pareció una masa elástica. Pensé que el único ejercicio que debía hacer el señor Benbolt era manejar el cuchillo y el tenedor—. Siéntese. El señor Weatherspoon me habló por teléfono. Me avisó que usted vendría. —Me mostró sus cuidados dientes en una amplia sonrisa—. Tal vez usted pueda resolver nuestro pequeño problema. Sabemos que la agencia Parnell es la mejor.

Me senté.

—Supongo que el señor Weatherspoon le comentó que estamos tratando de ayudar a Frederick Jackson a encontrar a su nieto —comencé.

—Exactamente. Nosotros también estamos tratando de encontrarlo. Todo es un poco misterioso, ¿verdad? —dejó escapar una sonora carcajada—. El señor Weatherspoon está interesado en comprar la granja de ranas, pero nosotros no podemos negociar sin encontrar primero al heredero del viejo Jackson.

—¿Está usted seguro de que Johnny Jackson es el heredero de Frederick Jackson?

—No hay dudas sobre eso. He visto una copia del testamento.

—¿Entonces hubo un testamento?

—Sí, ya lo creo. El viejo Jackson dejó toda su propiedad y su dinero a su hijo Mitchell y a la muerte de éste a su descendencia masculina.

—¿De manera que la esposa de Mitch no recibía nada?

—Si es que hubiera una esposa, no recibiría nada. Hasta ahora no tenemos evidencia de que Mitch haya estado casado.

—Si no lo estaba, y Johnny era ilegítimo, ¿eso le impediría reclamar la herencia del viejo Jackson?

—No. Usando la expresión «descendencia masculina» estaba a cubierto.

—¿Quién tiene el testamento original?

—El señor Willis Pollack. Es el abogado local de Searle. —Benbolt me miró con expresión protectora—. Hablé con él por teléfono. Me informó que el viejo Jackson redactó el testamento cuando su hijo se incorporó al ejército. Aparte de la granja de ranas, el viejo Jackson no parece haber poseído dinero. La granja no tiene gran valor. El señor Weatherspoon estaría dispuesto a pagar cinco mil dólares por ella: no más.

Decidí no hablar a ese gordo y sonriente abogado del agujero que había bajo la cama del viejo Jackson. Estaba bastante seguro de que debía de haber una considerable cantidad de dinero escondida allí, pero no tenía sentido contárselo a Benbolt antes de continuar con la investigación. Podría equivocarme.

—¿Y usted, señor Wallace, progresa?

—Todavía no. Johnny desapareció hace algún tiempo. La huella está fría. Pero sigo investigando. Sólo hace unos días que comencé a trabajar en esto. Quería conocerlo y asegurarme de que no estamos perdiendo tiempo y dinero siguiendo las mismas pistas.

Esto pareció gustarle, porque asintió con un gesto de aprobación.

—Nosotros hemos publicado avisos. Nos hemos puesto en contacto con el Departamento de Personas Desaparecidas. Como usted dice, todavía es temprano. —Eché una mirada a su Omega de oro—. Bien, señor Wallace, nos mantendremos en contacto, ¿verdad? —Se puso de pie y me ofreció su mano blanda.

Se la estreché, dije que me mantendría en contacto y que si él recibía respuestas a sus pedidos de información, me lo hiciera saber, y le di mi tarjeta.

Lo dejé, satisfecho de haberle sacado más información que él a mí.

Tres horas más tarde yo estaba en el restaurante del hotel «La rana solitaria». Bob Wyatt estaba detrás del escritorio de la recepción cuando entré. Me hizo un saludo amistoso. No me detuve a preguntarle dónde estaba su hija. Me senté en la mesa del rincón. Saludé e intercambié sonrisas con las otras personas que estaban cenando y comí un buen pollo a la Maryland. Cuando terminé de comer pregunté al viejo camarero de color, cuyo nombre era Abraham, dónde podría encontrar a Willis Pollack, el abogado de Searle. Me lo indicó. Después del café crucé Main Street, sabiendo que muchos ojos curiosos me observaban, para ir a la oficina de Willis Pollack que estaba sobre una ferretería.

Era como entrar en una escenografía de una película de época. Una viejita de cabellos muy blancos, con un vestido negro que un museo de vestimentas

se enorgullecería de exhibir, estaba sentada detrás de un diminuto escritorio sobre el cual se veía la que probablemente era una de las primeras máquinas de escribir Remington que salieron de fábrica. La gran habitación estaba atestada de anticuados biblioratos^[3]. Junto a la ventana había un escritorio más grande y ante ese escritorio estaba sentado Willis Pollack.

Me detuve en la puerta y lo miré.

Era un hombre muy pequeño, de más de ochenta años, que parecía una miniatura de Buffalo Bill. Tenía bigote blanco, una barbita prolijamente recortada, una larga nariz de halcón, y ojos castaños, alertas. Llevaba una levita negra, camisa blanca y corbata a rayas. Parecía haber salido del siglo pasado.

—¡Ah, pero si es el señor Wallace! —exclamó—. Entre, amigo. —Se puso de pie, con una cálida sonrisa en su rostro arrugado y castigado por el tiempo. Ésta es mi querida esposa, Daisy— prosiguió. —Hace todo el trabajo mientras yo hablo.

La viejita se sonrió.

—Vamos, Willi. —Me miró—. Mi querido marido siempre exagera. No sé qué haría la gente de aquí sin él.

Un poco desorientado, avancé por la oscura habitación y di la mano a Pollack, luego fui hacia Daisy y le di la mano a ella.

Pollack me indicó que me sentara en uno de los viejos sillones de cuero.

—¿En qué puedo servido? —preguntó. Me senté.

—Como usted sabe, señor Pollack, estoy tratando de encontrar a Johnny Jackson —comencé. Luego le hablé de la carta que el viejo Jackson había enviado a la agencia, y le expliqué que el coronel Parnell había aceptado el envío de cien dólares y, como Mitch Jackson era un héroe nacional, me había ordenado investigar—. He hablado con el señor Benbolt, quien me dice que Frederick Jackson redactó un testamento y que usted lo tiene. Me gustaría saber cuándo y cómo fue redactado.

Pollack miró a su esposa.

—Muéstrale el testamento, querida Daisy —ordenó con suavidad.

Ella fue hacia uno de los biblioratos y me trajo una hoja de papel. No había nada complicado en la simple declaración.

«Yo, Frederick Jackson, dejo toda mi propiedad y mi dinero a mi hijo Mitchell Jackson. Si él no me sobrevive, entonces toda mi propiedad y mi dinero irán a manos de sus hijos varones, ya sean éstos hijos de un matrimonio legítimo o no. En el caso de que no hubiera descendencia

masculina, entonces mi dinero y mi propiedad irán al Fondo para Veteranos Lisiados, para ayudar a los que no tienen piernas, como yo».

Bajo la firma, que era difícil de descifrar, figuran Nillis y Daisy Pollack como testigos.

—¿De matrimonio legítimo o no? —pregunté, mirando a Pollack—. Qué frase tan extraña.

Él se alisó el bigote.

—En realidad, no. Fred sabía que su hijo no era de los que se fueran a casar. Previó la posibilidad de que Mitch tuviera hijos ilegítimos. Fred no tenía tiempo para las muchachas. En eso era raro. Me dijo claramente que ninguna muchacha obtendría su dinero, y luego, cuando apareció Johnny, creo que por primera vez desde la partida de Mitch, el viejo Fred fue feliz.

—¿Qué sucedió con el testamento?

—En cuanto Mitch entró en el ejército, recibí un mensaje de Fred pidiéndonos a Daisy y a mí que fuéramos a su cabaña porque quería hacer testamento. Allá fuimos. —Sacudió la cabeza—. Durante muchos años, Fred y yo habíamos sido buenos amigos. Jugábamos juntos al *snooker*, pero cuando perdió las piernas se convirtió en un recluso. Daisy y yo quedamos espantados al ver cómo vivía. ¡Qué miseria! De todas maneras, nos dijo exactamente cómo quería que se redactara el testamento. Le pregunté si no quería redactar alguna cláusula sobre la esposa de Mitch, en caso de que se casara, y se puso desagradable, me dijo que era su testamento Y que así debía ser. Yo lo escribí, él lo firmó, y Daisy y yo figuramos como testigos. Eso fue todo. —Se tocó la corbata a rayas—. Estoy seguro de que Fred no tenía dinero para dejar, sólo la tierra y la cabaña, que no valen mucho; por eso no insistí para que hiciera un testamento más detallado.

—¿Qué le hace pensar que no tenía dinero? —pregunté.

Pollack se sobresaltó un poco.

—La forma en que vivía, señor Wallace. Nadie vive tan mal a menos que le falte dinero. No tenía cuenta bancaria y en su cabaña no se encontró dinero después de su muerte.

—¿Quién lo buscó? —pregunté.

—El doctor Steed y el señor Weatherspoon fueron allá después de la muerte de Fred. El doctor Steed me dijo que revisaron todo y no encontraron papeles ni dinero.

—¿El señor Weatherspoon? ¿Por qué fue allá?

—Quiere comprar la propiedad y él y el doctor Steed son buenos amigos. El doctor Steed pensaba que llevar un testigo era el procedimiento correcto

mientras examinaba la cabaña.

—¿No les pareció extraño a ellos que el viejo Jackson no dejara papeles?

—Sí, y a mí también, pero el doctor Steed dijo que pensaba que antes de matarse Fred había destruido todas las cartas y papeles.

—¿A usted le pareció extraño que el viejo Jackson se matara, señor Wallace?

—Pues, sí. Fue un gran golpe. Pero, como dijo el doctor Steed en la investigación, el pobre Fred llevaba una vida solitaria y perder a Johnny debe haber sido un golpe muy duro. A su edad, sin piernas, habrá pensado que era la mejor manera de terminar.

Me puse de pie.

—De manera que ahora tenemos que encontrar a Johnny —exclamé—. Bien, gracias, señor Pollack, por el tiempo que me ha dedicado. Si necesito más ayuda, espero poder verlo nuevamente.

—No vacile en venir, señor Wallace.

Nos dimos la mano, luego di la mano a Daisy y bajé por la escalera crujiente a la calle calurosa.

Esto había comenzado como un rompecabezas poco promisorio, pensé mientras cruzaba Main Street y caminaba hacia el correo, pero poco a poco las piezas se iban ordenando. Yo estaba recogiendo información, y la información es la médula de una investigación.

Al entrar en el correo, encontré a una muchacha con acné y anteojos parada detrás del mostrador. Estaba bostezando cuando me detuve frente a ella, y obviamente me reconoció porque me brindó una sonrisa esperanzada.

—Hola, señor Wallace. El correo de Searle a su servicio.

—Gracias —me enfermó su aspecto descuidado. De todos modos le brindé mi sonrisa más *sexy*. ¿Josh está por aquí?

—Está clasificando la correspondencia. —Señaló una puerta—. ¿Ya encontraron a Johnny?

—Todavía no. Usted será la primera en saberlo cuando lo encuentre... si lo encuentro.

Ella rió.

—Ha de ser maravilloso ser detective.

—Ya lo creo —respondí, y fui hacia la puerta, la abrí y entré en la diminuta oficina donde se clasificaba la correspondencia.

Un hombre fornido, un poco calvo, de cerca de sesenta años, estaba frente a un mostrador, revisando una pila de cartas. Tenía una pipa en la boca y anteojos en la punta de la nariz.

—¿Puedo hablarle un minuto? —pregunté, cerrando la puerta.

Él levantó la mirada, asintió y siguió revisando las cartas.

—Soy Dirk Wallace. Tal vez Bill Anderson le habló de mí. Estoy tratando de encontrar a Johnny Jackson.

Él asintió, tomó una bandita de goma y la usó para reunir una docena de cartas.

—Anderson me comentó que el primero de cada mes usted entregaba una carta a Fred Jackson y que esas cartas comenzaron a llegar poco después de la muerte de Mitch. Todos los meses durante seis años... ¿es así?

Otra vez asintió. Hasta el momento no había dicho una palabra.

—¿Las cartas venían de Miami?

Otra vez asintió.

—¿Ahora no llegan más cartas?

Asintió nuevamente.

—Me dijeron que usted llevó a Johnny Jackson cuando llegó por primera vez a Searle... que lo llevó en el camión del correo a la cabaña del viejo Jackson.

Nuevamente asintió.

Contuve mi irritación con esfuerzo.

—¿Habló con él cuando lo llevó a la cabaña? ¿Le preguntó de dónde venía?

Con enfurecedora lentitud terminó de revisar las cartas, chupó su pipa, luego, apoyando las manos en el mostrador, me sonrió amistosamente.

—Perdone, señor Wallace, yo hago una cosa a la vez. Ahora he terminado con la correspondencia, y puedo brindarle mi atención. ¿Me pregunta usted por Johnny Jackson?

Inspiré profundamente, recordando que me hallaba frente a gente lenta, habitantes de un pueblo lento.

—Sí. Cuando usted lo llevó a la cabaña del viejo Jackson, ¿le preguntó de dónde venía?

—Por cierto que sí, pero el muchacho sólo respondió que venía de lejos. Era evidente por su rostro cansado y pálido que no tenía ganas de hablar. Bien, señor Wallace, yo respeto la privacidad de la gente. No me dedico a las habladurías como otra gente en esta ciudad; me callo la boca.

—¿Qué sucedió cuando usted lo llevó a la cabaña?

—No lo llevé. Lo dejé al final del sendero. Le dije que la cabaña estaba muy cerca y que no podía equivocarse. —Chupó su pipa, luego se rascó la cabeza—. Bien, supongo que puedo contarle esto, señor Wallace. No se lo he

contado a ningún otro. Sucedió hace mucho tiempo y me gustaría que eso contribuyera a encontrar a Johnny. —Chupó su pipa, vacilante.

—¿Decirme qué? —pregunté—. Mire, Josh, Johnny es el heredero del viejo Jackson. Le hará un favor si me ayuda a encontrarlo.

—Eso creo. Bien, el chico bajó de mi camión y me agradeció sinceramente; luego sacó un sobre de su bolsillo. Esto sucedió hace unos diez años, señor Wallace, pero aún puedo ver su rostro ansioso cuando me miró. Dijo que no tenía dinero para comprar una estampilla. Me pidió que despachara la carta. Alegó que era importante. Le aseguré que lo haría, y lo hice. Esa fue la última vez que lo vi.

—¿Es decir que ninguna de las veces que usted entregaba el sobre al viejo Jackson todos los meses durante esos años, alcanzó a ver al muchacho?

—Eso es. Nunca tuve oportunidad de verlo. Mi camión hace mucho ruido y Fred me oía llegar. Iba hasta la curva del sendero, tomaba el sobre, me agradecía con un gruñido, y eso era todo.

—¿Alguna vez le preguntó cómo andaba Johnny?

—Me habría gustado, pero Fred nunca decía nada. Tomaba el sobre y se alejaba sobre sus muñones. Yo siempre estaba haciendo mis recorridas cuando el chico estaba en la escuela, de manera que no lo veía nunca. Fred ni siquiera comentó nada cuando le entregué la medalla de su hijo. Yo sabía, por la manera en que estaba empaquetada y por los sellos, que se trataba de una medalla. Me la sacó de las manos, firmó y se alejó.

—Esa carta que le dio Johnny. Supongo que esto sucedió hace unos diez años. Pero ¿recuerda usted el domicilio escrito en el sobre?

—Ah, sí. Tuve curiosidad, usted comprende. Era un chico surgido nadie sabía de dónde, buscando a un tipo tan sucio y amargo como el viejo Fred: un chico de unos nueve años solamente; de manera que naturalmente tuve curiosidad.

—Claro. —Tuve que controlarme para no gritar—. ¿Cuál era la dirección?

Josh descubrió que su pipa se había agotado. Encontró un fósforo, lo encendió, chupó la pipa, mientras yo cerraba los puños.

—¿El domicilio? El nombre era señora Stella Costa, Macey Street, Secomb. No recuerdo si era siete o nueve.

Me pregunté si este dato sería importante.

—¿La señora Stella Costa, Macey Street número siete o nueve, Secomb?

Asintió:

—Correcto.

—Gracias, Josh —concluí—, me ha ayudado usted mucho.

Él sonrió.

—Me gustaba el chico. Si el viejo Fred dejó dinero, espero que ese chico lo reciba.

Le di la mano y volví rápidamente a mi auto. Ya no pensaba en hablar con Harry Weatherspoon ni con Wally Watkins. Tenía que encontrar a la señora Stella Costa, y pronto.

Paradise City tiene la reputación de ser la ciudad más cara y lujosa del mundo. Para mantener esta reputación y para agradar a los multimillonarios que viven en la ciudad, es esencial tener un gran ejército de trabajadores, limpiadores de calles, personal de hoteles y guardavidas. Este gran ejército residía en Secomb, a un kilómetro y medio de la ciudad.

Secomb no es distinto del resto de Miami oeste: una ciudad compacta compuesta de bloques de departamentos, chalets, lugares baratos para comer, bares y clubes nocturnos.

Macey Street salía de Seaview Road, que es el corazón del centro comercial de Secomb.

Tuve la suerte de encontrar un lugar, donde estacionar mi auto. Busqué los números siete y nueve. Mientras miraba chocaba con mucha gente que estaba haciendo compras: blancos, negros y amarillos. Secomb era un activo hormiguero.

El número siete era una pequeña sastrería no muy bien conservada. El propietario, un chino, parado en la puerta, me prodigó una sonrisa esperanzada. Seguí adelante. El número nueve no era más promisorio: una puerta deteriorada, entre un restaurante chino y una farmacia.

Sobre esta puerta había un cartel que decía: «Habitaciones en alquiler: vacantes». Entré en el pequeño vestíbulo débilmente iluminado que olía a comida rancia, gatos y basura. A mi izquierda había una puerta con un cartel: Oficina de alquileres. Llamé a la puerta, la abrí y entré en una pequeña oficina. Ante el humilde escritorio había un negro, que leía la página de las carreras. Tenía más de setenta años, cabellos totalmente blancos, y llevaba un viejo traje azul. Llevaba además anteojos con armazón de carey y un pequeño sombrero en la parte posterior de la cabeza.

Dejó la hoja de las carreras, me miró y luego me sonrió astutamente.

—¿Qué tiene que hacer mañana a las 15:00, señor? —preguntó.

Me acerqué al escritorio.

—No lo sé. Pero no suelo ir a las carreras.

Asintió.

—Ya me imaginaba, pero siempre vale la pena probar. —Me examinó, y luego prosiguió—: ¿Y no quiere una de mis habitaciones?

—No. Estoy buscando a la señora Stella Costa.

Él arqueó sus cejas.

—Pues, ¿para qué podría querer un hombre bien vestido y de aspecto decente a la señora Costa?

Le sonreí amistosamente.

—Ella se lo dirá, si quiere que usted lo sepa.

Lo pensó, se quitó los anteojos, luego volvió a ponérselos.

—No estaría muy contenta.

—Qué lástima. ¿Dónde está su habitación?

—¿La habitación de Stella Costa?

Lo miré con mirada policial.

—No tengo tiempo que perder. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Aquí no. Eso, seguro. Se mudó hace años. Acerqué una silla de respaldo recto y me senté. —No entendí su nombre.

—Llámeme Washington. Mis queridos padres, ya fallecidos, tenían sentido del humor.

—Bien, señor Washington, ¿puede usted decirme dónde se trasladó ella?

Sacó un pañuelo sucio, se quitó los anteojos y comenzó a limpiarlos.

—En Secomb, señor, tenemos mucho cuidado con la información que proporcionamos —musitó, mirándome con sus ojos algo bizcos—. Me gustaría repetir mi pregunta original: ¿Qué podría querer, un hombre bien vestido y que no sea un trepador, con la señora Costa?

Había oído muchas veces cosas como ésa cuando trabajaba para mi padre. Sabía cuál era la llave que abría la puerta. Saqué mi billetera y mostré un billete de veinte dólares. Lo contemplé con lentitud, lo doblé, y luego lo miré a él. En ese momento él había vuelto a colocarse los anteojos. Miró el billete, y luego a mí.

—Veo que usted es un joven inteligente —sonrió—. Con un poco de aceite la máquina siempre marcha mejor.

—¿Dónde puedo encontrar a la señora Costa? —pregunté.

—Es una buena pregunta. ¿Dónde puede encontrarla? Soy un hombre honesto, y me gustaría mucho ganar lo que usted me ofrece, pero creo que debo compensarlo por su dinero. Francamente, joven, no sé dónde está ella, pero puedo contarle parte de su historia. ¿Le interesaría?

Dejé caer el billete en el escritorio frente a él. Él lo miró, luego lo recogió y lo puso en el bolsillo de su chaleco.

—Bien, don —comentó, sonriendo—, esto es un trato. ¿Me pregunta usted por la señora Stella Costa?

—Sí, señor Washington. ¿Qué puede decirme de ella?

Él levantó su mano negra y rosada.

—Por favor no me llame señor Washington. Eso me da un complejo de superioridad que, a mi edad, no es bueno. Llámeme Wash, como hacen todos aquí.

—Bien, Wash. Ella vivió aquí y se fue... ¿verdad?

—Eso es.

—¿Cuánto tiempo vivió aquí?

—¿Quiere que empiece desde el principio?

—Esa es la idea.

—Muy bien. Hace unos veinte años, ella vino aquí con su bebé. No recuerdo la fecha exacta, pero hace aproximadamente veinte años. Por su aspecto, pensé que ella debía tener alrededor de diecisiete. Tomó mis dos mejores habitaciones. Dijo que se llamaba Stella Costa, pero creo que ése no era su verdadero nombre.

—¿Por qué piensa eso?

—Como propietario de una casa de pensión, debo ser muy cuidadoso —comentó, y me brindó su sonrisa astuta—. Cuando ella se fue, y el bebé quedó llorando, fui a mirar si no le pasaba algo. —Otra vez la sonrisa astuta—. Tengo una llave maestra. El chico lloraba como lloran todos los bebés. Había un sobre en una canasta, dirigido a la señora Stella Jackson, de manera que supuse que ella usaba otro nombre.

—¿Cómo se ganaba la vida?

—Era muy bonita y elegante, muy llamativa. Consiguió trabajo en varios clubes de *striptease*.

—Mientras ella trabajaba en los clubes, ¿qué pasaba con el bebé?

—Ella sólo trabajaba de noche. No tenía problemas con el bebé.

—¿Cuánto tiempo duró esto?

—Unos cinco años. Ella siempre pagaba el alquiler. Dormía la mayor parte del día. A pesar del abandono, el bebé sobrevivió.

—¿Y creció?

—No se puede impedir que los bebés crezcan, ¿verdad?

—¿En su momento comenzó a ir a la escuela?

—Por supuesto. Tal vez le sorprenda, pero aquí en Secomb tenemos una buena escuela. Johnny asistió a ella. Era un chico agradable, tal vez un poco

blando, pero a mí me gustaba. —Se quitó los anteojos y volvió a limpiarlos —. Su madre me daba lástima.

—¿Qué le sucedía?

—Bien, la señora Costa no ganaba mucho dinero. De manera que traía hombres con ella y Johnny, por supuesto, la molestaba. Entonces lo mandaba a vagar por las calles hasta que sus amigos se iban. A veces, cuando yo no estaba ocupado, el chico venía conmigo y yo le daba algo de comer, pero casi siempre estaba ocupado, de manera que el chico caminaba por ahí, casi siempre bajo la lluvia. Me dijo que en cuanto pudiera se iría de su casa. No lo tomé en serio. Los chicos suelen decir esas cosas, pero creo que debí haberlo tomado en serio. De todas maneras, cuando llegó a tener unos nueve años, realmente se fue. Un buen día se marchó. La señora Costa me preguntó si yo sabía a dónde había ido. Le di una pequeña conferencia sobre sus obligaciones como madre, pero ella me dijo que me callara la boca. Parecía que se alegraba de haberse liberado de él, que estaba harta de Johnny. —Se frotó la punta de la nariz y sacudió la cabeza—. No era una mujer *maternal*.

—¿Cuándo se marchó de aquí? —pregunté.

—Unos dos años después de Johnny. El último lugar donde trabajó fue el Skin Club.

Emití un gruñido. La veta de oro que me había parecido tan promisorio se estaba desvaneciendo.

—¿No dejó ninguna dirección?

—Yo no envío cartas ni hago preguntas. Siempre que me paguen el alquiler, van y vienen.

—¿Alguna vez le preguntó a Johnny por su padre?

—Sólo una vez. Yo no tenía curiosidad, como usted comprenderá. Simplemente conversaba con el chico mientras él comía. Una vez me dijo que su padre era el mejor soldado del ejército. Le pregunté por qué lo pensaba, pero él se limitó a sonreír y me di cuenta de que no creía en lo que decía. Entonces sólo tenía siete años. Ya sabe cómo hablan los chicos. No le di importancia, pero me dio lástima. Pensé que sería hijo de algún soldado que se había acostado con la señora Costa. Supongo que ella ha de haber dicho al chico que su padre era el mejor soldado. No sé por qué otro motivo él habría estado orgulloso de un padre desconocido.

Comprendí que no le sacaría más información a ese viejo. Me había enterado de algo, pero aún tenía que encontrar a Stella Costa.

—¿Dónde queda el Skin Club? —pregunté, mientras me ponía de pie.

—Del lado este de Secomb Road. —Me miró fijamente—. Lo dirige el mejicano Edmundo Ruiz. ¿Piensa usted hablar con él? Si es así, tenga cuidado con su billetera.

—Gracias, Wash, volveré a verlo —sonreí, y me marché.

El Skin Club era un típico sótano donde se reunían depravados, borrachos y turistas de baja categoría.

A esa hora todos los *nightclubs* estaban cerrados.

Según mi reloj eran las 18:05. Me detuve a mirar las fotografías de las chicas que hacían *striptease*, una banda de negros de tres integrantes y una mujer corpulenta que me sonreía con lujuria desde una foto en marco dorado. Bajé una larga escalera, cubierta por una raída alfombra roja, aparté una cortina de cuentas y entré en una habitación grande con mesas, sillas, un bar en un extremo y una plataforma para la banda en el otro.

Una luz solitaria colgaba sobre el bar donde un hombre, de pie, estudiaba una hoja de papel. Probablemente estaba sumando el dinero obtenido la noche anterior.

El hombre era moreno, con un bigote muy fino y un rostro que parecía tallado en piedra. Era de baja estatura, fornido, con hombros poderosos. Levantó la cabeza y me miró fijamente cuando crucé la habitación hacia él.

—El bar está cerrado —comentó brevemente.

—No necesito un trago —respondí, acercándome y apoyándome en el bar—. Soy Dirk Wallace. Trabajo para Howard & Benbolt, los abogados. Busco información.

Una chispa de interés cruzó su rostro.

—¿Sí? ¿Qué información?

—Estamos tratando de ubicar a la señora Stella Costa. Sé que alguna vez trabajó aquí.

Los ojos negros del hombre se entrecerraron.

—¿Howard & Benbolt?

—Eso dije.

—¿Para qué quiere encontrarla?

—Le han dejado una pequeña herencia —mentí—. Quiero terminar con la sucesión.

Se pasó una de sus fuertes manos por el cabello lacio.

—¿Cómo de pequeña?

—Pequeña. No es la cantidad a la que usted está acostumbrado, señor Ruiz, pero queremos concluir con el asunto. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

En ese momento una muchacha salió de una habitación en el otro extremo del local, junto a la plataforma de la banda. Cruzó el gran salón con pasos largos y elegantes. Reaccioné como el metal reacciona ante un imán. Tenía alrededor de veintidós años, era alta, con cabellos sedosos, largos y negros. Llevaba *jeans* ajustados y una remera ajustada que marcaba sus pechos. Era la amenaza más *sexy* para los hombres que yo hubiese visto en largo tiempo.

Ruiz la miró con furia.

—Vete de aquí, Bibi —ladró—. Estoy ocupado.

Ella se acercó al bar y me sonrió. Tenía labios rojos, sensuales y dientes blancos y parejos.

—Chapie tiene que desempeñar el papel de rudo —sonrió—. Perdónelo. Sólo hace poco tiempo que usa zapatos. ¿Quién es usted?

—Dirk Wallace. —La miré, pensando que una noche en la cama con ella me llevaría a una unidad de terapia intensiva, pero que bien valdría la pena el sacrificio.

—¡Pues hola, Dirk! —Adelantó sus pechos hacia mí, hizo una mueca a Ruiz, luego dio una vuelta al bar y señaló una botella de Cutty Sark—. Dale un trago a Dirk y deja de portarte como un grosero, Eddy.

—Este símbolo sexual es Bibi Mansel. Trabaja aquí y se acopla con cualquier cosa excepto con elefantes —anunció Ruiz. Tomó la botella y sirvió ti es copas—. Ignórela. Tiene el cerebro entre las piernas.

Bibi rió.

—No le crea. Está amargado porque nunca llegó allí. —Levantó su vaso y lo vació con un ávido movimiento.

—¿Quieres salir de aquí ahora, nena? —ordenó Ruiz con voz suave y amenazante—. Estamos trabajando.

—Oí todo, querido. El buen mozo quiere saber dónde puede encontrar a Stella. ¿Para qué complicarlo tanto? —preguntó—. Pórtate bien, Eddy. Dile dónde puede encontrarla.

Todo sucedió tan rápidamente, que no tuve oportunidad de intervenir. Moviéndose con la rapidez de una cobra, Ruiz le pegó con la mano abierta en la cara, y la hizo caer contra las hileras de botellas. Muchas de ellas cayeron al suelo detrás del bar. Luego la tomó por el cinturón, la hizo pasar sobre el bar, y volcó mi copa. Ella cayó en cuatro patas, y salió corriendo como un ciervo asustado hacia la puerta junto a la plataforma de la banda y desapareció.

Ruiz me dedicó una breve sonrisa mientras yo lo miraba con la boca abierta.

—No se preocupe, señor Wallace —exclamó—. En mi trabajo hace falta saber manejar a las mujerzuelas. Le serviré otro trago. —Mientras servía, prosiguió—: ¿Stella Costa? Es interesante. Trabajó mucho tiempo para mí. Era mi mejor *stripper*. Esa muchacha, Bibi, no es mala, pero le falta estilo. —Puso el vaso frente a mí—. Para ser realmente buena, una muchacha tiene que tener algo más.

—Me doy cuenta. —Bebí parte del contenido del vaso—. ¿Dónde puedo encontrar a la señora Stella Costa?

—Uhm. —Me dedicó otra de sus leves sonrisas—. ¿Howard & Benbolt? Deben nadar en dinero. ¿Cuánto hay de recompensa?

—No hay recompensa. Ya se lo dije. Queremos terminar con la sucesión. Si quiere saberlo, le dejaron tres mil dólares. Picotea para gallinas en su opinión, ¿verdad?

—¿Quién se lo dejó?

—No lo sé. ¿A quién le importa? ¿Dónde puedo encontrarla?

Su rostro se tornó inexpresivo.

—No lo sé. Se fue hace un año. Comenzó a engordar. —Bebió, sacudió la cabeza—. Creo que andaba cerca de los cuarenta. A mis clientes les gustan jóvenes.

—¿Simplemente se fue?

—Pues, tal vez yo la persuadí. —Volvió a mostrarme su leve sonrisa.

—¿No dijo adónde iría?

El hombre parecía aburrido.

—No se lo pregunté.

Otro callejón sin salida, pensé.

—Bien, gracias por su tiempo, señor Ruiz. Me parece que tendremos que publicar un aviso.

Desvió la mirada.

—¿A quién le importa una puta?

—¿Realmente era eso?

—¿Es necesario publicado?

—Así lo creo. Seguramente sería conveniente para su club. «Stella Costa, *stripper* y prostituta, que trabajaba en el Skin Club, por favor póngase en contacto con...». —Le sonreí—. Ya conoce usted el estilo.

—¡No mencione mi club! —De pronto su voz se había puesto dura.

—¿Por qué no? Montones de turistas desearán averiguar dónde hay *striptease*, y además una puta. Será bueno para su negocio, señor Ruiz.

Se inclinó hacia adelante, mirándome con furia.

—¡Si usted menciona el nombre de mi club, le haré juicio!

—Muy bien. Entonces iré a la comisaría y preguntaré allí. Tal vez me den más información que usted...

—¡Salga de aquí!

—Cálmese, señor Ruiz. Beba otra copa. Tal vez usted sepa dónde puedo encontrarla. Deme la dirección de Stella, y yo no publicaré ningún aviso ni iré a la comisaría.

Él vaciló, luego se encogió de hombros y dijo:

—Ha muerto. Un día andaba borracha y la atropelló un auto. Puede olvidarla.

—Vamos, señor Ruiz, espero algo más de usted. Puedo constatar lo que acaba de decirme. Use eso que usted llama cerebro. ¿Dónde está Stella Costa?

—Bien, hijo de puta, se lo ha buscado —rugió Ruiz—. ¡Le daré una lección!

Seguramente tenía un botón de alarma detrás del mostrador. Oí sonar un timbre a la distancia y enseguida la puerta junto a la plataforma de la banda se abrió bruscamente y mis dos viejos conocidos, Piel de Cabra y Sombrero entraron en la habitación, con sendos cuchillos desenvainados en sus manos.

Luego de mi primer encuentro con ellos, yo llevaba una pistola.

Cuando se acercaron, retrocedí rápidamente. Era una de las muchas cosas que mi padre insistía que yo debía aprender. Y lo había asimilado muy bien.

Al ver la treinta y ocho en mi mano se detuvieron como si hubieran chocado con una pared de cemento.

—¿Qué tal, basuras? —saludé—. Soy muy bueno para volar cabezas. Acérquense, y se lo demostraré.

Por el rabillo del ojo, vi a Ruiz que extendía la mano hacia la botella de Cutty Sark. Cuando estaba a punto de usarla como una cachiporra, le di en la mitad del rostro con el caño de la pistola. Mientras se doblaba en dos detrás del bar, sonreí a los dos negros que habían quedado inmóviles.

—¡Desaparezcan! —grité—. ¡Rápido!

Huyeron precipitadamente, dando un golpe a la puerta tras ellos.

Cautelosamente, retrocedí por la habitación, subí la escalera del fondo, prestando atención a cualquier ruido, pero nada extraño ocurrió. Salí a la calle llena de gente.

Ella estaba allí, con su remera y sus *jeans* ajustados, esperando. Me dedicó una sonrisita y enlazó su brazo con el mío.

—Vamos a beber algo, buen mozo —sugirió—. Y de paso cambiaremos ideas.

5

—¿**D**ónde vamos? —pregunté, una vez dentro del auto.

—Al llegar al semáforo, a la izquierda. Otra vez a la izquierda en la esquina siguiente. —Se tocó la mejilla con la mano—. Ese hijo de puta me lastimó.

—No tanto como yo a él —repliqué, y puse en marcha el motor.

—¡Me alegro! Estoy harta de estar aquí con él. Me voy.

Llegué al semáforo, doblé a la izquierda, disminuí la velocidad, y luego en la siguiente esquina doblé otra vez en la siguiente a la izquierda.

—Esa curva a la izquierda —señaló ella.

Por un milagro había lugar para estacionar y me detuve frente a un edificio deteriorado de cinco pisos.

—¿Aquí?

—Sí, buen mozo. Mi cueva maloliente. —Bajó del coche y subió por unos escalones rotos hasta la gastada puerta del frente. La abrió de un puntapié, entró a un corredor oscuro, buscó en su cartera, encontró una llave, abrió una puerta y entró. Yo la seguía de cerca.

Entramos en una pequeña habitación que contenía un catre, un ropero portátil, una mesa pequeña y una silla. El piso estaba cubierto por una alfombra gastada y polvorienta. Una puerta a la izquierda revelaba el baño. Cerré la puerta y miré a mi alrededor.

—¿Ésta es tu casa? —pregunté.

Fue hasta la cama y se sentó. Crujía, y se hundía con su peso.

—Es sólo un lugar para dormir. —Se encogió de hombros—. Todo el tiempo que estoy despierta lo paso en el club. Siéntate, buen mozo. —Me señaló la silla—. La cama no soporta el peso de dos personas, de manera que no te hagas ilusiones.

Me senté a caballo en la silla y la miré.

—¿Para qué quieres encontrar a Stella?

—No quiero encontrarla. Quiero encontrar a Johnny Jackson, que es su hijo, creo.

Ella pasó un dedo por la raya de los *jeans*.

—¿Qué te hace pensar que Stella tenía un hijo?

—¿No lo tenía?

Ella dejó escapar una risita.

—¿Para qué quieres encontrar a Johnny Jackson?

—Su abuelo le dejó una granja de ranas. Alguien quiere comprarla. Sin la autorización de Johnny la granja no puede venderse.

—¿Vale mucho?

—Bastante. Mira, nena, no perdamos el tiempo. Si encuentro a Stella, podría encontrar a Johnny y entonces descansaría y me olvidaría de todo este asunto. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Se tocó la mejilla. Ahora se veía un pequeño moretón.

—Estoy harta de Eddy. Me voy. Supongamos que me das cien dólares. Necesito dinero.

—¿Por qué habría de dártelos?

—Podría contarte sobre Stella y Johnny para que puedas descansar.

Saqué mi billetera, tomé un billete de veinte dólares y se lo ofrecí.

—¿Y esto para qué es? —Pero lo tomé.

—Comienza a hablar, nena. El resto vendrá más tarde si me das lo que quiero.

—Stella murió de una sobredosis. Hacía meses que tomaba heroína. Por eso Eddy la echó.

—Eddy me dijo que la había atropellado un coche.

Ella asintió.

—Prefiere decir eso. Es sensible al tema de las drogas.

—¿Él se la proporcionaba?

—Yo no dije eso, ¿verdad? —Sus ojos se endurecieron—. Stella está muerta.

—¿Tú la conocías?

—Por supuesto. Me enseñó el oficio. Ahora ocupo su lugar.

—¿Te dijo que Johnny era su hijo?

—Sí.

—¿Te dijo quién era el padre?

—Otros veinte dólares y te contesto.

Le di otro billete.

—Me dijo que el padre era un soldado que estaba en Vietnam.

—¿Estaban casados?

Hizo una mueca.

—¿Quién quiere casarse en esta época?

—¿Te hablaba de su hijo?

—Pocas veces, pero de tanto en tanto, cuando estaba drogada, me hablaba.

—¿Qué te decía de él?

—Me decía que se había escapado cuando era chico y que ella se alegraba.

—¿Te contó por qué?

—Le molestaba. Ella tenía sus amigos, que no querían al chico. —Hizo un gesto afirmativo—. Yo la comprendía.

—¿Sabía ella dónde había ido el chico?

—¿Qué le importaba? El chico se fue, punto.

Hasta ese momento, yo no había avanzado mucho.

—¿Conociste a Johnny?

Me miró con una astuta sonrisa.

—Cuánto tiempo tardaste en hacer esa pregunta, y, te diré, buen mozo, que la respuesta vale sesenta mil dólares.

Supe instintivamente que daría con algo valioso. ¿Qué eran cincuenta dólares para la agencia? Miré mi billetera desinflada, encontré cincuenta dólares y se los di.

—Te repito, ¿llegaste a conocer a Johnny Jackson?

—Hace dos meses, un día antes de la muerte de Stella.

—Vamos, nena —exclamé con impaciencia—. Dímelo.

—Dame un cigarrillo.

Saqué mi paquete, le di un cigarrillo, lo encendí, encendí uno para mí, y esperé.

—Bien, Stella y yo estábamos en el club. Estábamos solas. Era la hora de cerrar. Eddy estaba en su oficina. Estábamos hablando. —Hizo una mueca—. Entonces entraron esos dos. He visto maricones en mi vida, muy a menudo, pero estos dos eran notables. Uno de ellos era negro. Era el macho. El otro era su muchacho: bonito, rubio, vestido con mucho cuidado, con collares y pulseras. El negro se quedó a la entrada.

El muchacho bonito vino contoneándose por la habitación: pasitos cortos, movimientos de caderas. No hace falta que te lo describa. —Hizo otra mueca—. Odio a los maricones. Arruinan el negocio. Están en todas partes, como una epidemia. Se acercó a nuestra mesa y miró a Stella. Pensé que ella iba a

escupirle, pero, en cambio, se quedó inmóvil como una muñeca de cera. Te lo aseguro. Se quedó inmóvil, y apenas respiraba. «Hola, mami», le dijo ese aborto con voz aguda. «Estoy sin dinero. Préstame cincuenta, ¿quieres?». Ella siguió allí, mirándolo fijamente, y entonces yo grité que desapareciera. Mi voz pareció romper el hechizo. Stella exclamó: «¡Dios mío, Johnny! ¿En qué te has convertido?». Él le sonrió. «¡Vamos, mami! ¿En qué te has convertido tú? Dame cincuenta. ¡Estoy sin dinero!». Stella se echó a llorar. Entonces él tomó su cartera y, mientras la abría para sacar el dinero, le arrojé mi bebida a la cara. Él se echó hacia atrás, gritando. «¡Me has estropeado la ropa!». Entonces el negro vino corriendo. Pensé que iba a matarme, pero tomó de un brazo a Johnny y lo sacó del lugar. Stella se puso de pie, siempre llorando, y se fue a su habitación. Fue la última vez que la vi viva. Se dio tres jeringazos.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a ordenarse. Johnny Jackson, hijo de Mitch Jackson el vendedor de drogas y Medalla de Honor en Vietnam, era un homosexual. Esto explicaba por qué las muchachas de la escuela de Searle no le impresionaban y también por qué todos los que hablaban con él decían que era un buen chico, pero algo «blando». Sentí que, por fin, estaba descubriendo algo.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Puede estar en cualquier parte. No, no lo sé, y no me interesa en absoluto. Mira, buen mozo, me voy, ¿qué te parece si me das otros diez dólares?

—¿A dónde vas?

Ella se encogió de hombros, con expresión pétrea.

—No lo sé. Estoy harta del Skin Club. —Me miró fijamente—. ¿Te parece que una muchacha con mi aspecto se morirá de hambre?

—Tienes que ir a alguna parte.

—Por supuesto. Tal vez a Nueva York. A algún lugar donde haya acción. Lo que sé es que quiero alejarme de Eddy. ¿Y los diez dólares?

—Nena, con cien dólares no irás muy lejos. ¿Nueva York? Queda a muchos kilómetros.

Ella extendió la mano.

—Diez dólares, buen mozo.

—Háblame de Eddy Ruiz.

Ella abrió muy grandes los ojos.

—¿Estás loco? Yo no hablo de esa porquería. Vamos, buen mozo, ya te he hablado de Johnny, ahora, basta.

—Eddy anda con la droga —susurré—. No es necesario que me lo digas. Ha salido en los diarios.

Ella se puso de pie, cruzó la habitación y abrió la puerta.

—Métete los diez dólares en el culo... ¡Vete de aquí!

La miré y me dio pena. Era una hermosa muchacha, a la deriva, luchando para sobrevivir como tantos jóvenes de su edad.

¿Qué tenían para ofrecer? Nada excepto sus hermosos cuerpos y su disposición a tenderse de espaldas en una cama. Nunca les pasaba por la mente que los años pasan y el atractivo disminuye. Los hombres buscan a las jóvenes. Con toda la seguridad que le daba su cuerpo joven, ella no podía imaginar el momento en que alguna otra muchacha, en su lucha por sobrevivir, la empujaría al final de la cola, a dedicarse a los depravados y los borrachos dispuestos a aferrarse a cualquier cosa que tuviera forma de mujer.

—Querida, espera un momento. Piensa. Te meterás en un lío. Stella se metió en un lío. ¿No sabes hacer otra cosa que desvestirte?

Ella me miró unos momentos, con sus ojos hostiles.

—Ve a tocar el tambor a otra parte —masculló—. Si hay algo que sé hacer bien, es manejar mi propia vida. —Señaló la puerta—. ¡Desaparece!

Me aparté de ella, sabiendo que no podría ayudarla porque las palabras no dicen nada a los chicos de hoy a menos que quieran escuchar.

Mientras caminaba por el sucio corredor hasta la calle, oí el golpe de su puerta al cerrarse.

Entré en mi coche, avancé por la calle, doblé a la derecha, y vi un auto que salía de un reducido espacio para estacionar. Clavé los frenos y me adelanté por un pelo a otro que deseaba estacionar en el mismo lugar. El tipo me miró con furia mientras proseguía su búsqueda. Cerré mi coche, y volví rápidamente a pie a la calle de Bibi.

Caminé, empujado por la multitud. Encontré un umbral desde donde tenía una clara visión de la puerta de entrada del edificio de departamentos de Bibi. Subí los tres escalones, me apoyé contra la puerta, encendí un cigarrillo y me preparé a esperar.

Bibi me interesaba. Quería saber a dónde iría. Después de una espera de diez minutos, la puerta a mi espalda se abrió haciéndome trastabillar.

Un negro grandote, con camisa color naranja y pantalones de raso negro, pasó a mi lado. Apestaba a perfume barato. Dio dos pasos hacia adelante, luego se detuvo, y me miró con ojos amenazantes, inyectados en sangre.

Lo miré con expresión policíaca.

—¿Qué quieres, hombre blanco? —preguntó con voz ronca.

—Si quisiera algo —repliqué—, no te lo pediría a ti. Hinchó sus impresionantes músculos hasta forzar los botones de la camisa.

—Vete a tomar aire, hombre blanco —ladró—. ¡Muévete!

Desabroché el botón del medio de mi chaqueta y la abrí ligeramente, revelando la treinta y ocho en su cartuchera.

Miró el arma, luego a mí, y sonrió débilmente.

—¿Por qué no dijo que era policía, jefe? —tartamudeó, y se apartó, luego comenzó a andar más rápido, y se abrió paso como una topadora.

Volví a abotonar mi chaqueta, arrojé la colilla de mi cigarrillo sobre las cabezas de la multitud que pasaba, y seguí esperando.

Otros veinte minutos de paciencia me brindaron una recompensa.

Bibi salió con resquemor. Miró a derecha e izquierda, y echó a andar por la calle. Yo esperaba que llevara una maleta, pero sólo llevaba su cartera. Esperé un poco y luego la seguí. Por cierto no parecía alguien que se marcha de la ciudad.

Me costó trabajo no perderla de vista, abriéndome paso entre la multitud; de pronto, bruscamente, ella dobló hacia la derecha, y por un momento la perdí. Empujé a unos mejicanos que estaban discutiendo como solo los mejicanos pueden hacerlo, y doblé por la esquina a tiempo para verla en el extremo más alejado de la calle. Estaba a punto de subir en un TR7. El auto me sorprendió. Parecía recién pintado, de color azul claro, con la capota abierta. Pasé junto a una mujer gorda, cargada con bolsas de compras, y oí arrancar al pequeño auto. Salió a toda velocidad, pero yo estaba lo suficientemente cerca como para ver el número de chapa antes de que doblara por la esquina y desapareciera.

Anoté el número en mi libreta, y luego volví al edificio de departamentos de Bibi. Abrí la puerta, y caminé por el sucio corredor hasta su puerta. Esperaba encontrarla cerrada con llave, pero se abrió en cuanto la empujé.

Pasé cinco minutos buscando y no encontré nada. El ropero portátil estaba vacío. Las sábanas estaban sucias. El baño, donde tres cucarachas retozaban, no parecía haber sido usado durante meses. Llegué a la conclusión de que Bibi me había engañado. Esta sórdida habitación, evidentemente, no era su hogar.

Fui a la oficina y busqué a Charles Edwards, el buitre que controlaba las cuentas de gastos de todos los agentes. Después de una breve y aguda

discusión con él, volví a llenar mi billetera, prometiéndole un informe detallado de cómo estaba gastando el dinero de la agencia.

Chick Barley no estaba. Me encerré en mi oficina, y llamé al oficial de control de tránsito en el Departamento de Policía. El oficial ya me conocía, y, como la agencia ayudaba a la policía, la policía ayudaba a la agencia.

—Lew —pedí en cuanto me atendió—. Quiero seguir un coche con patente número: T.C.40008.

—Espera un momento.

Mientras esperaba, garabateaba cosas en un anotador, pensando en Bibi. ¿Por qué me había llevado a esa habitación sórdida? ¿Realmente tendría intención de dejar el Skin Club? ¿Cómo se explicaba que tuviera un costoso coche *sport* si acababa de arrancarme cien dólares? Tal vez el auto no era suyo: ¿prestado o robado?

—Dirk... —El control de tránsito había vuelto al teléfono—. El coche está registrado a nombre de la señora Phyllis Stobart. El domicilio es cuarenta y ocho, Broadhurst Boulevard. P.C.

—Gracias, Lew —exclamé, y corté la comunicación. Acerqué la máquina de escribir portátil y escribí mi informe de gastos para Edwards. Esperaba que le resultara satisfactorio.

En eso se abrió la puerta y entró Chick Barley.

—¿Tú otra vez? —Se sentó ante su escritorio. Tengo algo para ti—. Abrió el cajón de su escritorio y sacó un breve informe. —No hay registro de que Mitch Jackson hubiese estado casado, pero el nacimiento de su hijo Johnny Jackson fue registrado por Stella Jackson. Tal vez era su esposa, pero es más probable que no—. Me entregó una fotocopia del certificado de nacimiento. Sólo decía lo que él acababa de decirme. Padre: Mitch Jackson. Madre: Stella Jackson. Lugar de nacimiento: Grove Lane, Miami.

—Bien, gracias, Chick. Dime, ¿alguna vez te cruzaste con el capitán Harry Weatherspoon, un agente de narcóticos del ejército?

—¿Todavía sigues con lo de las drogas?

—¿Lo conoces?

—Lo vi una vez. Estaba investigando a los muchachos de nuestra brigada, separando a las cabras de las ovejas. —Chick hizo una mueca—. No me gustó.

—¿Por qué?

Chick se encogió de hombros.

—Envidia, supongo. Él parecía tener demasiado dinero. Uno de esos tipos con padres ricos. Alardeaba de ello. A uno le gusta un tipo, o no le gusta. Y a

mí no me gustaba Weatherspoon.

—Chick, ¿podrías hacer otro trabajito para mí? Ahora debo volver a Searle. Pero me gustaría obtener los antecedentes de una tal señora Phyllis Stobart, de Broadhurst Boulevard cuarenta y seis.

Me miró con la boca abierta.

—¿Qué tiene eso que ver con Johnny Jackson?

—No lo sé. Tal vez nada, pero quiero saber algo sobre ella, por las dudas.

—Uhm, Terry no tiene nada que hacer en este momento. Haré que averigüe. ¿En profundidad?

—Lo más que pueda.

—Bien. Y lo quieres ya mismo, por supuesto.

—Estará bien si lo consigues para esta noche. Te llamaré por teléfono desde Searle. A las 21:00 a tu casa... ¿está bien?

—No. En ese momento espero estar ayudándola a desvestirse. —Garabateó algo en un anotador, y arrancó la hoja—. Llama a Terry. Todavía es demasiado joven para salir con mujeres.

—Lo llamaré. —Salí de la oficina y dejé mi informe de gastos sobre el escritorio de Edwards. Él estaba hablando por teléfono, de manera que le hice un alegre saludo y corrí hacia el ascensor antes de que me hiciera preguntas raras.

Subí a mi coche y me dirigí a Searle.

Cuando estacioné frente al hotel «La rana solitaria», el reloj de la iglesia acaba de dar las 19:30. El viaje y mis pensamientos me habían dado hambre. Subí los escalones y entré en la recepción del hotel, esperando ver a Peggy en el escritorio, pero estaba desierto. Cruzé la recepción y entré en el restaurante. Sólo cinco viajantes estaban comiendo allí.

Abraham, el viejo camarero de color, sonrió al verme y retiró la silla de mi mesa.

—Buenas noches, señor Wallace —dijo cuando me senté—. Puedo recomendarle la carne rellena con ostras.

—Me parece bien —acepté—, y un *whisky* doble con hielo. —Mientras tomaba nota de mi pedido en su anotador, pregunté—: ¿Dónde está la señorita Peggy?

Me miró con ojos tristes.

—La señorita Peggy no está bien. Está descansando un poco —y fue hacia la cocina arrastrando los pies.

Me apoyé en el respaldo de la silla, encendí un cigarrillo y le dije a mi estómago que tuviera paciencia.

Después de una espera de diez minutos, Abraham volvió de la cocina arrastrando los pies, con una bandeja. Colocó la fuente en la mesa y también el *whisky* con hielo.

—¿Qué le parece, señor Wallace?

—Parece comestible, ¿verdad?

Su expresión cambió y vi miedo reflejado en sus viejos ojos. Eché una mirada a mi alrededor.

Harry Weatherspoon estaba parado en la puerta.

Nos miramos, luego le sonreí y lo saludé con la mano. Vaciló un momento, y luego se acercó a mi mesa.

—Hola, señor Weatherspoon —exclamé—. ¿Quiere cenar conmigo?

—Gracias, pero ya he comido —replicó y miró fijamente a Abraham quien hizo una inclinación de cabeza y se alejó.

—Tomaremos un café, entonces —sugerí—. Quiero hablar unas palabras con usted.

Otra vez vaciló, luego retiró una silla y se sentó frente a mí.

Abraham volvió arrastrando los pies.

—Café y *cognac* —pidió brevemente Weatherspoon.

Comencé a comer la carne.

—Hay buena comida aquí —comenté.

—Sí.

Me miraba pensativamente, a la defensiva.

—Me han dicho que usted comprará el hotel cuando el pobre Wyatt muera.

—No hay nada decidido todavía.

Abraham trajo el café.

—Póngalo en mi cuenta, Abraham —ordené.

Asintió y se alejó.

Seguí comiendo mientras Weatherspoon sorbía el *cognac*. Seguía mirándome. Yo lo hacía esperar y él se ponía impaciente.

—¿Cómo anda su investigación? —preguntó bruscamente.

—Avanza lentamente. Estuve hablando con el coronel Jefferson Haverford. —Lo miré atentamente, con mi expresión policíaca.

Parpadeó, pero su rostro permaneció inexpresivo.

—¿Cómo está el coronel? —preguntó.

—Usted no me dijo la verdad, ¿verdad, señor Weatherspoon? Me dijo que nunca había visto a Mitch Jackson.

De pronto él se aflojó y sonrió.

—Bien, usted también me engañó a mí, ¿verdad? Estamos a mano.

Recordé que estaba hablando con un exagente de narcóticos. Tendría que ser cuidadoso si quería que me proporcionara información valiosa.

—Muy bien. —Le devolví la sonrisa—. El coronel Haverford me dijo que tenía usted pruebas de que Jackson vendía drogas y que tenía permiso para arrestarlo.

Weatherspoon puso azúcar en su café y se encogió de hombros.

—Correcto. Era una situación delicada. Yo estaba dispuesto a arrestar a Jackson cuando él realizó su acto heroico. El coronel Haverford y yo analizamos el asunto y él decidió anular la acusación. Lo hemos mantenido oculto durante seis años. Ahora usted viene y lo desentierra.

—Mi tarea es encontrar al hijo de Jackson. Si puedo encontrarlo sin hacer sonar el esqueleto de Jackson, con mucho gusto lo haré.

Me miró fijamente, y luego asintió.

—El muchacho puede estar en cualquier parte. No le envidio el trabajo.

—Su abogado está averiguando. Podría aparecer algo.

—Me comentó que usted había estado por allí.

—Estoy hablando con mucha gente, señor Weatherspoon. No necesito decírselo: una investigación como ésta lleva tiempo y conversaciones.

Terminó su café, luego sorbió el *cognac*.

—Mucho trabajo para encontrar a un chico.

—Para eso me pagan. Al fin y al cabo, usted está interesado, ¿verdad?

—Ya no. Realmente pensaba comprar la granja de ranas, pero he cambiado de idea. —Me miró evasivamente—. Se lo he dicho a Benbolt. No quiero que me molesten, no quiero gastar más dinero.

—¿Entonces encontrar a Johnny Jackson no le significa nada?

Terminó su *cognac*.

—No. —Se puso de pie—. Perdóneme, debo irme.

—Un momento, señor Weatherspoon. Mitch Jackson tiene que haber ganado mucho dinero vendiendo drogas. ¿Quién se las proporcionaba?

—No lo sé. —Su expresión era pétrea.

—¿Cómo llegó usted a él? ¿Qué pruebas recogió para pedir un arresto?

—No discuto asuntos del ejército con personas ajenas —respondió brevemente—. Buenas noches. —Y cruzando el restaurante, salió a la recepción, y lo perdí de vista.

Hice una seña a Abraham para que me trajera café.

Me quedé un tiempo más bebiendo el café, pensando, luego dejé una propina para Abraham y fui a la recepción, donde había una cabina telefónica.

Bob Wyatt dormitaba detrás del escritorio. Se despertó al verme.

—Puede hacer el llamado desde su dormitorio, señor Wallace.

Sabiendo que el llamado pasaría por el conmutador, le sonreí y me encerré en la cabina.

Marqué el número que Chick me había dado. Terry O'Brian respondió como si hubiera estado allí sentado esperando el llamado.

O'Brien era uno de los jóvenes ayudantes del coronel. Hacía diligencias, búsquedas, zumbaba como una abeja llena de energía y estaba tan lleno de ambición que parecía a punto de estallar.

—¿Terry? Soy Wallace —dije—. ¿Qué tienes para mí?

—Hola, Dirk. —Se oyó ruido de papeles—. Phyllis Stobart, ¿verdad?

—Sí —respondí, conteniendo mi impaciencia—. ¿Qué has averiguado?

—Pasé las últimas dos horas trabajando en el archivo del *Herald*. Fan me ayudó mucho, pero no reuní gran cosa.

Fanny Batley, la empleada nocturna a cargo del archivo del *The Paradise City Herald* era siempre muy colaboradora. Si los agentes de Parnell deseaban saber algo sobre los pobladores de la ciudad, automáticamente la consultaban.

—¿Qué encontraste, entonces?

—Phyllis Stobart, esposa de Herbert Stobart. Alrededor de cuarenta años, él alrededor de cuarenta y seis, quizás más, quizás menos. Compró una villa en Broadhurst Boulevard: mucha clase, alrededor de medio millón. Esto fue hace un año. No se sabe de dónde llegaron. Él dice ser comerciante de exportaciones e importaciones en el Lejano Oriente: Saigón. Vendió su negocio antes de que los vietnamitas lo tomaran y se llevaran una gran parte del botín.

Se mueven en el ambiente de los ricos no tan ricos. Por las fotos que he visto, él parece un hombre recio. Uno de esos nuevos ricos que han surgido de la nada y despilfarran su dinero. Ella tiene más clase.

Su casa, nuevamente estoy juzgando por las fotografías, es de clase alta. Tres autos: un Rolls, y un Jag para él. Ella tiene un TR7. Cuatro personas de servicio. Él está jubilado: juega al golf y al *poker*. Ella al *bridge*. —Hizo una pausa, y luego preguntó esperanzadamente:

—¿Qué te parece?

—Hasta ahora muy bien —respondí—, pero quiero saber mucho más sobre la mujer. Quiero saber de dónde vino. ¿Tienen hijos?

Él reprimió un gemido.

—Eh... mañana me ocuparé de eso. Los recortes no mencionaban hijos. En realidad los recortes sólo hablaban de su vida social.

—Entonces lleva tu pala y cava —repliqué y colgué.

Salí de la cabina telefónica, y, al ver a Bob Wyatt con la mirada perdida en el espacio, me acerqué a él.

—¿Peggy no está bien? —pregunté, deteniéndome ante él.

—Está en el hospital. Me miró con tristeza.

—Cuánto lo siento. ¿Está mal? —pregunté.

—Tiene un problema. —Se encogió de hombros con desaliento—. Dicen que pueden arreglarlo. —Una mueca de dolor cruzó su rostro pálido, pero logró producir una débil sonrisa—. El señor Weatherspoon comprará el hotel. —Volvió a encogerse de hombros con desaliento—. Quiere que se lo deje a un precio muy bajo, pero yo ya no puedo continuar aquí. Al menos Peggy no se morirá de hambre.

El espectáculo de ese hombre delgado y triste, que obviamente sufría, me deprimió.

—El señor Weatherspoon piensa modernizar el hotel —continuó—. El personal se irá, excepto el cocinero. Es el paso del tiempo.

—El señor Weatherspoon parece ser un coleccionista de propiedades en Searle —comenté.

Asintió, luego buscó mi llave.

Tomé la llave, le sonreí y subí en el ascensor a mi habitación.

Medité sobre los sucesos del día, recordé lo que me había dicho Terry O'Brien y luego, comprendiendo que así no iría a ninguna parte, me di una ducha, me metí en la cama, y me dormí.

Encontré a Wally Watkins cortando rosas marchitas de los arbustos que bordeaban el sendero de su *bungalow*.

Se enderezó cuando vio mi coche y se acercó al portón para recibirme: imaculado con su traje blanco y su sombrero panamá, parecía recién salido de las páginas de «Lo que el viento se llevó».

—Me preguntaba si tendría el placer de volver a verlo —dijo, estrechándome la mano—. ¿Querría tomar un café?

—No, gracias. Acabo de desayunar. —Eran las 10:05—. ¿Cómo está su rodilla?

—Es algo que va y viene. Cuando se va, hago un poco de jardinería.

Me detuve a admirar las rosas.

—Son las mejores rosas que he visto en mi vida —exclamé.

—Es que yo les hablo. —Rió—. Las flores responden a las palabras. Aprecian los elogios.

Me senté en la hamaca a la sombra. Él encendió su pipa y yo un cigarrillo.

—Bien, joven. ¿Ya ha encontrado a Johnny? —preguntó.

—Será un asunto largo. El motivo de que haya venido a molestarlo, señor Watkins, es porque quiero hablar sobre su hijo.

Una sombra cruzó su rostro.

—¿Qué tiene él que ver con esto? —Su voz se endureció.

—No lo sé. Soy como un pescador. Echo anzuelos en el arroyo y espero atrapar algo. ¿Ha sabido algo de él?

—No sé nada de él desde que lo reclutaron en el ejército. Eso sucedió hace unos diez años y, francamente, no quiero volver a saber de él. Sólo causaba problemas. Kitty estaría viva hoy si no hubiera sido por él y la forma en que se comportó.

—Sé que él y Mitch Jackson eran compañeros.

—Un par de balas perdidas. Sí, creo que Syd alentaba a Mitch. Syd era inteligente. No hay que confundirse. Tenía cabeza, pero era malo. —Wally se quitó la pipa de la boca, la miró y sacudió la cabeza—. Ni Kitty ni yo sabíamos qué era lo que andaba mal. Le dábamos todo el amor que podíamos y era mucho. Simplemente él era malo. Ya a los cuatro años comenzó a robar de mi negocio. Pudo haber tenido todo lo que quería, pero le resultaba más divertido robarlo. Más tarde comenzó a robar de mis ahorros. Lo atrapé y le di una paliza, pero eso no lo detuvo; Luego él y Mitch comenzaron a ir a Paradise City en la motocicleta de Mitch. El viejo Fred le había dado la máquina a Mitch. Allí robaban. Lo supe porque observé a Syd y me di cuenta de que sacaba dinero para cigarrillos y ropas de algún lado. Y así siguieron las cosas. Kitty nunca dejó de sufrir. Supongo que todo eso la mató.

—Es muy duro —exclamé—. ¿No le escribía él mientras estaba en Vietnam?

—Sólo una vez le envió una postal a Kitty, diciéndole que había llegado. Después de eso... nada.

—¿Tendría usted una fotografía de él, señor Watkins? —pregunté, distraídamente.

—¿Una fotografía? Claro, sí. Ahora que lo pienso, envió a Kitty una fotografía con el uniforme antes de embarcar. —Me miró inquisitivamente—. ¿Quiere verla?

—Si no es mucha molestia. —Le sonreí con franqueza—. Estoy pescando, ¿comprende usted?

Permaneció un momento meditando una respuesta y luego se puso de pie lentamente.

—Vamos adentro. Se la mostraré.

Entramos en el prolijo *living*. Fue a un cajón y comenzó a buscar mientras yo iba hasta la ventana del fondo y contemplaba el pequeño jardín. Contenía un cuadrado de césped immaculado y más rosales: estos tenían tallos largos y rosas de color rojo sangre que se pagan tan caras en las florerías.

Eché una mirada a la habitación. Sobre el pequeño escritorio había una máquina de escribir portátil.

—¿Usted escribe a máquina, señor Watkins?

—Mi caligrafía no es muy buena. Me gusta mantenerme en contacto con viejos amigos, pero debo respetar sus problemas visuales. —Se enderezó y luego me entregó un sobre—. Ahí está la fotografía de Syd.

Saqué del sobre una foto en papel brillante: un trabajo profesional que mostraba a un joven con equipo tropical del ejército.

De manera que éste era Syd Watkins: de hombros angostos, cabellos negros y cortos, ojos entrecerrados, una boca casi sin labios, nariz corta y una cicatriz blanca que iba desde su ojo derecho hasta el mentón. Si hubiera estado vestido con *jeans* sucios y camiseta habría sido el vivo retrato de un matón peligroso.

—Nunca la miro —acotó Wally, apartándose—. Su aspecto no deja lugar a dudas, ¿verdad?

—¿Esa cicatriz?

—Ah, ¿eso? Se la hizo cuando tenía quince años. En una pelea a cuchillo, creo. Kitty y yo no se lo preguntamos. Vino a casa sangrando y lo curamos. —Dejó escapar un suspiro—. Aprendimos a no hacer preguntas. Era una pérdida de tiempo.

Volví a poner la fotografía en el sobre y lo dejé sobre la mesa.

—¿Ha visto recientemente a Johnny Jackson? —pregunté, en forma algo brusca.

Se endureció, y luego me miró fijamente.

—¿Cómo dijo?

—Le pregunté si había visto a Johnny Jackson después de la muerte del viejo Fred.

Apartó la mirada.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Alguien dejó un ramo de rosas rojas de su jardín en la tumba del viejo Fred. Alguien escribió a máquina una nota que decía: Descansa en paz, abuelo. Johnny. La nota pudo haber sido escrita en su máquina. ¿Johnny le habló por teléfono, pidiéndole que hiciera eso o vino él mismo aquí a hacerlo?

Buscó su pipa, la encendió, tomándose su tiempo.

Esperé. Luego, sin mirarme, forzó una pálida sonrisa.

—Una deducción inteligente, señor Wallace —musitó—, pero equivocada. Yo lo hice. Pensé que donde fuera que estuviese Johnny, eso le gustaría. Fue idea mía. El viejo Fred y yo éramos amigos íntimos. Me desagradaba que lo enterraran sin flores. Por eso corté las rosas y escribí la tarjeta. Johnny lo habría hecho si hubiera estado aquí. —Otra vez la forzada y pálida sonrisa—. Espero que el viejo Fred aprecie lo que hice, al actuar por Johnny.

Lo miré. Este viejo de aspecto amable no tenía malicia. Pero yo sentía que estaba mintiendo.

—Una buena idea —acepté—. ¿De manera que nunca vio ni supo nada de él desde que desapareció?

Chupó su pipa, vaciló, y luego, siempre sin mirarme, sacudió la cabeza.

—No, no le he visto.

Entonces estuve seguro de que mentía.

—Bien, gracias, señor Watkins. Tal vez tenga que volver a molestarlo. —Y, dejándolo triste y confuso, me dirigí a Searle.

Cuando llegué a la ruta, me detuve a un costado, apagué el motor, encendí un cigarrillo y pensé en el informe que tendría que dar al coronel Parnell a su regreso de Washington. El tiempo corría. Solo me quedaban tres días antes de entregar el informe. Estaba casi seguro de que una vez que Parnell hubiese leído el informe decidiría abandonar el caso. Por un lado no obtendría dinero, por otro, mi informe expondría un trabajo de hoja de parra sobre la muerte de Mitch Jackson. Además Parnell no querría que se revelara que un héroe nacional había sido vendedor de drogas y, ¿a quién le importaba, de todos modos, lo que le había sucedido a Johnny Jackson?

A mí.

Había muchos cabos sueltos que era necesario atar y yo tenía que admitir que no estaba más cerca de encontrar a Johnny Jackson que al comienzo de la investigación.

Recordé el consejo de mi padre: «Cuando te encuentres atascado, hijo, vuelve al cuadrado A, y si usas tu cerebro, es posible que encuentres una pista importante que has pasado por alto».

Por cierto yo estaba atascado, de manera que volví al cuadrado A.

Frederick Jackson, granjero de ranas, había pedido al coronel Parnell que encontrara a su nieto Johnny. Había pagado un depósito de cien dólares, recordando a Parnell que su hijo Mitch, el padre de Johnny, era un héroe con Medalla de Honor. De manera que Parnell había aceptado la tarea encomendándome que actuara con rapidez.

Yo había descubierto lo siguiente: Fred Jackson había sido asesinado. Para proteger a un *sheriff* borracho y para evitar una investigación de la policía estatal, el médico forense, el doctor Steed, había dado un veredicto de suicidio. Había un agujero oculto, vacío, bajo la cama de Fred, que probablemente hubiera contenido sus ahorros. Alguien había limpiado la cabaña, llevándose la medalla de Mitch y los ahorros de Fred. Según las habladurías del pueblo Mitch había sido un delincuente que andaba con otro delincuente, Syd Watkins, robando y peleando. Los dos habían sido incorporados al ejército. Un chico de ocho años había llegado a Searle poco después de que Mitch entrara en el ejército. El chico, Johnny, había dado al cartero una carta dirigida a la señora Stella Costa. El chico se había quedado con su abuelo, asistiendo a la escuela hasta los catorce años de edad. En ese punto llegaban las noticias de la muerte de Mitch y del premio de la medalla. Johnny había dejado la escuela y durante otros seis años no había sido visto por las pocas personas que iban a la granja, pero Wally Watkins estaba seguro de que no se había marchado. Luego, dos meses después, se había confirmado su desaparición porque Fred le había pedido a Parnell que lo encontrara. Durante los últimos seis años, después de la muerte de Mitch, Fred había recibido un sobre, proveniente de Miami. Aunque las autoridades del ejército tenían a Mitch en muy buen concepto, un sargento negro, Hank Smith, había dicho que Mitch era vendedor de drogas y que había perdido la vida tratando de proteger a los jóvenes clientes que eran su fuente de ingresos. Smith había sido atropellado por un conductor que huyó con su auto. Yo había sido amenazado por un hombre negro, luego atacado por dos matones. Y también había que pensar en Harry Weatherspoon: exagente de narcóticos del ejército que había estado a punto de arrestar a Mitch Jackson cuando este murió como un héroe. Weatherspoon había querido comprar la granja de ranas de Jackson. Había publicado avisos, a través de su abogado Edwards Benbolt, tratando de ubicar a Johnny, pero luego, súbitamente, había perdido interés. El testamento de Fred estaba redactado en forma extraña; su granja y su dinero irían a parar en manos de Mitch, y luego, si Mitch moría, a sus hijos varones, habidos dentro o fuera del matrimonio. De manera que Johnny heredaba la granja y la

fortuna desconocida de Fred. Stella Costa, aparentemente la madre de Johnny, había trabajado en un dudoso *nightclub* perteneciente a un mejicano, Edmundo Ruiz. Una joven *stripper*. Bibi Mansel, que había reemplazado a Stella cuando ésta dejara el club, decía que Stella había muerto por una sobredosis de droga y que Johnny, su hijo, era un homosexual que andaba con un negro. Bibi usaba un auto con patente a nombre de Phyllis Stobart quien, un año antes, se había casado con un rico comerciante retirado de Saigón, Herbert Stobart. Wally Watkins; padre de Syd Watkins, había visto a Johnny regularmente cuando Johnny iba a su almacén: Wally me había dicho que él había puesto flores en la tumba del viejo Fred, y había agregado que era lo que Johnny hubiese deseado, pero no sabía mentir, y yo estaba seguro de que Wally todavía se mantenía en contacto con Johnny.

Di vueltas a todo esto en mi cabeza. No llegué a ninguna conclusión. Todavía había que investigar mucho. Como estaba a poco más de un kilómetro de la granja de Jackson y todavía tenía dos horas antes del almuerzo, decidí volver a echar una mirada. Tal vez había pasado algo por alto. Una búsqueda cuidadosa, sin Bill Anderson para distraerme, tal vez me fuera útil.

Puse en marcha el motor del auto y me dirigí a la granja de ranas. Avancé por el estrecho sendero hasta llegar a la amplia curva, estacioné el coche e hice el resto del camino a pie. Di la vuelta la curva, y me detuve a mirar la cabaña. La puerta estaba entreabierta. El croar de las ranas ahogaba todo otro sonido. Había esa atmósfera irreal que yo había advertido antes: calor húmedo, ranas que croaban, la pequeña cabaña de aspecto siniestro.

Automáticamente desabroché el botón medio de mi chaqueta para poder sacar la treinta y ocho que estaba en su cartuchera ante cualquier riesgo. Pasé junto al pozo y la tina de madera donde Johnny lavaba la ropa del viejo Fred, luego llegué a la puerta de la cabaña, y la empujé.

Por un momento me quedé allí mirando la habitación apenas iluminada. Aunque el sol era fuerte y caliente, apenas penetraba por las ventanas cubiertas de hollín.

El *living* parecía haber sido invadido por vándalos. La mesa sin patas, las sillas sin respaldos, la polvorienta alfombra tirada a un costado. Alguien había hachado las paredes, haciendo grandes agujeros en la madera. Los dos viejos sillones estaban despanzurrados y revelaban el sucio relleno que olía como las entrañas de un animal.

Caminé en medio de este desastre, y entré en el dormitorio de Fred. También allí estaba todo destrozado. Su cama y su colchón estaban rotos: el

relleno del colchón parecía nieve sucia en el suelo. Las puertas del placard estaban abiertas. El fondo del placard había sido destrozado con un hacha. La ropa sucia de Fred yacía desordenada en el suelo. Lo mismo en el segundo dormitorio: todo roto, todo hachado.

Me enjuagué la frente con el dorso de la mano mientras miraba a mi alrededor.

Alguien había venido, en busca de algo, y no había tenido reparos en dar vuelta la casa. La destrucción y el desorden me sugirieron no perder tiempo buscando.

Salí al sol ardiente. El ruido casi ensordecedor de las ranas me impedía pensar.

Decidí que tendría que contarle al *sheriff* Tim Mason lo que había sucedido allí. La destrucción podía ser obra de vándalos, pero yo lo dudaba. Alguien buscaba el dinero del viejo Jackson. El agujero bajo la cama no había convencido a nadie de que algún otro se había llevado el dinero.

Eché a andar por el sendero hacia mi auto, y luego me detuve. Tuve la súbita necesidad de mirar una vez más el estanque de las ranas. Cada tanto tenía fuertes intuiciones y ésta era una de ellas.

Caminé por el estrecho sendero y mientras me aproximaba al estanque, todavía oculto por la jungla de árboles, arbustos y yuyos el ruido de las ranas golpeaba dentro de mi cabeza.

Me sentía solo e inquieto y por eso puse mi mano transpirada sobre la culata de mi treinta y ocho, pero eso no me alivió. Llegué en silencio al estanque.

Parecía haber cientos de ranas, sentadas en la orilla más lejana: un ejército de ranas, verdes, ruidosas, con sus ojitos negros y brillantes.

Avancé lentamente, sin hacer ruido.

El estanque resbaladizo con sus algas verdes reflejaba el sol.

En el medio del estanque parecía haber una especie de balsa donde se habían sentado docenas de ranas.

Me acerqué un poco más, luego contuve el aliento y vi una mano humana. ¡No era una balsa! ¡Era un cadáver! Batí palmas e inmediatamente todas las ranas que había a la vista desaparecieron. Me acerqué a la orilla del estanque y miré el cadáver flotante.

Una gran rana estaba sentada sobre la cabeza. Me miró de mala manera, croando, y luego saltó al agua.

Contemplé el cadáver ahogado de Harry Weatherspoon.

6

LLAMÉ a la oficina del *sheriff* desde una cabina de la ruta.

Bill Anderson, con tono eficiente, respondió.

—Bill, quiero informar que la cabaña de Fred Jackson ha sido arrasada —comencé—. Pensé que tenías que saberlo.

—¿Arrasada?

—Eso es. Hecha pedazos.

Hubo una pausa, luego dijo:

—Perdona, Dirk, pero ¿qué estabas haciendo allí?

—Me sentía solo. Me gustan las ranas.

Otra pausa, y luego dijo:

—Oh, bien, tal vez será mejor que yo vaya.

—Por eso te hablé, y, ya que estás, Bill, trae al *sheriff*, al doctor Steed, una ambulancia y dos hombres con botas para meterse en el agua.

—¿Cómo dijiste?

—Olvidé mencionarlo, pero Harry Weatherspoon se está dando un baño en el estanque de las ranas. Está sumamente muerto, y parece que a las ranas no les gusta eso. —Y colgué.

Volví a la cabaña, me senté en un banco de madera y esperé.

Una hora más tarde, llegó el auto del *sheriff* por el estrecho sendero con Bill Anderson al volante y el *sheriff* Mason y el doctor Steed en el asiento de atrás. El auto venía seguido de una ambulancia, donde viajaban los dos hombres negros que yo había visto antes y dos hombres blancos corpulentos, calzados con botas altas para vadear el estanque.

Me acerqué a ellos en cuanto bajaron de sus coches. El *sheriff* Mason se tambaleaba ligeramente al caminar y apestaba a *whisky*. El doctor Steed parecía un poco más viejo, si era posible, y preocupado. Bill Anderson me miraba, desorbitado.

—Primero miren eso, caballeros —sugerí, y les señalé la cabaña—. El señor Weatherspoon no tiene prisa.

Me miraron con suspicacia, y el *sheriff* y el doctor Steed entraron en la cabaña.

—Será mejor que entres tú también, Bill —dije—. Han hecho un bonito trabajo.

Se unió a los otros dos.

Uno de los hombres de color de la ambulancia me miró con lasitud.

—¿Tenemos otro cliente?

—Así es. Creo que estará mojado, de manera que si tienen una sábana impermeable, tráiganla.

Los tres hombres salieron de la cabaña.

—¡Caramba! —exclamó el doctor Steed—. ¡Vándalos! ¡Los chicos de esta época! ¡No tienen respeto por la propiedad de nadie!

—¿Qué piensa usted, *sheriff*? —pregunté. Mason parpadeó, luego inclinó la cabeza.

—Sí... vándalos.

—¿No les parece que alguien vino aquí a buscar algo?

—Vándalos —repitió—. ¿Qué es esto que dice del señor Weatherspoon? —preguntó el doctor Steed—. ¿Dice que está muerto?

—Yo diría que sí, pero tal vez usted piense que sólo está bromeando. — Me volví hacia uno de los hombres con botas altas—. Necesitarán un gancho.

El hombre me sonrió.

—Tengo uno. —Y mostró un gancho para botes que traía de la ambulancia. El otro hombre sacó una gran sábana impermeable. Al menos Bill Anderson había sido eficiente.

Yo los conduje.

El *sheriff* Mason tenía dificultad en caminar por el estrecho sendero hasta el estanque. Uno de los hombres con botas tuvo que ayudarlo.

Las ranas habían vuelto, y usaban a Harry Weatherspoon como balsa. Todas desaparecieron en el estanque cuando llegamos.

Me puse a la sombra y me apoyé contra un árbol mientras los demás permanecían a mi alrededor con la boca abierta.

Finalmente, el doctor Steed exclamó:

—Pobre tipo. ¡Es terrible! Bueno, muchachos, sáquenlo.

Los hombres de la ambulancia extendieron la sábana y los hombres de botas entraron al estanque y con el gancho atrajeron el cadáver de Weatherspoon hacia ellos. Los colocaron sobre la sábana, y luego se apartaron, con expresión de duelo.

Miré el cadáver desde el lugar donde estaba parado. La boca y las fosas nasales de Weatherspoon estaban llenas de yuyos verdes. En su mano derecha apretaba un objeto rubio, peludo, que estaba en su muñeca.

—¡Por Dios. Larry! —rodeó el *sheriff*, adelantándose para mirar a Weatherspoon—. ¿Qué sucedió?

—Dame unos minutos, Tim —replicó el doctor Steed con calma. Se arrodilló y examinó la cabeza de Weatherspoon, luego se puso en cuclillas, miró a su alrededor y asintió.

—Muerte accidental, Tim —concluyó—. Clarísimo. Tan claro como la nariz que tienes en la cara. —Como la nariz del *sheriff* se parecía a un gran tomate demasiado maduro, pensé que era un comentario un poco grosero. Me acerqué al doctor Steed.

—¿Qué tiene en la mano? —pregunté, me arrodillé, tomé el objeto rubio y lo desprendí suavemente mientras el doctor Steed lo contemplaba y me contemplaba a mí—. ¡Es una peluca! —exclamé, sacudiendo las húmedas trenzas rubias y sosteniendo la peluca para estirar los cabellos.

Y realmente era una peluca: una peluca barata, cosida sobre una red: el tipo de peluca que se puede comprar en cualquier tienda de autoservicio.

—Eso no tiene importancia —alegó el doctor Steed—. El pobre tipo está muerto. —El *sheriff* se acercó un poco más.

—¿Con seguridad es un accidente, Larry?

—Por cierto. Mira. —El doctor Steed señaló un árbol con las raíces desnudas que penetraban en el lago—. El pobre tipo tiene la marca de un fuerte golpe en la parte posterior de la cabeza. Seguramente se resbaló, golpeó la cabeza contra una de esas raíces y se ahogó. Muy simple; una muerte accidental, sin duda.

El *sheriff* dejó escapar un suspiro de alivio.

—No habrá policía estatal, ¿eh?

—No si se trata de una muerte accidental —confirmó el doctor Steed con firmeza y se puso de pie—. Bien, muchachos, lleven al pobre tipo a la morgue. Yo iré dentro de un rato.

—No se apresure —sugerí—. Mejor revísele antes los bolsillos.

—Podemos hacerlo en la morgue.

—Es mejor tener testigos, doctor. —Miré a Anderson—. Revísale los bolsillos.

Anderson vaciló, pero viendo que el *sheriff* no decía nada, se arrodilló junto al cuerpo y le vació rápidamente los bolsillos. No encontró mucho: un

paquete de cigarrillos empapados, un encendedor de plata, y una billetera que contenía doscientos dólares en billetes pequeños.

Anderson tomó nota de los objetos, y luego entregó la lista al doctor Steed.

—¿La herida pudo haber sido causada por una caída y un golpe contra las raíces del árbol? —pregunté.

El doctor Steed asintió.

—No hay duda.

—¿Es imposible que alguien lo haya seguido y lo haya golpeado con el mango de un hacha?

Hubo una larga pausa, y luego el *sheriff* masculló:

—Ya oyó lo que dijo el doctor Steed. Permítame que le diga que él ya estaba trabajando cuando usted nació. De manera que nada de comentarios inteligentes. ¿Qué hacía usted aquí, de todas maneras?

—Buscaba a Johnny Jackson, *sheriff* —repliqué—. ¿Se ha preguntado qué hacía Weatherspoon aquí?

—Estaba interesado en comprar la granja —replicó el *sheriff*, con mirada evasiva—. Supongo que vino a echar un vistazo. Es natural, ¿verdad?

—Sí. Vino aquí con un hacha y echó un vistazo.

El *sheriff* bufó.

—¡Váyase! No tiene derecho a estar aquí. Usted no hace más que crear problemas.

—Pregúntese cómo llegó Weatherspoon aquí —repetí—. No hay ningún auto. ¿Acaso piensa que vino caminando? —Luego me volví, y eché a andar hacia la cabaña, mientras el *sheriff* y el doctor Steed me miraban, inquietos.

Pensé que tardarían algún tiempo en envolver y transportar el cadáver, de manera que, una vez que salí de su radio visual, eché a correr. Llegué a la cabaña y entré. Hubiera debido buscar el hacha antes; sólo con un hacha podía haberse hecho todo ese daño. Me llevó dos o tres minutos encontrarla, oculta bajo el tapizado de las sillas: era un hacha de mango corto con hoja brillante. Usando mi pañuelo, levanté el hacha por la hoja y examiné la parte mocha que no me dijo nada. Luego vi una pequeña etiqueta en el mango que decía: «Propiedad de Morgan & Weatherspoon». Puse el hacha en donde Anderson pudiera verla, luego salí de la cabaña y di la vuelta para ir al fondo. Allí, a la sombra, había una motocicleta Honda. Supuse que pertenecía a Weatherspoon; eso explicaba cómo había llegado a la granja. Me pareció claro que había venido armado con el hacha, y que había hecho pedazos

automáticamente el interior de la cabaña. ¿Qué buscaba? Aparentemente sólo había encontrado una peluca rubia.

La peluca no me desconcertó. Recordé que Abe Levi me había dicho que había visto una muchacha con largos cabellos rubios. Sabiendo que Johnny era homosexual y que algunos homosexuales tenían fuertes impulsos de llevar ropas femeninas, Johnny bien pudo haber comprado la peluca en Searle, y cuando el viejo Fred no lo viera, usarla. Así Levi lo había encontrado con la peluca puesta.

Eso explicaba el detalle de la misteriosa muchacha. Wally Watkins había tenido razón cuando dijera que si Levi había visto aquí a una muchacha sólo podía haber sido Johnny. La peluca también confirmaba lo que me había dicho Bibi al describir a Johnny como un maricón rabioso.

Cuando eché a andar por el estrecho sendero hacia mi coche, se me ocurrió una idea. Tal vez Weatherspoon había encontrado algo más que la peluca. Tal vez alguien lo había estado observando y lo había asesinado. Tal vez el mismo tipo que había matado a Fred Jackson.

Subí a mi coche y puse en marcha el motor. Sabía que tendría que ir directamente a Miami y contar toda la historia a la policía estatal. Si lo hacía, me separarían de la investigación para hacerse cargo. Vacilé, y luego decidí seguir investigando hasta que volviera el coronel Parnell. Le daría todos los hechos y dejaría que él tomara la decisión.

De regreso en Searle, me detuve frente al bar para almorzar. Estaba lleno. Todos me miraron cuando me abrí camino hasta el mostrador. El murmullo de la conversación cesó. La docena de hombres que se encontraban allí comiendo me miraron con curiosidad.

Pedí un sándwich de pollo y jamón y cerveza para llevar.

El hombre que estaba detrás del mostrador puso la comida en una bolsita.

—Muy triste lo que sucedió con el señor Weatherspoon —exclamé.

Todos los hombres, masticando, se inclinaron hacia adelante para escuchar.

—Hoy estamos y mañana ya no —filosofé, sin sorprenderme de que la noticia ya hubiera llegado a Searle. Pagué el sándwich.

—Perdón, señor Wallace —me detuvo un hombrecito, con la boca llena de comida—. Dicen que usted encontró al señor Weatherspoon.

—Pues, si no era él, era alguien que usaba sus pantalones —exclamé y seguí mi camino.

Me dirigí a la fábrica de Morgan & Weatherspoon, dejé el coche frente al gran portón y caminé por el patio hasta el galpón de procesamiento. Allí encontré a Abe Levi comiendo porotos de una lata. El olor que había en el galpón me retorció el estómago. Las cinco muchachas de color trabajaban ante la mesa, disecando ranas. Todas me miraron, con sus redondos ojos negros. Abe me saludó con la mano. Me senté junto a él.

—¿Le gustan esos porotos o prefiere compartir mi almuerzo? —pregunté, abriendo la bolsa de papel.

—¿Pan? No para mí —replicó Abe—. Me gustan los porotos. Hace veinte años que como porotos para el almuerzo, y míreme.

Lo miré, decidí que los porotos no le habían hecho mucho bien por lo que comencé a comer el sándwich de pollo y jamón.

—De manera que el jefe se cayó al estanque y se ahogó —comentó Abe, metiendo la cuchara en su lata.

—¿Qué sucederá con la fábrica?

—Eso es algo que no me preocupa. Estoy a punto de jubilarme. Ya he tenido bastante con los barriles de ranas. Tengo una linda esposa, una linda casita y un poco de dinero ahorrado, entonces, ¿por qué habría de preocuparme por lo que sucede con la fábrica?

—¿Weatherspoon estaba casado?

Una mirada astuta brilló en sus ojos hundidos.

—Usted está buscando información, señor Wallace.

Respondí que sí.

—Bien, con veinte dólares obtendrá lo suficiente.

El tiempo se me terminaba, de manera que saqué la billetera y busqué un billete de cinco dólares.

—Déjeme oír lo que prometió.

—Usted preguntó si el jefe estaba casado... ¿no?

—Vamos, Abe, no se haga el difícil. Le daré veinte más si me dice algo realmente interesante. ¿Estaba casado?

—No, pero andaba con chicas. Él y Peggy Wyatt andaban juntos. Ella pensaba que él se casaría con ella, pero él no era de los que se casan, y por eso ella se dio a la botella.

—¿Tiene alguna idea de quién heredará la fábrica?

—Nadie. Weatherspoon era un solitario. —Siguió comiendo porotos—. Esta fábrica vale mucho dinero. Cuando el jefe la tomó a la partida del viejo Morgan, inició una línea de ranas en lata. Sumado al servicio de entrega de lomos de rana a todos los restaurantes caros, daría mucho dinero.

—¿Ranas en lata? No sabía que envasaban ranas —exclamé, súbitamente alerta. Se congelan las patas de las ranas, pero no se las envasa.

—¿Sabe una cosa, señor Wallace? En esta época las mujeres son muy haraganas. Alimentan a sus hombres con latas. No es que yo tenga nada contra la comida envasada. Yo mismo como porotos.

—¿De manera que inició una línea de ranas en lata?

—Mi trabajo consistía en recoger las ranas, pero allí está el galpón de envasado. Lo dirige una muchacha de color muy despierta. Lo ha venido haciendo desde que el dueño se hizo cargo. Tiene un par de muchachas que la ayudan. —Me miró, y luego preguntó:

—¿Quiere saber algo más, señor Wallace?

—Tendrá que decirme más si quiere los otros quince —aseguré.

Terminó su lata de porotos, miró la lata vacía, eructó, y luego exclamó:

—El jefe era un verdadero hijo de puta. No lloraré una lágrima por él. Siempre pensando en el dinero. Tenía algún tipo de problema. —Me miró nuevamente—. ¿Por qué se iba todos los jueves en esa Honda y volvía con una caja de cuero atada a la máquina? Muchas veces lo veía partir, y, cuando yo estaba descargando, lo veía volver. Cada tanto un mejicano venía aquí y se encontraban en la oficina del jefe. Algún lío.

—¿Con el mejicano?

Abe se encogió de hombros.

—Era un hombre de aspecto recio con un pequeño bigote. Venía todos los meses. Luego había un tipo que venía en un Jag. Sólo lo vi una vez. Yo estaba arreglando el camión, era tarde casi de noche. Apenas alcancé a verlo, pero me pregunté quién era., Eran alrededor de las 21:00. Le oí gritar algo al jefe.

Le entregué otros diez dólares.

—¿Qué dijo?

—No lo recuerdo con exactitud, señor Wallace. Algo relativo al dinero. Estaba gritando «la paga» y luego se calló. A mí no me interesaba, como usted comprende. Estaba ocupado reparando el camión.

—Esa muchacha de color a cargo del envasado —sugerí—. ¿Cómo se llama?

—Chloe Smith. ¿Piensa hablar con ella, señor Wallace?

—¿Por qué no?

—No le ofrezca dinero. Para ser una muchacha de color, tiene clase.

—Muy bien, Abe. —Me separé de otros cinco dólares—. Si se le ocurre otra cosa, venga a verme. —Lo dejé, y crucé hasta el otro galpón en el extremo más distante del patio.

Abrí una puerta y entré en una habitación larga y estrecha. Junto a la ventana había un largo banco y sobre éste una serie de latas vacías. Frente a las ventanas había una gran cocina eléctrica con dos grandes ollas y una sartén lista con grasa para freír.

En un rincón había un aparato para sellar latas, y una pila de tapas.

Una muchacha de color, muy alta, salió de otra habitación y me miró. Era realmente atractiva, con piel color de ébano, delgada, con pechos con forma de ananá. Llevaba una remera floreada roja y blanca y pantalones de algodón negros. Tenía la cabeza cubierta con un pañuelo rojo y blanco. No tendría más de veinticinco años.

—¿Señorita Smith? —pregunté, dedicándole una amplia y amistosa sonrisa.

Salió de las sombras al sol que entraba por la ventana.

—Ya hemos cerrado —respondió con voz baja y musical.

—Deseo hacerle un par de preguntas. Soy Dirk Wallace.

Ella asintió.

—Supongo que ya sabe la mala noticia, señorita Smith. Las noticias de este tipo viajan rápidamente en Searle.

Ella volvió a asentir.

—¿Conoció usted a Johnny Jackson?

—No.

—Supongo que sabe que estoy tratando de encontrarlo.

—Eso me han dicho.

—Señorita Smith, tal vez usted pueda ayudarme. El señor Weatherspoon quería comprar la granja Jackson. Entiendo que vendía ranas a los restaurantes, pero no sabía que las envasaba.

Ella me miró pensativamente.

—¿Qué tiene eso que ver con el hecho de encontrar a Johnny Jackson?

Le mostré mi sonrisa confidencial.

—No lo sé. En mi trabajo, ando por aquí y por allí recogiendo información, y a veces, no con mucha frecuencia, una información coincide con la otra. ¿El señor Weatherspoon hizo un gran negocio con las ranas envasadas?

—No. Vendemos alrededor de quinientas latas por mes. El señor Weatherspoon había dicho que eso sólo sucedería al principio. Pero el mes pasado, vendimos sólo quinientas doce latas. De todos modos supongo que él sabía lo que hacía.

—¿Le molestaría explicarme cómo se procesan las ranas?

Ella se encogió de hombros y se acomodó un mechón de cabellos negros bajo el pañuelo.

—Desde el depósito nos envían las ancas. Se pasan por una mezcla y se fríen rápidamente, luego se envasan. Todo lo que los consumidores deben hacer es vaciar la lata en una fuente y ponerla al horno durante quince minutos.

—¿Eso es todo?

—Pues, no. El señor Weatherspoon inventó una salsa especial para acompañar a las ancas de rana. Va incluida en la lata, en un sachet^[4]. Los ingredientes están patentados por él. Es una salsa de preparación rápida: se vuelca el polvo en una sartén, se agrega un poco de agua, un poco de leche y vino blanco y se cocina lentamente durante tres minutos.

—Parece sabroso —exclamé—. Siempre ando a la búsqueda de comidas de preparación rápida, señorita Smith. ¿Tiene usted una lata para que yo la compre y la pruebe?

Ella hizo un gesto negativo.

—No. El señor Weatherspoon era muy estricto. Siempre ponía los sachets en las latas él mismo y me vigilaba mientras yo las sellaba. Tenía una lista de clientes por correo que se suscribían para envíos mensuales. Las latas salían en un container especial.

—¿No podría comprar una en un almacén?

—Eran solamente para los clientes abonados. El señor Weatherspoon decía que no tenía equipamiento como para proveer a los minoristas, pero que esperaba poder expandirse muy pronto.

Yo comenzaba a ver un poco más claro.

—Bien, gracias, señorita Smith. ¿Qué sucederá aquí?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que tendré que buscar otro trabajo.

—Para una muchacha bonita e inteligente como usted, no será difícil. Tal vez el señor Weatherspoon tuviera a alguien trabajando con él que continuará con el negocio.

—Había un mejicano que venía mucho aquí. Pero no sé si trabajaba con el señor Weatherspoon. Tal vez fuera un cliente.

—Creo que lo conozco: bigotes muy finos, baja estatura, hombros anchos...

Ella asintió y me miró pensativamente.

—¿Desea saber algo más? Quiero irme a casa.

—Lamento mucho haberla detenido, señorita Smith. Una sola cosa más ¿dónde vivía el señor Weatherspoon?

—Tenía un departamento sobre la oficina.

—¿No estaba casado?

—No.

—Muchas gracias por su tiempo. —Le brindé mi amplia sonrisa amistosa y me fui.

Mientras cruzaba el patio, miré el edificio de oficinas. Arriba había cuatro ventanas que correspondían a una vivienda.

Fui con mi coche al hotel «La rana solitaria». Encontré a Bob Wyatt sentado ante el escritorio de la recepción. Parecía próximo a morir.

—Noticias tristes —exclamé, deteniéndome frente a él.

Forzó una cansada sonrisa.

—El hombre propone y Dios dispone.

—Ya conseguiré a alguien que le compre el hotel. No es el fin del mundo.

—No me importa por mí. Pienso todo el tiempo en Peggy.

—¿Cómo se encuentra?

—Me dicen que mejorará. Le están dando una droga. —Me miró con tristeza—. Está sola. Yo no puedo dejar el hotel para visitarla.

—¿Cree que le gustaría que la visitara? Tengo la tarde libre. ¿Qué le parece si le llevo flores y charlo un rato con ella?

El rostro del hombre se alegró.

—¿Lo haría usted? Creo que ella le tiene simpatía, señor Wallace. No puedo pedirle eso a nadie más. Las mujeres de aquí no la estiman mucho.

—Déjelo por mi cuenta. Iré ahora mismo. ¿Dónde queda el hospital? —Bob me dio las indicaciones. El hospital quedaba a poco más de medio kilómetro en las afueras de Searle.

Hacia allí fui entonces, con un ramo de flores no demasiado frescas y un ejemplar del último *bestseller* de Judith Krantz. Encontré a Peggy Wyatt sentada en el balcón del pequeño hospital, sola, mirando el bosque de pinos.

Quedó boquiabierta cuando me vio aparecer.

Luego se le iluminó la cara.

—¡Hola, Dirk, qué sorpresa!

—¿Cómo anda la niña? —pregunté, dejando las flores y el libro sobre la mesa a su lado.

—Pronto estaré bien. Tengo que reponerme. El doctor Vance me envía a casa mañana.

—¿Tan pronto? Parece demasiado rápido.

Ella rió.

—No soy alcohólica, aunque me comporté como si lo fuera. Sólo estoy enferma de amor.

Me senté junto a ella.

—Eso no es tan malo. ¿Cómo sigue la enfermedad?

—Hace dos horas la enfermera me avisó que estaba muerto. —Me miró directamente—. No pude derramar una sola lágrima. Seguramente estaba loca.

—Cuando yo tenía tu edad, casi me volví loco por una muchacha —mentí—. Me llevó cierto tiempo recuperarme, pero finalmente lo superé.

—¿Cómo está papá?

—Estará mejor cuando regreses. En este momento le resulta bastante duro dirigir el hotel sin ti.

—Me lo imagino. Pobre papá. Es tan valiente. Volveré mañana. ¿Puede decírselo?

—Por supuesto.

—¿Entonces el hotel no se venderá?

—Debe haber otros compradores aparte de Weatherspoon.

Ella asintió.

—Quiero irme de Searle. Nadie me quiere aquí.

—Habla con Willis Pollack. Él podrá encontrar un comprador.

—Sí. De todas maneras, esperaré hasta que papá se vaya. —Apartó la mirada—. No tardará mucho.

—Peggy, tú podrías ser útil. Cuanto más busco a Johnny Jackson más se complica mi búsqueda. ¿No tienes ganas de contarme algo más sobre ti y Weatherspoon?

—¿Qué tiene que ver Harry con Johnny? —Parecía desconcertada.

—No lo sé. —Le repetí mis frases habituales—: Yo soy como un pescador. Tiro los anzuelos, y tal vez algún pez pica. ¿Cuándo lo conociste?

—Hace unos dos años. Vino al hotel a hablar con papá de comprarlo. Había algo en él que me atrajo. —Levantó las manos con un gesto de desesperación—. Dirk, a veces las muchachas son muy tontas.

—Los hombres también.

—Eso creo. Pues me enamoré de Harry. Al principio, él no me prestaba mucha atención. Luego vi que se interesaba. Una noche, que papá se sentía mal y se había ido a la cama, Harry vino. Me pidió que le mostrara el mejor dormitorio. —Sonrió con amargura—. Yo acepté. Puede imaginarse lo que sucedió. —Pensó un momento, suspiró, y luego me sonrió. Realmente me

excitaba. Había hecho el amor con muchos hombres, pero Harry realmente sabía hacerlo. Me había sentido tan bien con él que no pensaba más que en la próxima vez que hiciéramos el amor. Era demasiado peligroso estando papá cerca, y por eso le sugerí ir a su casa. Eran sólo cinco minutos a pie. Tenía un lindo departamento sobre su oficina. Nos encontrábamos tres veces por semana. Para mí siempre era poco. Luego sentí que él se enfriaba. Llegaba al restaurante a la hora del almuerzo, me sonreía y me decía que tendría trabajo, y que no fuera esa noche—. Cerró los ojos, luego se encogió de hombros. — Yo estaba tan loca por él, que me tomaba un buen trago, me iba a la cama y lloraba hasta sentirme enferma. ¡Dios mío! ¡Qué tonta era!

—Suele suceder con mucha frecuencia.

—Eso creo. —Se encogió de hombros—. Ahora ya se me pasó. Estoy contenta. Sólo lo veía una vez por mes, pero seguía bebiendo.

—¿Por qué estás contenta, Peggy?

—Había algo en Harry... es difícil de explicar. Creo que andaba metido en líos. A veces estábamos en la cama y sonaba el teléfono, entonces él bajaba a la oficina. Esto era después de cerrar la fábrica. Varias veces lo oí gritar como si estuviera enojado y, cuando subía, se lo veía tan duro... y bueno, hasta cruel. Esas veces me ordenaba que me fuera. Que tenía algo que hacer, decía, y una vez, cuando protesté, se puso terrible. Me asustó.

—Tú puedes olvidarlo —afirmé—. Ya no está en tu vida.

—Por eso estoy contenta.

—Dijiste que pensabas que él se hallaba en líos, ¿por qué?

—No soy idiota. ¿Por qué recibía llamados telefónicos a las 02:00 de la mañana y me echaba, diciendo que se trataba de trabajo? Además, siempre llegaba ese camión alrededor de las 03:00.

—¿Qué camión, Peggy? —pregunté, con el tono más distraído que pude.

Ella vaciló, luego se encogió de hombros.

—Pues ya está muerto... entonces, ¿qué importa? Sucedió cuando yo estaba loca por él. Creo que ya bebía mucho. Él vino al restaurante una de las noches en que solíamos encontrarnos y me pidió que no fuera a su departamento. Ay, Dirk, yo había deseado mucho esa noche y había soñado con ella. Quería que él me estrechara en sus brazos y me hiciera el amor hasta que yo gritara. Ardía por él. —Me miró—. ¿Por qué le cuento esto?

—Dicen que la confesión es buena para las heridas del alma —repliqué, y le sonreí.

—¡Dios mío! Usted le sacaría información a una ostra.

Por su repentino cambio de expresión, temí perder su confianza.

—Esto es importante para mí, Peggy. Háblame del camión.

Ella miró las flores sobre la mesa y las levantó. Tocó las rosas demasiado abiertas y las magnolias Sweet Bay.

—Nadie me había regalado flores antes.

Controlé mi impaciencia.

—Ya te las regalarán —exclamé—. Eres joven. Dejó las flores y comenzó a hojear el libro.

—¡Peggy! —repetí con voz más aguda—. Háblame del camión.

—Bien. Él me dijo que no fuera esa noche, y creo que después me emborraché en forma. Luego, cuando ya estaba en la cama pensé que tal vez él habría encontrado alguna otra muchacha. Tenía que averiguarlo. Me vestí y fui a la fábrica. Era aproximadamente medianoche. El portón estaba sin llave. Había luces en su departamento. No sé si usted entenderá, pero entre la pasión y el *gin* yo estaba medio loca. —Me miró con vacilación.

—Comprendo.

Ella se encogió de hombros.

—No sé si comprende. Es fácil decirlo. No importa... —Me sonrió—. A menudo me pregunto si la gente comprende a la otra gente.

—Pueden intentarlo —fue todo lo que pude decir.

—De todas maneras, yo estaba segura de que había otra muchacha en su departamento. Tenía que ver quién era. Borracha como estaba no tuve el coraje suficiente como para aparecer bruscamente. En esa época yo le tenía miedo a Harry, aunque seguía loca por él. Me escondí detrás de una hilera de barriles, que apestaba a ranas, y esperé. Esperé durante tres horas. Ya no me sentía tan excitada. De pronto me vi, en cuchillas detrás de unos barriles apestosos, con esos celos que estaban destrozándome, y, como ya no estaba tan borracha, comencé a darme cuenta de que era una estúpida y de que Harry no valía la pena. Estaba a punto de marcharme cuando llegó ese camión. Se oyó un bocinazo y un hombre bajó del camión y abrió el portón. El camión entró y el hombre cerró el portón. Estaba oscuro. Yo sólo veía su perfil. Luego se abrió la puerta de la oficina y apareció Harry. Gracias a la luz de la oficina vi bajar a un segundo hombre del camión. —Se estremeció un poco—. Esos dos realmente me asustaron. Eran negros. Uno de ellos llevaba un collar y un gran sombrero negro. El otro una especie de chaqueta de piel de cabra. Eran realmente extraños. Siguieron a Harry a la oficina. Durante los siguientes veinte minutos sacaron pequeños envases de cartón que traían en el camión. Trabajaban rápido, pero parecía haber cientos de envases. Cuando no quedaron más, los dos hombres volvieron a la oficina. Desde el lugar donde

yo estaba escondida, veía perfectamente el interior de la oficina. Harry les dio dinero. Luego ellos subieron al camión y se fueron. Harry fue hasta el portón, lo cerró y le puso llave, y volvió a su departamento. Después de un rato todas las luces se apagaron. —Tomó las flores y aspiró el perfume de las magnolias—. Yo me sentía muy estúpida. No había ninguna muchacha y yo estaba encerrada. Después de dar unas vueltas encontré una puerta al fondo. La cerradura estaba oxidada. Logré abrir la puerta y volví a casa.

—Qué noche —comenté.

—Por eso es que le dije que él estaba en alguna clase de lío. —Me miró—. ¿Usted entiende algo de todo esto, Dirk?

—Bien, él está muerto —le recordé—. Olvida todo esto, Peggy. Ahora, cuéntame algo más sobre ti misma.

Pasé la siguiente media hora escuchando las inevitables y habituales dudas y esperanzas de una adolescente. He aprendido a escuchar simulando interés. Sabía que ella necesitaba hablar sobre sí misma, por eso la escuché y dije las cosas adecuadas en el momento adecuado.

Finalmente ella se cansó y me sonrió.

—Nunca le he hablado a nadie como a usted —concluyó—. Si lo he aburrido, lo lamento.

Le sonreí.

—Te irá muy bien, Peggy. Tendrás problemas, pero los superarás. Habla con el viejo Willis Pollack. Él encontrará un comprador para el hotel, pero entretanto vuelve allá y ayuda a tu papá.

—Es usted el hombre más comprensivo que he conocido —exclamó ella.

Entonces me despedí, con la mente ocupada en la información que me había dado.

Al regresar al hotel, dije a Bob Wyatt que su hija estaba bien y que volvería a la mañana siguiente.

Esa noticia lo rejuveneció cinco años.

Después de una buena cena con almejas, subí a mi habitación, prendí el televisor y me enfrasqué en un western lleno de acción. Cuando terminó, alrededor de las 22:45, tomé una poderosa linterna, controlé mi arma y bajé a la recepción.

El viejo Abraham se había quedado dormido contra el escritorio de recepción. Había dos viajantes hablando de negocios. Ninguno de ellos levantó la mirada cuando salí a la calle desierta. En Searle la gente se acostaba temprano.

La oficina del *sheriff* estaba a oscuras. Los pocos faroles iluminaban la calle por sectores, el resto estaba en tinieblas.

Caminando rápidamente, y manteniéndome a la sombra, llegué a la fábrica de productos de ranas. Tomé por un sendero estrecho que rodeaba las altas paredes hasta llegar al portón del que me había hablado Peggy. Me detuve a escuchar. A la distancia, oía el ruido del tránsito en la ruta; no llegaba ningún otro sonido. El olor de las ranas persistía pesadamente en el aire caluroso y húmedo.

Me apoyé contra el portón y éste cedió. Entré en el gran patio. Todas las construcciones, incluso el edificio de oficinas y el departamento de Weatherspoon estaban a oscuras.

La luna iluminaba el patio y los objetos proyectaban grandes sombras. Crucé hasta el edificio de oficinas, subí la escalera y traté de abrir la puerta. No esperaba que se abriera de inmediato, de manera que no me desilusioné. Usando mi linterna, vi que había tres cerraduras, superior, media e inferior. No sería posible forzar la puerta. Di la vuelta para ir a la parte posterior del edificio, y encontré otra puerta. También estaba firmemente cerrada.

Retrocedí y contemplé el edificio. Había un techo oblicuo y una galería, luego las ventanas de un departamento, luego otro techo oblicuo. Volví al patio. Después de buscar entre los galpones, encontré una pequeña escalera de mano. La llevé al fondo, la apoyé contra el edificio de oficinas y subí al techo oblicuo. Desde allí trepé a la galería. Una de las ventanas estaba entreabierta. Levanté el pasador, me detuve a escuchar, y luego la abrí totalmente. Usando mi linterna, vi que estaba en un dormitorio grande y bien amueblado. Me imaginé a Peggy en el dormitorio, ofreciendo su hermoso cuerpo a Weatherspoon. Caminé por la habitación, abrí la puerta, pasé a un corredor oscuro, abrí otra puerta y vi el *living*, prolijo y amueblado como el dormitorio.

No me interesaba la vivienda de Weatherspoon. Quería bajar a su oficina.

Había escaleras. Me detuve en lo alto e iluminé con mi linterna una puerta de aspecto sólido. Bajé hasta la puerta y la hallé cerrada con llave. Tampoco sería posible forzar esa puerta. Sabía que, de poder abrirla, me daría acceso a la oficina de Weatherspoon.

Frustrado, volví al departamento. Entré en el dormitorio, y abrí la puerta del gran placard frente a la cama. Las ropas de Weatherspoon estaban en una hilera ordenada. Dedicué algún tiempo a revisar los bolsillos de una serie de trajes, pero no encontré nada. Luego me dedicué a los cajones: muchas camisas, ropa interior, pero nada que me interesara.

Finalmente, después de media hora de paciente búsqueda, al abrir un cajón en su mesa de luz, encontré un paquete de preservativos y una llave. Esperanzado, bajé hasta la puerta cerrada y probé la llave. La puerta se abrió y pude penetrar en la oficina. Fui hasta el gran escritorio donde estaba Weatherspoon la primera vez que lo viera. Todos los cajones del escritorio estaban cerrados con llave. Me senté en su escritorio y examiné la cerradura. Se necesitaría un profesional para abrirla.

Me aparté del escritorio y revisé la oficina. Encontré una puerta, la abrí y pasé a una pequeña habitación. Frente a mí había una puerta de acero que llegaba hasta el cielo raso. La puerta estaba cerrada con una barra de acero. Tenía dos cerraduras. No había esperanzas de abrirla excepto dinamitándola.

Permanecí mirando la puerta.

Bien, me dije. Lo había intentado. Había considerado como remotas las posibilidades de que las medidas de seguridad de Weatherspoon no fueran de primera.

No tenía sentido quedarse más tiempo allí.

Tendría que aproximarme desde otro ángulo: por el momento no sabía cuál.

Entonces oí el ruido de un auto que se acercaba. Apagué de inmediato la linterna y me acerqué a una de las grandes ventanas. Oí voces. Luego las puertas de la fábrica se abrieron y entró un camión en el patio. Lo seguía un auto que se detuvo junto al camión.

La luna estaba alta lo que me permitió ver claramente el camión y el auto.

Del auto bajó un hombre de baja estatura, fornido. Lo reconocí: Edmundo Ruiz. Del camión bajaron dos hombres: Sombrero y Piel de Cabra.

Me moví con rapidez: abrí la puerta del departamento de Weatherspoon, la cerré y le puse llave, y luego subí silenciosamente la escalera. Salí por la ventana abierta, la cerré, bajé por la escalera de mano y llevé la escalera hasta unos arbustos, donde la dejé escondida.

Saqué mi arma de su cartuchera y di la vuelta silenciosamente a la casa, deteniéndome al aproximarme al patio. Seguí avanzando lentamente junto a la pared.

En la oficina había luz. También se oían voces.

La puerta de la oficina estaba abierta. La luz daba al patio. Después de una larga pausa, comprobé que los tres hombres habían entrado en la oficina. Seguí avanzando, a la sombra, y luego vi una pila de barriles de ranas y me escondí detrás de ella. Seguramente ese era el lugar donde se había escondido Peggy y, como dijera ella, desde allí se veía el interior de la oficina.

Sombrero estaba parado junto al escritorio. Ruiz y Piel de Cabra habían pasado a la pequeña habitación interna. Hubo una larga pausa, y luego Piel de Cabra entró en la oficina y dijo algo a Sombrero, que lo siguió a la pequeña habitación.

Ruiz salió y fue hasta el escritorio. Tenía un manajo de llaves. Sentado ante el escritorio comenzó a abrir los cajones.

Piel de Cabra salió, llevando algunos pequeños envases de cartón. Fue hasta el camión y echó dentro los cartones, luego volvió cuando Sombrero salía, también cargado de cartones y los puso en el camión.

Miré a Ruiz. Estaba revisando unos papeles que había sacado de uno de los cajones del escritorio. Sus movimientos eran apresurados. Cada tanto, dejaba a un lado un papel. Los otros dos trabajaban rápidamente, apilando envases en el camión. Era una operación rápida, bien organizada.

Ruiz abrió otro cajón. Sacó una carpeta, la examinó, y luego la dejó junto con los otros papeles que había apartado. Después de abrir más cajones y de echar una rápida mirada, los cerró a todos de golpe. Pensé que había encontrado lo que buscaba.

Se puso de pie. Lo oí gritar:

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿No han terminado todavía?

Comprendí que ésa era mi única oportunidad, porque Sombrero lo había seguido. Saqué mi arma, salí de mi escondite detrás de los barriles, llegué en seis saltos hasta la parte posterior del camión, tomé uno de los envases de cartón, di media vuelta y llegué a mi escondite detrás de los barriles en menos de tres segundos. Entretanto Piel de Cabra y Sombrero salieron con una gran carga de envases de cartón.

Ruiz dedicó unos momentos a volver a cerrar con llave los cajones del escritorio, luego sacó un pañuelo y limpió cuidadosamente los cajones y la tapa del escritorio.

Piel de Cabra estaba cerrando la parte posterior del camión y Sombrero ya estaba al volante.

Ruiz tomó la carpeta y los otros papeles y apagó las luces de la oficina. Salió, cerró la puerta, le puso llave y luego fue rápidamente hasta su coche.

—Al fin terminaron, ustedes dos —gruñó—. Vamos.

Retrocedió con su coche, giró y pasó por el portón. Sombrero pasó también con el camión y se detuvo. Piel de Cabra cerró el portón y oí que le ponía llave.

Permanecí detrás de los apestosos barriles de ranas, apretando el envase de cartón en la mano y esperando. No me moví hasta que dejé de oír el ruido

del motor del auto de Ruiz y del camión.

Salí por la puerta pequeña, y caminé rápidamente hasta el hotel «La rana solitaria». Sólo había una luz en la recepción. La que estaba sobre el escritorio. El lugar estaba desierto. Los dos viajeros se habían ido a la cama. El viejo Abraham dormía tranquilamente. Tenía las manos cruzadas sobre la falda. Lo desperté con suavidad. Abrió los ojos y parpadeó. Al volver en sí su rostro negro se iluminó con una sonrisa.

—Creo que me dormí, señor Wallace. ¿Necesita algo?

—Un abrelatas —pedí. Parpadeó.

—¿Cómo dice, señor?

—Un abrelatas. ¿Tiene uno?

—¿Un abrelatas?

—Eso es lo que quiero. —Yo hablaba con voz suave. El hombre debía de tener unos ochenta años, y acababa de despertar de un sueño pesado, probablemente soñando con su pasado o con sus nietos—. Un abrelatas.

Se frotó la frente, cerró los ojos y volvió a abrirlos, luego agregó:

—Voy a buscarlo, señor Wallace. Si tiene hambre, puedo prepararle algo de comer.

—Sólo quiero un abrelatas.

Se puso de pie pesadamente, vaciló un poco, luego avanzó arrastrando los pies hasta el restaurante. Esperé. Tardó cinco minutos en volver.

—Al cocinero no le gustará esto, señor Wallace —exclamó, entregándome un abrelatas oxidado—. ¿Puede devolvérmelo a la hora del desayuno?

—Por supuesto. —Yo había preparado un billete de veinte dólares—. Gracias, Abraham. ¿A qué hora se va a dormir?

—Al señor Wyatt le gusta tener abierto toda la noche. Dice que uno nunca sabe. Alguien puede necesitar una cama y para eso está el hotel. —Se quedó atónito cuando dejé el billete de veinte dólares frente a él—. Pero, señor Wallace, no es necesario.

—Buenas noches —sonreí, le di una palmadita en el hombro y tomé el ascensor para ir a mi habitación.

Encendí la luz, cerré la puerta con llave y coloqué el envase de cartón sobre la mesa. Era una caja sólida de unos veinte centímetros de lado y doce centímetros de profundidad.

En la etiqueta decía:

Producto de Morgan y Weatherspoon - Searle - Florida.

Señora Lucilla Banbury
1445 - West Brive
Los Ángeles

Con mi cortaplumas quité cuidadosamente la cinta adhesiva que sellaba la parte superior de la caja y la abrí. En dos compartimientos había dos latas brillosas. Levanté una de ellas y leí en la bien diseñada etiqueta:

ANCAS DE RANA:
Una comida de lujo. Siga las indicaciones
para preparar una deliciosa y satisfactoria
comida rápida para dos.

Las indicaciones eran las mismas que me había dado Chloe Smith.

Usando el abrelatas, quité la tapa y miré las ancas de rana prolijamente envasadas, con su costra dorada. Realmente eran atractivas. Usando la hoja de mi cuchillo, extraje del fondo de la lata un sobre de plástico cuadrado de cinco centímetros de lado que contenía un polvo blanco. Lo saqué de la lata y luego fui al baño y lavé el sobre.

Suponía lo que contenía, pero tenía que asegurarme. Puse el sobre en mi billetera, tomé la lata que estaba en la mesa y de mala gana vacié su contenido en el inodoro. Arranqué la etiqueta y la tiré también al inodoro, y luego hice correr agua.

Fui hasta la ventana, la abrí, me aseguré de que la calle estaba desierta, y arrojé la lata vacía en la calle. Volví a cerrar la caja de cartón, que ahora contenía una sola lata, y la guardé en mi placard.

No había encontrado a Johnny Jackson, me dije a mí mismo mientras me desvestía, pero al menos el día había sido bien aprovechado.

Me di una ducha y me acosté.

HARRY MEADOWS, alto, delgado, y bordeando los setenta años, había estado en una época a cargo del laboratorio policial de Paradise City. Cuando le llegó la hora de jubilarse, el coronel Parnell le había ofrecido un trabajo dirigiendo el pequeño y bien equipado laboratorio de la agencia. Meadows, encantado con el ofrecimiento, demostró por qué aún era considerado el mejor patólogo de Florida, a pesar de su edad, y a menudo era consultado por su sucesor en el laboratorio de la policía.

Encontré a Meadows sentado en un banco alto examinando una muestra en la platina de un microscopio.

Yo había partido de Searle con el cartón que contenía una lata de lomos de rana.

—Hola, Harry —saludé en cuanto entré—. Tengo algo para ti.

Me hizo un gesto para que no me acercara, sin apartar los ojos del microscopio.

—¡Harry! ¡Esto es urgente e importante!

Suspiró, giró con el banquito y me sonrió.

—Ustedes los jóvenes siempre están apurados.

¿De qué se trata?

Saqué el sachet de mi billetera y lo coloqué sobre la mesa.

—¿Puedes analizar esto, Harry? Supuestamente es una salsa rápida para acompañar ancas de rana.

—¿Si? Buena idea, si la salsa es buena. A mí me encantan las ancas de rana. ¿Dónde la conseguiste, Dirk?

—Tal vez no sea salsa, Harry. —Me acerqué a la puerta—. Este asunto lleva prisa. Estaré en mi oficina. ¿Me llamas?

Asintió y tomó el sachet.

Al llegar a mi oficina descubrí que Chick Barley no estaba. En el trayecto desde Searle había ordenado mentalmente el informe que presentaría al

coronel. Me senté y comencé a escribirlo a máquina. Iba por la mitad del informe cuando Harry me llamó por teléfono.

—¿Puedes venir un momento, Dirk?

Dejé el informe y recorrí el largo pasillo hasta el laboratorio.

—¿Qué es esto? —preguntó Harry, mirándome con expresión severa—. ¿De dónde sacaste este sachet?

Cerré la puerta y me acerqué a él.

—¿Qué es?

—Cincuenta por ciento heroína pura. Cincuenta por ciento glucosa.

—Supuse que sería algo así. ¿Conoces el precio de ese sobrecito en el mercado?

—Este sachet vale unos trescientos dólares.

Hice algunos cálculos mentales. Un sachet en una lata, dos latas en un envase de cartón, unos quinientos envases de cartón. La carga del camión valía unos trescientos mil dólares. Si había una entrega por mes... Yo no podía estar seguro de eso... pero, si la había, la ganancia de Weatherspoon sería de más de tres millones de dólares por año.

—¿Estás seguro del precio, Harry? Asintió:

—Esta es la sustancia pura. Todos los meses me llegan cifras de la gente de Drogas. Este sachet vale unos trescientos dólares.

—Gracias, Harry. Estoy escribiendo un informe para el coronel. Es todo lo que te puedo decir. Conserva el sachet. Servirá como testimonio —dije, y corrí de vuelta a mi oficina. Me llevó otra media hora terminar el informe, luego lo coloqué en un sobre, y llevé el sobre y la caja de cartón con una sola lata de ancas de rana a Glenda Kerry.

Glenda era la asistente del coronel. Alta, morena y atractiva, de unos treinta años de edad, con su perfecto peinado, su vestido severo, parecía lo que era: ciento por ciento eficiente y ambiciosa.

Al entrar en su oficina, la vi hojeando un fichero.

—¡Hola, Glenda! —Puse la caja de cartón sobre su escritorio—. ¿Puedes guardar bien esto? Vale mucho dinero, ¿y puedes agregar este sobre?

—¿Qué es esto? ¿Todavía estás trabajando en el caso Jackson?

—Por supuesto que estoy trabajando en el caso Jackson. El coronel me pidió que lo hiciera, de manera que estoy trabajando en ello.

—Gastas mucho dinero.

Glenda siempre juzgaba los resultados por los costos.

—¿A qué punto has llegado?

—Todo está en el informe, pero sólo puede leerlo el coronel. Es un asunto gordo, Glenda. No metas las manos en esto.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y adónde vas ahora?

—Todo esto será revelado mañana cuando regrese el coronel. Mañana, ¿verdad?

—Eso dijo. No he sabido nada de él desde que salió para Washington.

—Muy bien, conserva la caja y mi informe bajo llave.

Mientras caminaba por el corredor, vi salir del ascensor a Terry O'Brien.

—Tengo algo para ti, Dirk —exclamó. Fuimos juntos a mi oficina.

O'Brien parecía todo lo irlandés que era: fornido, no muy alto, con una nariz que parecía ligeramente achatada por un golpe, una sonrisa alegre y atentos ojos azules.

—Desembucha, Terry.

—Señora Phyllis Stobart: nombre de soltera Phyllis Lowery, cuarenta y dos años —comentó O'Brien, y tomé nota de todo—. Llamé a Tyson y me proporcionó algo que tal vez te parezca interesante.

Ritchie Tyson dirigía una eficiente empresa privada de detectives en Jacksonville y a veces utilizábamos sus servicios.

Hice una mueca.

—¿Cuánto cobró?

—Quedamos en cien dólares. —O'Brien me miró con expresión inquisitiva—. ¿Está bien?

—Depende de lo que te haya dicho.

—Hace unos cuarenta años, dice Tyson, el señor Charles Lowery y señora, una pareja sin hijos, adoptaron una niña en la sociedad de Adopción Legal. Lowery era muy respetable. Tenía una próspera agencia de viajes. La niña adoptada, Phyllis, llegó a ellos a los cuatro años de edad. No había información sobre sus padres. La habían abandonado frente a las oficinas de la Sociedad de la Adopción. Parece que los Lowery se equivocaron al adoptar a esa niña. Cuando creció, se puso difícil: le iba mal en la escuela, siempre andaba detrás de los muchachos, luego comenzó a robar en los supermercados, tuvo problemas con la policía, etcétera. Según Tyson, los Lowery realmente trataron de mejorarla, pero no pudieron. La chica se convirtió en una delincuente juvenil. Pasó un tiempo detenida, se escapó, la capturaron de vuelta, finalmente la liberaron. En ese entonces tenía unos diecisiete años de edad. Sólo volvió a estar con los Lowery una semana, y volvió a escapar. Los Lowery denunciaron la desaparición a la policía y se

sintieron aliviados de que se hubiese ido. La policía realizó los procedimientos del caso, pero no la encontraron. Luego, una noche, hace unos diez años, la muchacha volvió a la casa de los Lowery. Según le contaron a Tyson, que es amigo de la familia y en ese momento recién comenzaba con su agencia, la muchacha había cambiado hasta tornarse irreconocible. Era dura, cruel, y asustó a la vieja pareja. Exigía quinientos dólares. Ellos pensaron que la muchacha estaba huyendo de algo. Le dieron el dinero y ella se fue inmediatamente. Después de eso le perdieron el rastro. Los Lowery han muerto. La siguiente aparición de la mujer es cuando se casa con Stobart, hace un año.

—¿Entonces estuvo fuera de circulación durante diez años?

—Creo que sí.

—Es mucho tiempo para estar fuera de circulación. —Permanecí pensativo unos momentos—. Terry, quiero que vayas a Secomb y averigües sobre una agencia que proporciona muchachas que hacen *striptease* en clubes nocturnos. Quiero una fotografía y la historia de Stella Costa que en una época trabajó en el Skin Club. Su dirección era Macey Street número nueve. Dirás que la buscas porque tiene que recibir una pequeña herencia. Es una historia generalmente eficaz. Pero no te acerques al Skin Club. ¿De acuerdo?

—Haré lo que pueda —exclamó y se fue.

Pasé unos minutos escribiendo el informe de O'Brien y se lo llevé a Glenda.

—Más material para el coronel —informé—. Que debes poner junto con las otras cosas.

Se recostó en el respaldo de su silla.

—Acabo de saber que el coronel debe quedarse en Washington. Sólo volverá el lunes —anunció tomando mi informe.

La miré con alegría.

—Muy buena noticia. Tengo otros cinco días. —Salí apresuradamente de la oficina para ir a mi coche.

Me dirigí a las oficinas de Howard & Benbolt. En el camino me detuve a comer una hamburguesa y beber una cerveza. Llegué a las oficinas poco después de las 14:30.

La mujer gorda me miró con suspicacia.

—¿Señor?

—El señor Benbolt —pedí.

—¿Tiene una cita? Usted es el señor Wallace, ¿verdad?

—Así es. No tengo cita. Él me recibirá.

—El señor Benbolt acaba de volver de almorzar.

—Yo acabo de almorzar. —Le sonreí—. De manera que los dos estamos en la misma situación. ¿Puede informarle que estoy aquí?

Ella me miró con furia, y luego apretó el botón del intercomunicador.

—El señor Wallace de la agencia Parnell está aquí, señor Edward — anunció.

—Hágalo pasar —se oyó la voz de Benbolt.

Ella me miró fijamente.

—Creo que conoce el camino.

—Sí. La tercera puerta a la derecha por el corredor.

Ella no se dignó a responder y comenzó a mirar un documento legal. Me dio pena, era vieja, gorda, y probablemente nadie la quisiera. El pequeño poder que tenía, el de proteger a su jefe, estaba declinando. Pronto se la vería en un departamento de un ambiente acompañada únicamente por un gato.

Encontré a Edward Benbolt sentado ante su escritorio, enrojecido, y con aspecto de haber comido mucho. Me dedicó su sonrisa profesional, se levantó para darme la mano, y me indicó una silla para que me sentara.

—Bien, señor Wallace —suspiró cuando nos acomodamos—. ¿Tiene alguna novedad?

—¿Sobre qué? —pregunté.

—La última vez que nos encontramos ¿no estaba buscando al nieto de Frederick Jackson? —Pensé que las copas que había tomado antes de almorzar habían enturbiado su mente—. Es así, ¿verdad?

—La última vez que nos encontramos, señor Benbolt, usted estaba buscando a Johnny Jackson. ¿Sus avisos tuvieron respuesta?

Empujó una caja de cigarros para ofrecerme uno.

—Ah, no. Hemos abandonado la búsqueda por indicación del señor Weatherspoon. Por curiosidad, ¿han encontrado al muchacho? —abrió la tapa de la caja—. ¿Un cigarro?

—Todavía no lo he encontrado, pero sigo buscando. —Rechacé la caja de cigarros con un gesto—. Gracias, no.

Eligió un cigarro, lo olió, recortó la punta y lo encendió.

—Una tarea difícil.

Le di unos momentos para que exhalara varias perfumadas nubes de humo, y luego dije:

—¿Ha oído hablar de lo ocurrido al señor Weatherspoon?

Adoptó una expresión que un empresario de pompas fúnebres le habría envidiado.

—Sí, por cierto. Me enteré esta mañana. ¡Qué golpe! Un hombre en la flor de la vida.

—Nadie es eterno, ¿verdad?, hoy estamos y mañana ya no —acoté, sacando mi atado de cigarrillos—. Sé que la sucesión del señor Weatherspoon está en sus manos.

—Sí.

Esperé, pero él parecía más interesado en su cigarro que en Weatherspoon.

—Está la fábrica de productos de ranas y el almacén —sugerí—. Y Weatherspoon debe de haber tenido dinero ahorrado.

Benbolt me miró.

—Suponía que a usted lo habían contratado para encontrar al nieto de Frederick Jackson. Ahora, aparentemente, está usted buscando información sobre el patrimonio del señor Weatherspoon que nada tiene que ver con esa investigación. —Miró su reloj—. No puedo dedicarle más tiempo.

—¿Alguna vez ha estado en Searle, señor Benbolt?

—¿Searle? Por cierto que no.

—Tenga paciencia conmigo. —Le dediqué mi sonrisa franca, amistosa—. He estado haciendo averiguaciones en Searle, buscando a Johnny Jackson, y tengo la evidencia de que, si estuviera vivo, podría poner a Weatherspoon a la sombra durante por lo menos quince años.

Me miró con la boca abierta.

—¿Qué evidencias? —preguntó.

—Hasta haber completado el caso, y habérselo informado al coronel Parnell, que entonces lo entregará a la policía estatal, no puedo decírselo, pero le aseguro, señor Benbolt, que no estoy bromeando. Puedo averiguar el valor del patrimonio del Weatherspoon por otro lado pero el tiempo apremia, de manera que le pido que colabore conmigo.

—¿Está usted sugiriendo que el señor Weatherspoon era un criminal?

—Estaba metido con un grupo que trafica con drogas: no puedo decirle nada más que eso.

—¡Dios mío! —Benbolt dejó caer cenizas de su cigarro en su ancho chaleco—. ¿Drogas?

—Esto es confidencial. ¿A cuánto asciende el patrimonio de Weatherspoon?

—Creo que a medio millón. Depende del precio de la fábrica y del almacén. Invirtió bien a través de mis agentes. Francamente, me sorprendía la

cantidad de dinero que hacía con la fábrica. —Dejó su cigarro—. ¡Drogas! ¡Eso es espantoso! ¿Usted sabe lo que está diciendo?

—Tengo suficiente evidencia sobre él como para meter en la cárcel a su cadáver, incluso, pero hay otros involucrados y todavía estoy investigando. ¿Quién heredará su patrimonio?

Tomó su cigarro, observó que se había apagado y volvió a encenderlo.

—No comprendo. ¿Cómo es posible que una fábrica de productos de ranas esté relacionada con las drogas?

—Fue una inteligente operación de hoja de parra.

Me miró fijamente.

—¿Qué significa eso?

—La fábrica de productos de ranas era la cobertura de Weatherspoon. ¿Quién hereda su patrimonio?

Miró su cigarro, vaciló, luego se encogió de hombros.

—En vista de lo que usted me ha dicho, señor Wallace, y del hecho de que mi cliente está muerto, y para colaborar, con su investigación, creo que no será una infidencia decirle lo que ocurrió hace una semana.

Esperé. ¡Estos abogados! ¡Cómo amaban las palabras!

—El señor Weatherspoon vino a verme —continuó Benbolt—. No se encontraba bien. Parecía enfermo. Decía que le faltaba sueño. Esto no era normal porque el señor Weatherpoon siempre transmitía confianza. Me dijo que pensaba retirarse. Esto me sorprendió, porque no tendría más de cuarenta y ocho años, a lo sumo. Quería que yo vendiese todas sus acciones. Le señalé que el índice Dow Jones estaba muy bajo, pero dijo que quería dinero en efectivo de inmediato. También me indicó vender el almacén de Searle por lo que pudiera obtener. Yo soy susceptible a los estados de ánimo y creo que mi cliente estaba bajo algún tipo de intensa presión. Le pregunté si pensaba vender la fábrica de productos de rana. A lo que, muy bruscamente, replicó que eso lo arreglaría él mismo. —Benbolt hizo una pausa para exhalar humo—. Luego le dije algo que había pensado desde que el señor Weatherspoon me contratara como abogado suyo. Le recordé que no había hecho testamento. Dijo que no tenía familiares y que le importaba un bledo hacer testamento. Insistí en que si uno de mis clientes, con un patrimonio de medio millón de dólares, moría sin hacer testamento, ello causaría un montón de problemas legales. Él estaba sentado donde está usted ahora, mirándome fijamente, y se sonrió de una manera extraña. Más que una sonrisa era una mueca cínica. —Benbolt jugueteó con su cigarro, sacudiendo cuidadosamente la ceniza en el cenicero de ónix—. Dijo que no lo había pensado. Luego agregó que quería

que todo su dinero y el almacén fueran heredados por una tal Peggy Wyatt de Searle.

Mi rostro permaneció inexpresivo.

—¿Dio alguna razón para ello? —pregunté.

—Le pregunté quién era la señorita Wyatt. Dijo que había sido su amante y que él la había tratado muy mal. No tenía ninguna otra persona a quien dejar su dinero, entonces, ¿por qué no a ella? Volvió a hacer esa mueca cínica y dijo que de todas maneras ella no lo recibiría por el momento porque él no pensaba morirse, pero, que si eso sucedía, deseaba que ella recibiera toda la herencia. Yo redacté el testamento mientras él esperaba, y mis empleados sirvieron de testigos. —Benbolt apagó su cigarro—. De manera que la señorita Wyatt heredará por lo menos medio millón de dólares.

—¿Ella lo sabe?

—El señor Weatherspoon murió ayer. El testamento debe ser autenticado. Iré a Searle la semana que viene y se lo diré.

—¿Y la fábrica de productos de ranas? Si alguien la compra, supongo que el pago irá al patrimonio de Weatherspoon y la señorita Wyatt recibirá el dinero.

—Eso creo. —Benbolt parecía dudoso—. El señor Weatherspoon se llevó todos los documentos relacionados con la fábrica. Si la fábrica se vende, sin duda el dinero le corresponderá a la señorita Wyatt.

—Entonces, ¿es posible que Weatherspoon haya vendido la fábrica y usted no lo sepa?

—Así es, pero siempre que pueda probarse que el testamento es auténtico, pienso visitar la fábrica y averiguar lo que está ocurriendo.

—No pasará mucho tiempo sin que la fábrica se venda. No lo descuide, señor Benbolt. ¿Usted me dice que Weatherspoon se llevó todos los documentos relacionados con la fábrica? ¿Entonces dónde pueden estar?

—No lo sé. Podría preguntar en su Banco.

—¿Sería usted tan amable de hacerlo y luego comunicarse conmigo?

—Supongo que podré hacerlo. —Tomó otro cigarro de la caja, lo miró y volvió a dejarlo en la caja—. ¿Realmente traficaba con drogas el señor Weatherspoon?

—Sí, y la fábrica era el sitio de intercambios; por eso era tan provechoso el negocio. Estoy seguro de que el próximo dueño continuará con él.

Se frotó su doble mentón.

—¿No debería consultar a la policía, señor Wallace?

—Eso haré; y supongo que vendrán inmediatamente a verlo. Trate de terminar con su parte antes de que llegue la inspección, mientras yo trato de terminar con la mía. —Me puse de pie—. A veces la gente de Narcóticos se pone muy dura.

—Sólo podré decirles lo que sé —acotó él, con inquietud.

—Usted representa ahora a la señorita Wyatt. Alguien comprará la fábrica en poco tiempo. Usted está en mejor posición que yo para averiguar quién es el comprador. El comprador será otro traficante de drogas. Averigüe quién es y la gente de Narcóticos se lo agradecerá. Averígüelo y comuníqueme quién compra la fábrica. ¿Lo hará?

—Creo que tendríamos que hablar de esto con la policía.

—Todavía no. Quiero terminar el asunto yo mismo. El coronel Parnell tiene un informe completo de lo que está sucediendo. Volverá de Washington dentro de cinco días. Por eso le pido este trabajito, señor Benbolt. Averigüe quién compra la fábrica.

Lo pensó y luego asintió.

—Bien, el testamento todavía no está autenticado. Haré averiguaciones. ¿Dónde puedo llamarlo?

Le di mi tarjeta.

—Deje un mensaje y yo me comunicaré con usted. Este asunto es gordo, señor Benbolt. No lo tomemos a la ligera. Todavía debo reunir pruebas. Si usted llama a la policía ahora estropearán todo lo que he hecho y no descubrirán nada. ¿De acuerdo?

—Veremos lo que puedo averiguar.

Nos dimos la mano y me retiré.

Volví a mi oficina, me senté y comencé a meditar sobre el nuevo material que conocía.

Me pareció que Weatherspoon había caído en desgracia repentinamente. Estaba a punto de escapar, con su dinero en efectivo. Había ido a la cabaña de Jackson y había destruido el lugar a golpes de hacha. Buscando el dinero de Jackson. Quizás lo había encontrado pero, mientras buscaba, había llegado alguien, que abalanzándose sobre él lo había matado. Y luego había arrastrado su cuerpo hasta el estanque de ranas. Era el método habitual para eliminar a un traficante de drogas indeseable.

Acerqué mi máquina de escribir y tomé nota de los últimos acontecimientos para el coronel. Estaba redactando un verdadero documento. Mientras preparaba el sobre para dárselo a Glenda, entró Terry O'Brien.

—¡Dios mío! ¡Qué suerte tuve! —exclamó, dejándose caer en una silla—. Fui a ver a Bernie Isaacs que tiene una agencia de *strippers*. ¡Con mucha suerte! Él mismo era el agente de la muchacha que se hacía llamar Stella Costa.

—Bien, un trabajo rápido, Terry. —Puse los pies sobre el escritorio—. ¿Y entonces...?

O'Brien me entregó un sobre.

—Aquí está.

Saqué la brillante fotografía del sobre. Stella Costa vestida sólo con un pequeño taparrabos. Realmente era un símbolo sexual. Estaba en pose, con las piernas separadas, las manos sobre la cadera, el rostro encendido de excitación sexual. Me tomé mi tiempo para estudiarla, luego dejé caer la fotografía en mi escritorio y miré a O'Brien.

—¿Qué más, Terry?

—Esto costó dinero, Dirk. El rufián pidió cien, pero quedamos en cincuenta.

Pensé en Glenda. Se espantaría cuando le presentara mis cuentas.

—¿Qué te dijo?

—Por cincuenta, me dio la fotografía, pero luego el hijo de puta no quiso hablar más. Tuve que darle otros cincuenta para hacerlo hablar.

Gemí.

—Ya sabes cómo es esto, Dirk. En estos asuntos hay que pagar de vez en cuando. Esa muchacha apareció cuando era muy jovencita. Tenía alrededor de dieciocho años. No tenía experiencia, pero a él le gustó. Supongo que ella lo atrapó en la cama. Él le consiguió pequeños trabajos en distintos e infectos lugares nocturnos. Ella aprendió el oficio con sufrimiento. Trabajó para él durante los siguientes diez años, hasta que conoció bien el trabajo. El mejor cliente de Bernie era Edmundo Ruiz, dueño del Skin Club. Él la hizo entrar allí. Para ella fue un gran salto, según Bernie. Trabajó para Ruiz los siguientes ocho o nueve años, y luego, hace un año, fue a ver a Bernie y le dijo que se iba. Bernie lo aceptó. En esos momentos ella andaba alrededor de los cuarenta y estaba engordando. Simplemente se fue y él no supo más nada de ella desde entonces.

—¿Bernie no mencionó que tenía un hijo?

—Ah, sí. Dijo que el chico había sido siempre un inconveniente. Ella no podía trabajar por la tarde porque tenía que cuidarlo. Bernie lo aceptó. Él mismo tiene diez hijos pero dice que sin el niño ella podría haber ganado mucho más dinero.

Enfoqué la fotografía hacia él.

—Mira un poco mejor a esta mujer. No te detengas en sus tetas. Concéntrate en la cara.

Estudió la fotografía, y luego me miró con expresión procaz.

—Es difícil no concentrarse en sus tetas, ¿verdad?

—Si puedes, concentra tu mente en esas fotografías de casamiento que te mostraron el señor Herbert Stobart y su señora. ¿No encuentras un parecido entre la señora Stobart y Stella Costa?

Me miró con la boca abierta, luego volvió a estudiar la fotografía.

—Pues sí, puede ser. Caramba, es posible. ¿Quieres decir que esa *stripper* es la señora Stobart?

—No lo sé. ¿Es ella?

—No podría jurarlo, pero el parecido es notable ahora que lo señalas.

Miré mi reloj. Eran las 18:08.

—Tengo otro trabajo para ti, Terry. Vete a cenar y después date una vuelta por los clubes de segunda categoría de Secomb. Primero el de Flossie Atkins. Hace años que se dedica al oficio. Si allí no encuentras nada, prueba en los otros clubes. Quiero que preguntes si alguien conoce, o ha visto recientemente, a un muchacho rubio con vestimenta muy particular, collares y pulseras, que anda con un hombre fornido de color. El muchacho se hace llamar Johnny Jackson. Su padre fue un héroe con Medalla de Honor. Tal vez el muchacho haya alardeado de esto. ¿De acuerdo?

O'Brien hizo una mueca.

—Si tú lo dices. No me gusta mucho el trabajo.

—No hay otro remedio. No gastes más dinero. Haz correr el rumor de que Johnny Jackson ha recibido una herencia y quieres encontrarlo. Flossie Atkins primero, ¿eh? Allí podrás encontrar algo. Y dale duro, Terry. Trabaja toda la noche si es necesario. En cuanto tengas alguna información suficiente, háblame por teléfono.

—Supongo que tú estarás en la cama, retozando, cuando te llame.

—Es probable. Llámame a casa.

—Muy bien —masculló y se marchó.

Después de pensar un rato, decidí que era hora de realizar una visita a la señora Phyllis Stobart.

Volví a mi departamento, me di una ducha, me puse uno de mis mejores trajes y fui hasta un restaurante de mariscos donde me fortalecí con unos enormes camarones con salsa de pimientos verdes. Me tomé mi tiempo.

Cuando las agujas de mi reloj marcaron las 19:30, subí a mi coche y me dirigí a Broadhurst Boulevard.

La residencia de los Stobart estaba en el extremo del Boulevard, en una esquina. Todas las villas del Boulevard eran extremadamente lujosas. La residencia de los Stobart no era la excepción. Estaba oculta a medias por un gran cerco de plantas y por un doble portón de hierro forjado que franqueaba un corto sendero con canteros de flores a cada lado; detrás podían verse cuadrados de césped immaculados, una gran pileta de natación y todas las otras casitas de las que los ricos no pueden prescindir.

Estacioné a la sombra de los árboles, bajé del coche y me acerqué al portón. Desde allí tenía una buena vista de la villa: dos pisos, probablemente seis dormitorios, tres garajes y un *living* con grandes ventanas panorámicas a todo lo largo de la casa. En esa habitación uno podía recibir a cien personas sin sentir que faltaba espacio.

La puerta del frente, de roble macizo, estaba iluminada por dos faroles. Las luces estaban encendidas en el *living*. También en los dormitorios del piso alto. Un Rolls de color crema y marrón, se encontraba en el lugar para estacionar. Vi pasar una sombra frente a una de las ventanas de arriba. Una mujer.

Una voz dura, policial gruñó a mis espaldas:

—¿En qué anda?

Si alguien me hubiera tocado con un hierro al rojo no habría saltado más alto. Cautelosamente volví la cabeza. A la luz blanca de la luna, vi a un hombre fornido, con una gorra oscura, y sus botones de plata iluminados por la luna. Tenía un arma en la mano y estaba a pocos centímetros de mi espalda.

Con alivio, reconocí el uniforme y el hombre. Era Jay Wilbur, de los guardias de seguridad con quienes a menudo trabajábamos. Tenían a su cargo la poca agradable tarea de patrullar los barrios donde vivían los ricos.

—¡Por Dios, Jay! —exclamé—. Casi me haces poner un huevo.

Me miró, luego guardó su arma, y sonrió.

—Ah, eres tú. ¿Qué sucede?

—Estoy estudiando el lugar de los Stobart. Bonito, ¿eh?

—Compruébalo tú mismo. ¿Qué sucede con los Stobart?

—Estamos interesados en la señora Stobart. Quiero hablar con ella.

—¿Para qué?

Lo miré con dureza.

—¿Quieres saberlo?

Como el coronel siempre le enviaba un pavo para Navidad y una botella de *whisky* escocés para el día de Acción de Gracias, amplió su sonrisa.

—Creo que no.

—¿Conoces a la señora?

—La he visto a menudo. Es muy presumida. No desearía conocerla.

—Quiero hablar con ella sin la presencia de su marido. ¿Se te ocurre cómo?

—Ella saldrá con él dentro de media hora para ir al Country Club. El señor Stobart la deja allí y luego se dirige a un club de *poker*. Pasa casi toda la noche ganando o perdiendo dinero. Luego pasa a buscarla por el *country club* alrededor de la 01:00, y luego se van a la cama.

—Parecería que no se llevan muy bien.

—¿Tú no lo has oído nombrar? Nadie podría llevarse bien con Herbie Stobart. Es un hijo de puta.

—¿Quién más vive allí, Jay?

—Tienen mucho personal. Un negro que maneja el coche de Stobart: parece un guardaespaldas. Luego hay una muchacha que viene de vez en cuando y se lleva prestado el coche de la señora Stobart.

—¿Quién es?

—No lo sé. Parece *sexy*: cabello negro, buenas tetas. Creo que es amiga de la señora Stobart.

—Bien, Jay, gracias. —Como lo conocía, saqué un billete de veinte dólares que pasó de mi mano a la suya cuando nos despedimos.

Todos los agentes de la Agencia de Detectives Parnell eran miembros del Country Club, del Yatch Club, del Casino, y de todos los clubes nocturnos de lujo. También usaban la tarjeta de crédito de Parnell que les aseguraba comidas gratis, bebidas gratis, y lo que quisieran en todos esos clubes. Eso le costaba una fortuna a Parnell seguramente, pero le convenía. Nuestro contador, Charles Edwards, controlaba los excesos en los gastos y había que darle claras explicaciones cada vez que uno presentaba su informe todos los meses.

Hacía rato que estaba instalado en una reposera en la gran terraza del club, con un *whisky* con soda, cuando vi el Rolls crema y marrón que se detenía a la entrada. Bajó una mujer, hizo un saludo con la mano y subió la escalinata. Yo esperaba ver también a Herbert Stobart, pero el Rolls se alejó antes de que pudiera ponerme de pie. La mujer estaba elegantemente vestida con un traje negro y blanco escotado. Los diamantes brillaban alrededor de su cuello y en sus muñecas. Los cabellos rubios estaban recogidos en lo alto de su cabeza.

Se movía con tranquilidad como si tuviera todo el tiempo del mundo. Miró a su alrededor y saludó a un hombre gordo y a una mujer aun más gorda que tomaban copetines. Ellos le devolvieron el saludo lánguidamente. Entró en la recepción. Terminé rápidamente mi bebida y la seguí. Estaba hablando con Johnson, el portero del club, un hombre negro, entrado en años, con rizados cabellos blancos, que la escuchaba respetuosamente. Luego lo saludó con una pequeña inclinación de cabeza y atravesó el vestíbulo principal para salir a la terraza del fondo donde se servía la cena. Miró a su alrededor como si esperara encontrar a alguien que conociera, pero todos estaban comiendo y hablando a los gritos, como si fueran sordos. Se encogió de hombros y bajó a la terraza inferior, donde encontró una mesa vacía y se sentó. Hizo una señal impaciente al camarero, luego abrió su cartera y sacó una cigarrera de oro de donde extrajo un cigarrillo. Sus movimientos eran lentos como si pensara en la larga noche que le esperaba. Encendió el cigarrillo, luego se recostó en su silla y contempló el mar iluminado por la luna, las rumorosas palmeras y las luces de los coches que pasaban, con expresión aburrida.

Me acerqué. Al contemplarla pensé que en otra época debía haber sido sensacionalmente hermosa. Tenía la estructura ósea adecuada, pero ahora su rostro estaba un poco hinchado por los excesivos copetines antes del almuerzo y los *whiskies* después de la cena.

No tuve dudas de que esta mujer era Stella Costa, *exstripper* y prostituta.

Esperé a que el camarero le sirviera un martini y luego, al ver que nadie demostraba interés en ella, decidí probar suerte.

—¿La señora Stobart? —pregunté al llegar a su mesa.

Me miró atentamente, luego sonrió. Su rostro duro cambió con la sonrisa.

—Soy la señora Stobart, ¿quién es usted? —tenía una voz baja, ronca y sensual.

—Dirk Wallace —me presenté—. Las mujeres hermosas nunca deben estar solas. ¿Le estropearía la noche si la acompaño o prefiere que me evapore?

Otra vez me miró, y su sonrisa se amplió.

—No se evapore. Esta noche todos están en pareja. Yo vengo aquí regularmente. No recuerdo haberlo visto antes.

Acerqué una silla y me senté, e hice una seña al camarero.

—Vengo de vez en cuando por lo general estoy muy ocupado. —Ordené un *whisky* con hielo cuando vino el camarero.

—¿Ocupado? ¿También de noche? —Me miró inquisitivamente.

—Sí, por desgracia. —Mostré mi amplia y amistosa sonrisa—. Hay mucha gente aquí. —Ella se encogió de hombros.

—Siempre hay mucha gente. —Me miró pensativamente—. ¿A qué se dedica, señor Wallace?

—Soy investigador.

Su sonrisa disminuyó levemente.

—¡Qué interesante! ¿Investigador? ¿Qué investiga usted?

—Oh, esto y aquello: trabajo confidencial.

El camarero trajo mi bebida y firmé por ella. Por el lento cambio de expresión en la cara de la mujer observé que comenzaba a lamentar haberme invitado a sentarme. Miró a su alrededor, como si esperara ver a alguien conocido para levantarse e irse, pero no tuvo suerte.

—Trabajo para la Agencia de Detectives Parnell —proseguí, observándola.

Era buena, pero no demasiado. Se sorprendió, aunque su mano siguió firme al levantar el vaso, del que bebió un sorbo, y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿Es decir que usted es uno de esos horribles insectos que se meten en la vida de los demás? ¿Un sabueso? —Su voz sonaba dura y dejaba ver lo que era en realidad: una copera que se había enriquecido.

—Es una buena descripción, como cualquier otra. —Acudí a mi sonrisa cándida.

—¿Quiere usted decir que el comité del club permitiría que alguien como usted se hiciera socio?

—Así parece. Sabe, señora Stobart, es sorprendente que el comité deje entrar a cierta gente. Parece que hasta entran excoperas. —Otra vez mi sonrisa cándida.

Eso le llegó. Apartó la mirada.

—¡Váyase! —musitó, con voz ahogada—. ¡No me interesan en absoluto las personas como usted!

—En una oportunidad mi madre me aconsejó que no me metiera con coperas, señora Stobart —dije—, pero los negocios son los negocios y los dos estamos comprometidos en éste, ¿no es cierto?

—Si no se marcha inmediatamente, lo denunciaré a la comisión —ladró ella con expresión peligrosa.

—Vamos, Stella —traté de calmarla—. Yo podría denunciarla a usted. Hagámonos amigos. No estoy interesado en usted. Estoy buscando a su hijo, Johnny Jackson.

Ella mantuvo su mirada en los puños cerrados durante unos momentos, y luego los fue abriendo de a poco. Aspiró aire profundamente, con esfuerzo, y se obligó a sí misma a relajarse.

—A propósito —agregué, tratando de prolongar el desequilibrio—, Bernie Isaacs le envía sus saludos. Ella rió forzosamente.

—¿De manera que realmente ha estado averiguando?

—Es parte de mi trabajo. —Bebí un sorbo de mi bebida y luego proseguí:

—¿Dónde puedo encontrar a su hijo, señora Stobart?

—¿Para qué quiere encontrado?

Bien, era un paso adelante. Al menos no negaba que tenía un hijo.

—Se lo diré brevemente: su abuelo, Frederick Jackson, nos contrató para encontrarlo. Ahora que Fred está muerto... su hijo... hereda la granja de ranas de su abuelo y su dinero. Para hacer la sucesión, debemos encontrar a su hijo.

—La granja de ranas no vale nada. El viejo Jackson no tenía dinero, ¿para qué complicar las cosas, entonces?

—Está mal informada, señora Stobart. La granja de ranas vale por lo menos veinte mil dólares. El viejo Jackson ganó unos doscientos dólares por semana durante los últimos cuarenta años. Dudo de que haya gastado más de cincuenta por semana, a lo sumo, por el modo en que vivía, entonces, haciendo un cálculo aproximativo, habría ahorrado unos trescientos mil dólares. Johnny Jackson podría heredar cerca de un cuarto de millón, una vez deducidos los impuestos.

—¡Usted está loco! ¡Ese viejo horrible nunca tuvo ese dinero! ¿Y si lo hubiera tenido? ¿Dónde está? ¿En un Banco? ¿En acciones? ¡No lo creo!

—Lo tenía en un agujero debajo de la cama. Alguien lo encontró y se lo llevó, pero eso no significa que su hijo no tenga derecho a él.

Ella meditó un momento, contemplando el mar iluminado por la luna.

—¿Alguien se lo llevó? —repitió, después de una larga pausa—. ¡Olvídelo! ¡Puedo decirle quién se lo llevó! ¡Johnny! Era la única persona que podía saber que el viejo Jackson guardaba su dinero en un agujero. Cuando el viejo Jackson se pegó un tiro, Johnny se habrá llevado el dinero. Era de él, ¿verdad? El viejo Jackson se lo dejó, ¿verdad?

—Es un poco más complicado de lo que parece. El viejo Jackson no se pegó un tiro. Fue asesinado, y creo que el asesino se llevó el dinero.

Ella reaccionó como si le hubiera dado una bofetada. Se echó hacia atrás y se quedó sin aliento.

—¿Asesinado? ¡Está usted loco! ¿Qué dice? ¡El veredicto fue suicidio!

—El único modo en que Johnny Jackson pudo haber recibido ese dinero es que haya asesinado a su abuelo —reflexioné tranquilamente.

—¡Pero si el viejo se pegó un tiro!

—Olvídelo. ¿Dónde puedo encontrar a Johnny Jackson?

—No lo sé. ¡Estoy harta de todo esto! ¡Fuera de aquí! —Su voz se había vuelto estridente. Por suerte ya la terraza estaba desierta, pero vi que el camarero nos miraba con atención.

—Señora Stobart, por favor cálmese. —Le hablé con dureza—. Quiero encontrar a Johnny. Usted dice que no sabe dónde está. ¿Puede darme alguna pista? ¿Es verdad que es homosexual y que anda con un negro?

Ella vaciló, apartó la mirada, con el rostro rígido.

—Sí, es homosexual —replicó finalmente—. Una vez vino a verme con ese negro y trató de sacarme dinero. Desde entonces no lo he visto. Probablemente ha muerto. No lo sé. ¡Ni me importa! Es parte de mi pasado miserable.

—¿Por qué podría estar muerto?

—¡No lo sé! ¡Estoy harta de él! ¡Sólo deseo que esté muerto!

—¿No puede sugerirme algún sitio en donde encontrarlo?

—¡Oh, Dios mío! —Apretó los puños—. ¿No puede usted olvidar a ese maldito mariconcito? ¿A quién le importa?

—Eso no es respuesta a mi pregunta, señora Stobart. ¿Es posible que esté viviendo cerca de aquí?

Ella hizo un esfuerzo y se contuvo.

—No tengo idea. Lo único que quiero es que no vuelva a molestarme. —Me miró con furia—. ¿Comprende? ¡Mi vida ha sido un infierno! Ahora he encontrado un marido rico. Mi vida ha cambiado. ¡Ahora soy respetable! —Se inclinó hacia adelante, con sus grandes ojos brillando peligrosamente—. ¡Lo logré! ¿Comprende usted lo que eso significa para mí? ¡Lo logré, pero ese maldito maricón todavía me persigue!

—Está bien, cálmese. ¿Su padre era Mitch Jackson?

—¿Nunca se cansa de fisgonear? Bien, si quiere saberlo, Mitch Jackson era su padre. Ahora, ¿está satisfecho?

—¿Usted se casó con Jackson?

—Ese bastardo no era de los que se casan. Permítame que le diga, basura, que Mitch, como su maldito padre, sólo deseaba un hijo varón. Se lo di: ¡un varón! Pensé que Mitch se casaría conmigo cuando le dijera que había tenido un hijo varón, pero no lo hizo. ¡Se hizo matar y ganó una medalla! ¿No es cómico?

—Johnny huyó de usted cuando tenía alrededor de ocho años. ¿Por qué lo hizo?

—¿Quiere saberlo? ¡Averígüelo entonces! Usted me llamó copera. Use su estúpido cerebro para algo. —Se puso de pie—. Si vuelve a entrometerse usted en mi vida, señor detective privado, lo lamentaré. —Se inclinó hacia adelante, mirándome con furia—. Le he dicho lo que sé. Si tiene que seguir buscando a ese maldito maricón, adelante, pero no me moleste a mí. ¿Comprendido?

—Gracias por su colaboración, señora Stobart. —Me puse de pie—. Espero no haberle estropeado la noche.

—Una inmundicia como usted no podría estropearme la noche —ladró ella, y se alejó.

La vi subir los escalones de la terraza del restaurante, y luego saludar a alguien que había visto.

Encendí un cigarrillo, luego fui hasta la galería y contemplé la playa y el mar brillante. Miré a los jóvenes que se divertían y escuché gritos distantes: Paradise City en acción.

Pensé en lo que la mujer me había dicho.

El escurridizo Johnny Jackson todavía no estaba al alcance de mis manos.

De vuelta en mi departamento, al encender la televisión apareció en la pantalla una muchacha rubia. Sacudía el trasero, daba arañazos en el aire y gritaba: «¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo!». La banda de cuatro muchachos de color hacía lo que podía por ahogar sus chillidos, pero no lo lograba. Cambié a otros canales, pero recibí más o menos el mismo tratamiento de manera que finalmente apagué el aparato. Me preguntaba cómo le estaría yendo a Terry O'Brien.

El agudo sonido de la campanilla del teléfono me despertó. Miré mi reloj y vi que eran poco más de las 03:00. Levanté el receptor del teléfono.

—Espero no haberte despertado —jadeó O'Brien.

—¿A mí? Estoy aquí sentado, esperando. ¿Tienes algo?

—Dime, Dirk, ¿me estás haciendo una broma?

—¿Con respecto a qué?

—A Johnny Jackson.

—¿De qué hablas?

—He visitado diez clubes de tercera categoría y he hablado con Flossie. Nadie... te repito... nadie... ha oído hablar de Johnny Jackson. Y, permíteme que te diga, Flossie los conoce a todos. Tiene una agenda. Sabe quién es quién y cuál es la especialidad de cada uno. No hay ningún Johnny Jackson.

—¿No hay ningún muchacho rubio, bonito, con collares y pulseras, que anda con un negro?

—Ya oíste lo que te dije. Johnny Jackson no existe. Si no me crees, habla con Flossie. ¿Puedo irme a la cama ahora?

—Sí, y gracias, Terry. Tal vez el chico no frecuentaba los clubes.

—¿Cuántas veces más quieres que te lo diga? —La voz de O'Brien chilló con exasperación—. Flossie dice que Johnny Jackson no existe. Y todos los malditos maricones, en cuanto les dije que ese tipo Jackson había heredado dinero, se ofrecieron a ayudar, pero nadie había oído hablar nunca de él. ¿Estás satisfecho?

—No tengo más remedio, ¿verdad? —concluí y corté la comunicación.

8

CUANDO entré en mi oficina a la mañana siguiente encontré dos notas sobre mi escritorio.

La primera decía «El señor Anderson, delegado del *sheriff*, Searle, pide que usted lo llame. Es urgente».

La segunda decía: «El señor Benbolt de Howard y Benbolt, Miami, pide que usted lo llame».

Yo había pasado una mala noche sin poder pegar un ojo hasta muy tarde. Después de tomar rápidamente el desayuno y sintiéndome muy deprimido, había ido a la oficina. Estaba deprimido por el informe de Terry O'Brien. Me hallaba frente a un problema enigmático. Johnny Jackson tenía que existir. Pensando en esto fui a la oficina, y me pregunté si Bibi Mansel y Phyllis Stobart no me habrían mentido. ¿Para qué habrían de mentirme? Las dos me habían contado la misma historia: Johnny Jackson era un homosexual y andaba con un negro. Sin embargo Flossie Atkins había dicho que no conocía a esa pareja y por la experiencia pasada, yo sabía que Flossie era muy confiable. ¿Qué razón podían tener Bibi Mansel y Phyllis Stobart para mentirme? La evidencia era clara. Johnny era un homosexual manifiesto, por lo que yo sabía. Todos mis informantes en Searle habían coincidido en que era «blando» y que no andaba con muchachas. Si eso no sugería que era homosexual, ¿qué significaba?

Chick Barley estaba de recorrida, de manera que me hallaba solo en la oficina. Llamé a Bill Anderson.

—Dirk, tengo algo para ti —me informó en cuanto me atendió. Sonaba eficiente y entusiasmado—. ¿De qué se trata?

—He encontrado la Beretta con que mataron al viejo Jackson.

—¿Cómo fue?

—Bien, como de costumbre, yo no tenía nada que hacer y me preguntaba qué habría sucedido con el arma. Por lo que decidí ir a todas las comisarías de

la costa. Tuve suerte en Jacksonville. Me dijeron que habían dado una licencia para esa arma seis años antes.

—¿A quién?

—Es sorprendente. A Harry Weatherspoon.

—Buen trabajo, Bill.

—Me dijeron que Weatherspoon, hace dos años, había denunciado que le habían robado el arma y que debían cancelarle el permiso.

—¿Cómo fue robada?

—Según Weatherspoon, hubo un asalto en la fábrica, le robaron algún dinero y el arma. Parece que los policías de Jacksonville y el *sheriff* Mason se estaban ocupando del asalto, pero quería cancelar el permiso.

—¿Hubo un asalto, Bill?

—No. Yo me habría enterado. No hubo ningún asalto.

—¿Cómo es que Weatherspoon registró el arma con los policías de Jacksonville?

—Eso pregunté. Me dijeron que había alquilado un departamento allí mientras buscaba una casa. Dijo que quería el arma como protección. Explicó a los policías que era exagente de narcóticos y que tenía muchos enemigos. Ellos lo aceptaron.

—¡Has hecho un gran trabajo, Bill! Esto te pondrá en muy buenos términos con el coronel.

—¡Magnífico! ¿Crees que Weatherspoon asesinó al viejo Jackson?

—Eso creo.

—Pero ¿para qué?

—Estoy averiguándolo. ¿Cuándo comenzará la investigación judicial?

—Hoy. El funeral se hará pasado mañana.

—¿El doctor Steed insiste en la muerte por accidente?

—Por supuesto. —Hizo una pausa—. ¿No es así?

Ignoré su pregunta.

—El arma, Bill. ¿El doctor Steed todavía la tiene en su poder?

—No lo sé.

—¿Buscaron huellas digitales en ella?

—Yo quería hacerla, pero el doctor Steed dijo que no era necesario.

—¿Al menos sabes si ésa fue el arma con que mataron al viejo Jackson?

—No hubo control balística, si te refieres a eso.

—¡Dios mío! ¡Qué trabajo de hoja de parra! Bien, Bill, te veré luego — dije, y colgué.

Luego llamé a las oficinas de Howard & Benbolt.

Me atendió la gorda que se puso dura en cuanto oyó mi nombre.

—El señor Benbolt ha salido. —Pude captar una nota de revancha en su voz.

—Me pidió que lo llamara —expliqué pacientemente, recordándome que debía ser amable con los ancianos.

—Tengo una nota aquí. Dice que quiere verlo esta tarde a las 15:00.

—Allí estaré —le avisé, y colgué.

Saqué las copias de mi informe para el coronel, que había entregado a Glenda, y las leí. Luego agregué mi conversación telefónica con Anderson. Me quedé pensando un rato. Más piezas del rompecabezas ocupaban su lugar. Al parecer Weatherspoon había decidido salirse del asunto de las drogas y, sabiendo que el viejo Jackson tenía dinero escondido, había ido a la cabaña y asesinado al viejo Jackson, pero luego alguien se había apoderado del dinero. Pensé un poco más. Había entrevistado a todas las personas relacionadas directa o indirectamente con Johnny Jackson excepto a una: Herbert Stobart. Tal vez él nunca había oído hablar de Johnny Jackson. Pero yo necesitaba constatar el hecho. No tenía nada qué hacer hasta la hora de mi cita con Benbolt, de manera que fui a la oficina de Glenda y le entregué el informe del llamado telefónico de Anderson pidiéndole que lo guardara junto con el resto del material.

—¿Estás escribiendo una novela? —preguntó ella sarcásticamente.

—No es mala idea —exclamé, y le sonreí—. No lo había pensado, pero lo tendré muy en cuenta en el futuro —y la dejé.

Fui al Country Club, estacioné el auto y subí los escalones de la recepción. Eran las 11:10. Los ociosos ricos ya estaban asoleándose en la terraza. Dos mujeres charlaban juntas, los hombres bebían sus primeros copetines del día y hablaban de autos, de deportes, del Dow Jones y de su dinero.

Encontré a Sammy Johnson, el portero, ordenando la correspondencia. Me sonrió amablemente. El coronel Parnell también le enviaba regalos en Navidad y en Acción de Gracias. Era un hombre de oído fino, y valía la pena tenerlo contento.

—Hola, Sammy. Estás más joven cada día. ¿El señor Stobart anda por aquí?

—Está jugando al golf, señor Wallace. —Johnson clasificó unas cartas más, y luego dijo:

—Creo que debe andar por el diecisiete ya.

—No lo conozco personalmente —alegué—. ¿Cómo haré para reconocerlo?

—Siempre sube a la terraza después del partido. Es de baja estatura y lleva una gorra a rayas rojas y blancas. Es imposible confundirlo con otro.

—Gracias, Sammy.

—Si desea hablar de negocios con él, señor Wallace, éste no es el momento. Está hablando de negocios con el caballero que juega con él, y el señor Stobart no es fácil.

—Gracias otra vez, Sammy.

Bajé a la terraza, encontré una mesa alejada, moví la silla y quedé a medias oculto por unas palmeras enanas. Me dispuse a esperar. Veinte minutos más tarde vi llegar a un hombre con una gorra de béisbol blanca y roja, remera blanca y pantalones azules que subía la escalera hablando con un hombre bajo y fornido a quien inmediatamente reconocí como Edmundo Ruiz. Moví rápidamente mi silla para ocultarme aun más. Vinieron en mi dirección y se sentaron a tres mesas de distancia de la mía.

Stobart se sentó de espaldas a mí. Ruiz a su lado. Ninguno de ellos miraba en mi dirección.

Stobart llamó a un camarero y pidió cerveza.

Luego se inclinó hacia adelante y comenzó a hablar con Ruiz.

Observé que Ruiz hacía gestos afirmativos como si estuviera recibiendo instrucciones. Me sentía frustrado por no poder ver el rostro de Stobart, pero esperé pacientemente.

El camarero trajo cervezas, Stobart firmó y dejó una propina y el camarero se fue.

Luego vi que Stobart sacaba algo del bolsillo de su pantalón y además una lapicera. Me puse de pie, espí por sobre las hojas de la palmera y vi que estaba escribiendo un cheque. Lo agitó en el aire, luego se lo dio a Ruiz que lo guardó en su billetera.

Levantando la voz, Stobart exclamó:

—Muy bien, Ed. Ve a buscar el efectivo y arregla el negocio.

—Sí, señor Stobart —replicó Ruiz y bebió de un trago su cerveza—. Se puso de pie. —Lo llamaré en cuanto tenga novedades.

—No estropees esto, Ed. —La dureza en la voz de Stobart hizo retroceder a Ruiz.

—Déjelo por mi cuenta, señor Stobart —arguyó, y cruzó rápidamente la terraza, subió la escalinata y desapareció de la vista.

Me senté y esperé.

Stobart permaneció bastante tiempo con su cerveza. Estaba inmóvil, tamborileando con sus cortos dedos sobre la mesa; me pareció que su cerebro debía de estar activo. Luego, bruscamente, se puso de pie y fue rápidamente hacia la escalinata.

Lo seguí, manteniéndome a distancia. Sólo veía su espalda.

En la recepción, fue al kiosco y compró un Paradise City Herald. Yo me ubiqué cerca de las puertas giratorias que llevaban a las terrazas del frente.

Abajo, vi el Rolls crema y marrón. Un negro corpulento con uniforme y gorra marrón esperaba. Lo reconocí: era el negro que me amenazó cuando fui a ver a Hank Smith: el gorila. Sobresaltado, retrocedí y choqué con Stobart que se encaminaba a la salida.

—¿Está borracho? —gruñó, mirándome con furia. Nos miramos y sentí una conmoción.

Miré el rostro de ese hombre que se enfrentaba conmigo: ojos hundidos, una boca casi sin labios, nariz corta y una delgada cicatriz blanca desde el ojo derecho hasta el mentón.

Pasó rápidamente junto a mí y bajó los escalones.

El gorila mantuvo la puerta del auto abierta hasta que Stobart subió. El Rolls arrancó y se alejó.

Miré cómo el auto se perdía de vista. Supe con seguridad que ese hombre que se hacía llamar Herbert Stobart era el amigo ladrón de Mitch Jackson. El hombre que siempre había quedado a un lado en el pasado, mientras Mitch Jackson libraba sus batallas: el hombre que, según los ciudadanos de Searle, era el cerebro mientras Mitch Jackson proporcionaba la fuerza bruta. ¡Ese hombre era Syd Watkins!

Encontré a Edward Benbolt sentado ante su escritorio, con el rostro enrojecido y, como de costumbre, con aspecto de haber comido demasiado.

Nos dimos la mano y me indicó una silla.

—Acabo de volver de Searle —comentó—. En vista de esta oferta para la fábrica de productos de ranas, pensé que era hora de hablar con la señorita Peggy Wyatt. —Me miró con una sonrisa pícar—. Linda niñita... una niñita con suerte.

—¿Qué oferta? —pregunté.

—Ah, señor Wallace, han sucedido cosas. No habrá problemas con respecto al testamento del señor Weatherspoon. Pronto quedará autenticado. El señor Seigler de Seigler & Seigler vino a verme con una buena oferta para

la fábrica. Fue una oferta que tuve que considerar en interés de la señorita Wyatt. De manera que, esta mañana, cuando la vi, le presenté la propuesta y ella estuvo de acuerdo en vender.

—¿Cuál es la oferta?

Se masajeó el doble mentón.

—Una buena oferta.

—Mire, no se ponga profesional conmigo —mascullé con mi tono policial—. Ya le dije que el comprador era un traficante de drogas. ¿Cuál es la oferta?

—Eso fue lo que dijo usted —corrigió Benbolt, endureciendo sus ojitos—, pero sólo se trata de su palabra.

—Los chicos de Narcóticos aparecerán enseguida. ¿Cuál es la oferta?

—Si es necesario, señor Wallace, trataré directamente con ellos y no con usted.

—¿Quién es el comprador?

Se apoyó en el respaldo de su sillón, con expresión hostil en su rostro gordo y florido.

—Su misión, señor Wallace, es encontrar a Johnny Jackson. ¿Lo dejamos allí, mejor?

Lo miré fijamente.

—¿Quiere decir que ya no piensa colaborar?

—No tengo razones para colaborar con un agente privado. —Se puso más hostil—. Ahora pienso que sus insinuaciones de que la fábrica de productos de ranas maneja drogas son en exceso audaces si no absurdas. He inspeccionado la fábrica y no hay absolutamente ninguna prueba que no sea lo que dice ser: un excelente negocio, que proporciona ancas de rana a los hoteles de lujo. Si se demora la venta, muchos hoteles se verán privados del producto y seguramente lo buscarán en otra parte. Además muchos trabajadores especializados se quedarían sin trabajo. Y todo porque usted alega, sin ninguna prueba, que esa fábrica está relacionada con las drogas. —Miró su reloj—. Por favor no vuelva a molestarme. Y no quiero tener que perder más tiempo con usted.

Me puse de pie.

—¿Cuánto le pagaron, Benbolt?

Su rostro obeso se convirtió en una fea máscara de furia controlada.

—¡Salga de mi oficina!

—¡Dios mío! Lo que ustedes pueden llegar a hacer por dinero —exclamé—. Lo veré en la corte —agregué, y me marché.

Mientras bajaba en el ascensor, decidí que tenía que ponerme en contacto rápidamente con Peggy Wyatt. Había una hilera de cabinas telefónicas en la recepción. Busqué el número telefónico del Hotel «La rana saltarina» y llamé. Atendió el viejo Abraham.

—¿La señorita Peggy está allí, Abraham? —pregunté—. Habla el señor Wallace.

—No, señor Wallace, no está aquí.

—¿Dónde está?

—Supongo que en la fábrica de productos de rana. ¿Se enteró de la buena noticia? Ahora la señorita Peggy es la dueña de la fábrica.

—Sí, ya me enteré. Gracias —y colgué.

Busqué el número de Morgan & Weatherspoon, lo marqué, pero el teléfono estaba descompuesto. De pronto me sentí inquieto, y colgué.

Me llevaría unas dos horas llegar a Searle desde donde estaba. En dos horas podía suceder cualquier cosa. Tal vez yo me estaba afanando por nada. Si Benbolt le había dicho a Peggy que había heredado la fábrica era normal que ella fuera a visitarla, pero de todas maneras yo seguía inquieto y cuando tenía esa sensación actuaba en consecuencia. Llamé a la oficina del *sheriff* en Searle.

Atendió Bill Anderson.

—Bill, quiero que hagas algo —pedí—. Quiero que vayas de inmediato a la fábrica de productos de ranas. Quiero asegurarme de que Peggy está allí, y de que no hay ningún problema.

—¿Ningún problema? —Parecía desconcertado—. ¿Qué quieres decir? ¿No has oído las noticias? Ella es la heredera de Weatherspoon...

—Todo eso ya lo sé. Sólo quiero que vayas a la fábrica y veas qué está haciendo. Estoy hablando desde una cabina telefónica. Te doy el número. —Se lo leí—. ¿De acuerdo?

—Sí, pero ¿qué significa todo esto?

—¡Maldita sea! ¡Quiero que vayas allá de inmediato! ¡Habla con ella! Felicítala, controla si está bien, y luego háblame por teléfono. Espero tu llamado.

—Bien, muy bien. Tendrás que esperar.

—Esperaré —dije—. Apúrate.

Sabía que tendría que esperar por lo menos una hora, pero los agentes entrenados están acostumbrados a esperar. Me senté en la recepción cerca de las cabinas telefónicas, encendí un cigarrillo y pensé en Benbolt.

Estaba seguro de que lo habían engatusado. Estaba seguro de que Seigler, de Seigler & Seigler, estaría metido en la venta de la fábrica de productos de ranas. Yo no tendría que haber confiado en una porquería como Benbolt. Tendría que haber recordado que era el abogado de Weatherspoon. ¿Sabría él lo que sucedía en la fábrica? No me parecía probable, pero era posible. No, decidí, Benbolt era la clase de persona que no podía negarse si le ofrecían dinero y seguramente le habían ofrecido mucho para convencer a Peggy de que vendiera. Se trataba de un negocio de tres millones de dólares por año. No les resultaría ningún sacrificio gastar unos miles más para aceitar a Benbolt.

Esperé.

Finalmente, cuarenta minutos y seis cigarrillos más tarde, oí sonar el teléfono en la cabina.

Levanté el receptor.

—¿Dirk?

—Sí. ¿Qué sucede?

—¿Por qué tanto escándalo? —Anderson parecía irritado—. Fui a la fábrica. Peggy estaba allí. Parecía loca de entusiasmo. Comencé a decirle que me alegraba mucho de la suerte que había tenido, «Ahora no, Bill. En otro momento. Estoy muy ocupada arreglando un negocio». Y me cerró la puerta en la cara.

—¿Eso es todo?

—Sí. Parecía feliz y excitada. ¿Tú creías que algo andaba mal?

—¿Un negocio? ¿Había alguien con ella?

—Sí. Vi por la ventana de la oficina mientras subía los escalones a un tipo pequeño, moreno, que parecía un mejicano.

—¡Mierda! —exclamé, y colgué. Corrí a mi auto.

Cuando estaba llegando a él, vi a un muchacho rubio de unos doce años, que miraba el frente de mi auto. Me miró y sonrió.

—Tiene una goma pinchada, don —sonrió—. Yo lo vi al tipo. Le clavó el cuchillo en la cubierta.

Miré la goma delantera externa. No podía estar más desinflada.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté al chico.

—Muy flaco. Con un gran sombrero negro. Tenía muchos collares y olía a basura. ¡Sombrero!

Saqué la rueda de repuesto y comencé la ingrata tarea de cambiarla. Hacía años que no cambiaba una rueda. Después de unos minutos el chico dijo:

—Usted no sabe hacerlo, don. Yo lo haré.

Lo hizo en diez minutos. A mí me habría llevado no menos de media hora.

—¿Cómo te llamas, hijo? —pregunté, mientras colocaba la rueda con la goma pinchada en el baúl.

—West Bridley.

—Si alguna vez quieres ser detective privado, puedes venir a la agencia de detectives Parnell y te darán un empleo. —Le di un billete de cinco dólares.

—¿Detective privado? ¡Quién quiere ser eso! —Frunció la nariz—. Yo quiero ser banquero.

Subí al coche, lo saludé con la mano y emprendí el viaje a Searle.

Fui por el camino de la costa, manteniéndome en el límite de velocidad hasta llegar a Fort Pierce, y luego entré en la ruta ocho. El camino hasta Fort Pierce había sido frustrante porque el tránsito de la costa era pesado y yo estaba seguro de que Ruiz le había indicado a Sombrero que usara la táctica para demorarme, pero manejando con cuidado e inteligencia me mantuve entre los sesenta y setenta kilómetros por hora, porque no quería demorarme más con la policía de tránsito. Una vez que llegué a la ruta ocho, encontré menos tránsito y me arriesgué a llegar a ochenta.

Pensaba constantemente en Peggy. Recordaba que Stobart le había dado un cheque a Ruiz, indicándole que lo convirtiera en efectivo. Seguramente Ruiz ya había convencido a Peggy de que vendiera la fábrica, encandilándola con una pila de dólares en efectivo.

Cuando estuve a siete kilómetros y medio del lago Placid me di cuenta de que un camión cargado con cajones de naranjas estaba a muy poca distancia de mi paragolpes trasero. Entonces recordé que el camión me seguía desde hacía algún tiempo. En la ruta había docenas de camiones que llevaban verdura y fruta y no pensé nada en especial. Pero tener el camión tan cerca cuando estaba manejando a ochenta kilómetros por hora me puso alerta.

El camino que tenía frente a mí era recto, bordeado de árboles y bosques. El camión me preocupaba porque me seguía muy de cerca y avanzaba a una velocidad excesiva para vehículos comerciales. Decidí apartarme y apreté el acelerador. Mi coche avanzaba ahora a más de cien kilómetros por hora. Una rápida mirada en el espejo retrovisor me mostró que el camión había quedado atrás. Yo había ganado unos cien metros, pero no podía continuar a esta velocidad. Ya aparecían camiones que venían en sentido contrario y vi frente a mí la parte trasera de uno enorme, cargado de verduras, que se acercaba lentamente. Tuve que clavar los frenos y esperar una oportunidad para

pasarlo. Ahora el tránsito se hacía más denso. Por el espejo retrovisor vi al camión con naranjas a poca distancia de mí.

Era un camión deteriorado con patente de Miami. Tenía un parabrisas de color, de manera que yo no podía ver al conductor. Aproveché mi oportunidad para pasar al camión que tenía adelante y apreté el acelerador. Tuve un momento de angustia cuando volví a mi carril. Un auto que viajaba a velocidad mucho mayor acababa de doblar la curva y estuvimos a punto de chocar. Oí el bocinazo de protesta del conductor mientras el auto desaparecía de la vista.

Traté de aflojarme, pero mi inquietud crecía y se hizo muy aguda cuando miré en el espejo retrovisor y vi que el camión cargado de naranjas estaba otra vez muy cerca de mí. Ahora ambos íbamos a más de noventa y cinco kilómetros por hora. Luego, por un instante, vi un brazo negro apoyado en la ventanilla abierta del camión. ¡Un negro!

A mi izquierda había una profunda cuneta, luego árboles, luego el bosque. La cuneta estaba para que corriera el agua cuando llegaban las lluvias tropicales. Miré por el espejo retrovisor. ¡El camión había desaparecido! Transpirando, miré a mi derecha. El maldito camión estaba exactamente a mi lado. Era demasiado alto como para que yo pudiera ver al conductor, pero yo sabía lo que planeaba hacer. Me golpearía de costado y haría caer mi auto en la cuneta.

Instintivamente pensé en apretar el acelerador, pero este no era un camión común. Podía ir a la misma velocidad que yo, de manera que apreté el freno, aferrándome al volante por si mis ruedas traseras patinaban.

Mis frenos resultaron buenos. Con un chirrido de los neumáticos torturados, vi pasar al camión junto a mí como una flecha, y su guardabarros trasero apenas raspó mi guardabarros delantero. Luché para evitar que mi auto cayera en la cuneta, pero logré evitar que las gomas patinaran.

Pero el camión no. El conductor había estado tan concentrado en chocarme, que seguramente apartó sus ojos del camino. Dos ruedas del camión subieron al borde de pasto y el camión comenzó a ladearse. La carga de naranjas se movió, y luego el camión cayó en la cuneta. Se soltaron los cajones, y la fruta se esparció entre los árboles como un río dorado. El ruido del metal destrozado llenó el aire.

Detuve mi coche y bajé. El camión de veinte toneladas apareció en escena y se detuvo. El tránsito que venía en sentido contrario también se detuvo. Los camioneros y los hombres de negocios bajaron de sus vehículos. Me uní a ellos, y caminé hasta el camión volcado. Miramos dentro de la cabina.

Sombrero y Piel de Cabra habían introducido sus cabezotas a través del parabrisas destrozado. Aparte de la sangre y los rostros deshechos, lo único que quedaba de ellos era su olor a basura.

Las manecillas del reloj en el tablero de mi auto indicaban las 18:30 cuando bajé frente al hotel «La rana saltarina». Había tenido que quedarme hasta que llegara la policía estatal para atestiguar que había visto cómo perdía el control al camión que luego cayera en la cuneta. Estaban más interesados en reanudar el tránsito y resolver el desorden.

—Estos negros manejan demasiado rápido —gruñó el policía a cargo del asunto, con disgusto—. Estos dos tenían una razón. El camión era robado.

Lo suponía. Le dije que tenía prisa. Me respondió que tal vez me llamaran como testigo, pero lo dudaba.

Al aproximarme a Searle pensaba en lo que había ocurrido. Sin duda había sido un atentado contra mi vida. De ahora en adelante, me dije, tendría que estar en guardia. Me pregunté si Benbolt le habría dicho a Ruiz que yo estaba enterado de lo del tráfico de drogas. Era posible, todo dependía de lo que hubieran pagado por manejar el negocio de la fábrica de productos de ranas.

Pensé con satisfacción en mi informe y en la lata de ancas de rana que esperaban el regreso del coronel. Independientemente de lo que me sucediera a mí, el grupo de traficantes de drogas iba a ser desbaratado, pero yo cuidaría de que no me sucediera nada.

Encontré a viejo Abraham ante el escritorio de la recepción. Me recibió con una amplia y alegre sonrisa.

—¿Dónde está la señorita Peggy? —pregunté.

—En la oficina, señor Wallace. Está con el señor Willis Pollack, el abogado. ¿Sabe la gran noticia? La señorita Peggy es rica.

—¿Dónde está su padre?

Su sonrisa desapareció.

—Está en la cama. Pobre señor. Creo que no le queda mucho de vida.

Di la vuelta al escritorio, llamé a la puerta de la oficina y entré.

Pollack, más parecido que nunca a Búfalo Bill, estaba sentado en un sillón. Peggy estaba detrás del escritorio. Estaban compartiendo una botella de *champagne*.

—¡Hola, Dirk! —exclamó Peggy con una amplia sonrisa de bienvenida—. ¿Dónde ha estado? —Sacó un vaso—. Estamos festejando. ¡Beba usted

también!

Entré y cerré la puerta.

—Para mí no, gracias —repliqué—. ¿Qué están festejando?

—¡He vendido la fábrica de productos de ranas! ¡Harry me dejó todo!
¡Soy rica!

Acerqué una silla, y me senté a horcajadas.

—Un trabajo rápido. Weatherspoon todavía no ha sido enterrado.

—Cuéntele, señor Pollack. Quiero que lo sepa —pidió Peggy sirviendo *champagne* en un vaso y empujándolo hacia mí—. Vamos, Dirk, usted pertenece a este festejo tanto como yo.

De manera que tomé el vaso y brindé por ella, bebí un poco y lo dejé.

—Bien, señor Wallace, éste es un buen negocio —comenzó Pollack—. Peggy estuvo muy bien en consultarme.

—En cuanto a ese abogado de Miami, el señor Benbolt, sólo me informó del testamento de Harry y de que tenía un comprador para la fábrica siempre y cuando yo deseara venderla —interrumpió Peggy—. Por eso corrí a buscar al señor Pollack, para que estuviera conmigo cuando llegó ese hombre, el señor Ruiz.

Pollack me brindó su arcaica sonrisa.

—Francamente, señor Wallace, el hombre no me gustó, pero parecía entender de negocios. Dijo que quería comprar la fábrica, que cualquier demora sólo ocasionaría la pérdida del personal y de los clientes. Me pareció razonable. Ofrecía doscientos cincuenta mil dólares por la fábrica. Me pareció un buen precio. Señalé que el testamento del señor Weatherspoon todavía no había sido legalizado. Me dijo que sus abogados sabían que la fábrica pertenecía a Peggy y que no habría ningún problema con la legalización. Entonces señalé que la transferencia legal no era posible hasta que se legalizara el testamento, y que deberíamos esperar. Él alegó que si tenía que esperar hasta que se legalizara el testamento la fábrica perdería valor, y yo tuve que reconocer que tenía razón. Propuso pagar cincuenta mil dólares en efectivo. Cuando se legalizara el testamento, pagaría los otros doscientos mil dólares. Si Peggy aceptaba el depósito, él dejaría un hombre para que comenzara a dirigir la fábrica a partir de mañana, cosa de mantener al personal trabajando, y seguir aprovisionando a los restaurantes. Era una oferta aceptable, de manera que aconsejé a Peggy que firmara y, desde mañana, el señor Ruiz será el nuevo propietario de la fábrica. A menos que el testamento de señor Weatherspoon se desautorice, cosa que me parece improbable. —Se acarició la barbita y sonrió—. Sin embargo, después de otras discusiones,

persuadí al señor Ruiz de que los cincuenta mil dólares no se devolverían si fallaba el arreglo final. Hubo una pequeña discusión al respecto. —Sonrió nuevamente—. Cuando alguien parece demasiado ansioso por realizar un negocio, la otra parte, si tiene experiencia, sabe cuando dar vuelta la llave. — Se inclinó hacia adelante y palmeó la mano de Peggy—. De manera que, suceda lo que suceda, esta niñita ya tiene cincuenta mil dólares en el Banco.

Estuve tentado de decirles que el negocio no se realizaría. Estuve tentado de decirles que pocos días después la gente de la División Narcóticos invadiría la fábrica y que Ruiz y Stobart irían a la cárcel, pero ¿para qué estropearles ese momento de felicidad?

Levanté mi copa, brindé por Peggy y bebimos.

—Maravilloso.

—¿No es cierto? Ahora tengo lo suficiente para ayudar a papá —comentó ella con los ojos brillantes—. Siempre he deseado ayudarlo. Irá a una clínica en Miami. Seguro que allí podrán ayudarlo.

Miré a Pollack, que sacudía tristemente la cabeza.

—Le he advertido a Peggy —exclamó—, que no hay esperanzas para el pobre Bob.

—¡Eso no me importa! ¡Irá a la clínica! —gritó Peggy—. ¿Para qué sirve el dinero si no es para ayudar a los seres queridos?

—¿Y el hotel? —pregunté—. ¿Se venderá?

Sacudió la cabeza.

—Ahora no. He cambiado de idea. Papá quiere que el hotel siga funcionando. Con el dinero que obtenga de la fábrica y del almacén, pienso modernizar el hotel. El señor Pollack opina que tengo razón.

—¿Qué sucedió con la investigación sobre la muerte de Weatherspoon? —pregunté a Pollack.

—Oh, terminó rápidamente: decretaron muerte por accidente.

Me encogí de hombros. Seguramente el doctor Steed mantenía su lealtad hacia su borracho amigo.

—Bien, Peggy, felicitaciones nuevamente. Te deseo mucha suerte —salí de allí y me dirigí a mi habitación, me tendí en la cama, todavía un poco sacudido por el atentado contra mi vida, y me puse a pensar.

Estaba a punto de desbaratar a un grupo de traficantes de drogas, pero no era ésa la misión que me habían encomendado, sino la de encontrar a Johnny Jackson. Entonces, siguiendo el consejo de mi padre: «cuando te encuentres atascado, hijo, vuelve al cuadrado A, y, si usas tu cerebro, tal vez encuentres

una clave importante que has pasado por alto», volví al cuadrado A y me puse a pensar seriamente.

Dejé de lado a los traficantes de drogas, a Ruiz, Stobart y a Stella. Eran meras distracciones. Me concentré en Wally Watkins, el bondadoso anciano que cultivaba rosas. Recordé claramente que en el momento de preguntarle si había visto a Johnny Jackson recientemente él había vacilado como sólo vacila un hombre honesto cuando está por decir una mentira.

Me levanté bruscamente de la cama. Eran las 19:20. Tenía hambre, de manera que bajé al restaurante, hice una inclinación de cabeza para saludar a los viajeros que estaban cenando y encargué el plato especial del día: un bife de costilla.

Después de cenar, salí del hotel, subí a mi coche y me dirigí a la casa de Wally Watkins.

El sol ya se había puesto y las sombras se alargaban. Salí de la ruta, estacioné el auto unos doscientos metros antes de llegar a la casa de Watkins y recorrí el resto del camino a pie. Al doblar la curva vi la casita. Había luces en el *living*. Las cortinas estaban corridas. Sentí el perfume de las rosas.

Moviéndome silenciosamente, bordeé la casa y llegué al fondo. Los dormitorios estaban a oscuras. Tenía conmigo una poderosa linterna. Me detuve a escuchar. Sólo oí el ruido de los camiones pasando por la ruta.

Encontré una puerta pequeña que me condujo al jardín del fondo. Caminé entre las rosas de tallos largos, del tipo de los que habían sido colocados en la tumba de Frederick Jackson, y llegué a la casa. Oí una voz que llegaba desde el televisor. Estaba frente a las ventanas del dormitorio. Una de ellas estaba totalmente abierta. Iluminé con el haz de luz de mi linterna la habitación que pertenecía a Wally Watkins: una habitación totalmente masculina, con una cama, una cámara y un placard sin adornos. Fui hasta la ventana siguiente e iluminé la habitación a través del vidrio.

Esta era una habitación más pequeña, con una cama de una plaza, una habitación femenina. Había un pequeño tocador y sobre él un frasco de perfume y otras cosas que usan las mujeres. Lo que me llamó la atención fue una peluca de largos cabellos rubios en un soporte, con las trenzas muy bien hechas, que caían casi hasta el suelo.

Traté de abrir la ventana pero estaba cerrada con traba, de manera que regresé hasta la ventana abierta, trepé silenciosamente y entré en el dormitorio de Wally Watkins, abrí la puerta con cuidado y pasé a un corredor oscuro.

Watkins estaba mirando el noticioso. Oí al locutor que hablaba de un terremoto. Fui hasta la segunda puerta, la abrí y entré en el dormitorio

femenino, cerré la puerta, miré alrededor haciendo girar el haz de luz de mi linterna. Parecía la habitación de una muchacha joven. Había muñecas en los estantes en la pared más alejada. Había un poster de un grupo pop clavado en la otra pared. Y un osito de felpa marrón en una silla. Hice girar nuevamente la luz de mi linterna y me quedé inmóvil al ver un cuadro con marco de madera sobre la cabecera de la cama.

Me acerqué. El marco contenía una medalla. Me acerqué un poco más y vi la Medalla de Honor: la de Mitch Jackson... Pero ¿de quién era esa cama? ¿De Johnny Jackson? ¿Era tan homosexual que tenía una peluca de mujer, un osito de paño, una muñeca? Era posible, pero yo tenía mis dudas.

Me aparté de la cama, fui hasta el placard y lo abrí. Había algunos vestidos colgados: todos parecían pertenecer a una muchacha: eran vestidos baratos de los que pueden comprarse en cualquier tienda. Había también una chaqueta de cuero y un par de Levis. En un estante, encontré dos corpiños y tres bombachas blancas. Nuevamente miré la Medalla de Honor, luego volví a la habitación de Wally Watkins, salí por la ventana y llegué al frente de la casa. Abrí el portón y me encaminé a la puerta principal. Toqué el timbre. Oí apagarse el televisor, y luego, silencio. Esperé unos momentos, luego volví a tocar el timbre. Hubo otra larga pausa, y luego se abrió la puerta del frente y Wally Watkins me miró.

—Hola, señor Watkins —saludé—. Soy Dirk Wallace.

—Sí —replicó él, sin moverse de la puerta—. Me temo, señor Wallace, que ha llegado en mal momento. ¿Tal vez mañana?

—Lo lamento, pero no puedo esperar hasta mañana. Tengo que hablarle de su hijo.

Lo vi endurecerse. A sus espaldas había luz, pero su rostro estaba en sombras.

—Señor Wallace —comenzó, con vacilación—, creo que ya le expliqué que mi hijo ha dejado de interesarme. Si tiene usted algo que decirme, podrá esperar hasta mañana. Ahora debe disculparme —y comenzó a cerrar la puerta.

Avancé hacia él.

—Nuevamente le digo que lo lamento, señor Watkins, pero éste es un asunto grave. Tal vez usted esté involucrado, será mejor que hablemos.

—¿Un asunto grave? —Me dejó pasar y entré en el corredor y cerró la puerta.

—Realmente lo lamento, señor, pero tenemos que hablar.

Vaciló, luego se encogió de hombros como si se sintiera vencido. Abrió la puerta del *living*.

—Entonces, será mejor que entre, señor Wallace.

Lo seguí a su cómodo y ordenado *living*: la mesa para la cena estaba preparada para dos personas.

—Espero que esta conversación no lleve mucho tiempo, señor Wallace — comentó—. Estaba a punto de cenar. —Vaciló, y luego su cortesía lo obligó a preguntar—: ¿Puedo ofrecerle una bebida?

—No, gracias. —Me senté en un sillón—. Lamento decirle que su hijo tiene serios problemas. En pocos días será arrestado. Ha montado una pequeña organización de traficantes de drogas aquí en Searle. —Observé con atención al viejo y lo vi estremecerse.

—¿Mi hijo? ¿Aquí? ¿En Searle? —Se dejó caer pesadamente en un sillón—. No comprendo. ¿Syd está aquí?

—No en Searle. Ha vivido en Paradise City bajo el nombre de Herbert Stobart. Tiene una casa que vale medio millón de dólares por lo menos y un Rolls Royce. Él y Harry Weatherspoon organizaron un grupo de traficantes de drogas muy próspero. La ganancia anual es de unos tres millones de dólares.

—¿Weatherspoon? —El viejo parecía totalmente desconcertado.

—Déjeme explicarle, señor Watkins. La mayor parte de lo que voy a decirle se basa en un trabajo de deducción, pero tengo pruebas fehacientes de que mis deducciones son correctas. Todo comenzó en Vietnam. Weatherspoon era agente de narcóticos, y trabajaba con el ejército. La situación con las drogas en el ejército era mala. Weatherspoon averiguó quién era el que proporcionaba desde dentro de la tropa las drogas a los muchachos. Este vendedor tenía un contacto que se las proporcionaba. Weatherspoon averiguó que el contacto era su hijo. Antes de que el vendedor de drogas, Mitch Jackson, pudiera ser arrestado, murió en batalla. Weatherspoon debe de haber descubierto cuánto dinero pasaba por sus manos. Era un hombre muy ambicioso, de manera que se puso en contacto con su hijo, e hicieron un negocio. Cuando les dieron la baja, tuvieron la idea de usar ranas envasadas para proporcionar heroína a los millonarios adictos. La droga venía en unos pequeños sobres, que supuestamente eran una salsa para acompañar las ancas de rana. La idea era buena y segura. Su hijo consiguió una enorme lista de clientes, y así les enviaba la heroína en las latas de ancas de ranas, una vez por mes. Weatherspoon se ocupaba del envasado y su hijo trataba con los clientes y proporcionaba la droga. Luego sucedió algo. No sé qué, pero de pronto Weatherspoon decidió abrirse. Ya había ganado medio millón de

dólares, de manera que decidió abandonar el negocio. Tal vez tuvo una pelea con su hijo, no lo sé. No importa. Como la mayoría de los traficantes de drogas que deciden salir del asunto, terminó muerto. La fábrica de productos de ranas, acaba de ser comprada por un mejicano llamado Edmundo Ruiz, con dinero de su hijo. Los dos imaginan que continuarán con el negocio, pero yo tengo pruebas suficientes como para enviarlos a la sombra por quince años.

Watkins permaneció inmóvil unos momentos, y luego me miró.

—Ya le he dicho que no quiero saber nada sobre mi hijo. Lo que usted me dice me consterna, y espero que Syd reciba su merecido. Supongo que debería agradecerse por decírmelo, pero no es asunto mío. Me resulta doloroso, por supuesto, pero Syd siempre nos provocó dolores de cabeza, tanto a Kitty como a mí. Usted habló de que yo podría estar involucrado. —Me miró directamente—. ¿Estoy involucrado?

Ignoré su pregunta, porque no deseaba tranquilizado.

—Es extraño cómo suceden las cosas, señor Watkins —continuó—. Hace unos diez días, la agencia recibió un pedido del finado Frederick Jackson para que tratáramos de encontrar a su nieto. Como Jackson nos envió cien dólares en carácter de depósito, aceptamos la misión, pero sólo porque Jackson le recordó al coronel Parnell que su hijo, Mitch, que había servido en Vietnam bajo sus órdenes, había ganado la Medalla de Honor. Yo tenía la tarea de encontrar a Johnny Jackson. Mientras hacía averiguaciones, descubrí al grupo de traficantes de drogas. Este parece ser un asunto lateral, aunque es importante. Todavía no he encontrado a Johnny Jackson. El otro día le pregunté si lo había visto recientemente, Y usted me dijo que no. En ese momento tuve la impresión, y ahora estoy seguro de que usted no me dijo la verdad. Entonces, vuelvo a preguntarle: ¿Ha visto recientemente a Johnny Jackson?

Se miró las manos pero no respondió.

—¿Ha visto recientemente a Johnny Jackson? —repetí.

Por la expresión penosa de su rostro vi que se preparaba a decir otra mentira, pero en ese momento se abrió la puerta y entró Bibi Mansel.

—¡Bien, basura, vete de aquí! —gritó—. ¡Va te estás yendo!

La miré. Llevaba una remera que destacaba sus pequeños pechos redondos, y unos *jeans* ajustados. Sus largos cabellos negros eran sedosos y le llegaban casi hasta la cintura. Su rostro pequeño y blanco era duro como una piedra.

—Por supuesto —dije y me puse de pie. Miré a Watkins, que seguía mirándose las manos—. Señor Watkins, no ha contestado a mi pregunta.

Bibi se abalanzó sobre mí, me tomó del brazo y me obligó a volverme.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

La miré, y luego recordé el dormitorio femenino, el osito de paño, las ropas en el placard y la Medalla de Honor en la pared.

—Tranquilízate. Ya me voy.

Ella fue hasta la puerta y la abrió de golpe.

—¡Fuera de aquí!

Al pasar junto a ella, apreté un mechón de sus sedosas trenzas negras y le arranqué la peluca. Ella gritó, y luego su mano se alzó para golpearme, pero la tomé por las muñecas.

Miré sus rubios cabellos de corte masculino. Parecía una réplica de la fallecida Jean Seberg.

Le sonreí.

—Hola, Johnny Jackson —musité—. Por fin te he encontrado.

El ruido de los pesados camiones en la ruta distante era el único sonido en el ordenado y cómodo *living*.

Wally Watkins parecía haberse convertido en una piedra. Johnny también estaba inmóvil. Me miró, y luego lo miró a él.

No interrumpí el silencio.

Luego Watkins dijo con suavidad:

—Creo, querido Johnny, que deberíamos dar una explicación al señor Wallace.

—¡Ah, hazlo! —exclamó, arrancándome la peluca—. ¡Cuéntale! —y salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta de golpe.

Watkins me miró.

—¿Quiere un *whisky*, señor Wallace? Tal vez será mejor que se lo sirva usted mismo. Me molesta la rodilla.

—Cómo no, pero ¿y su cena? —Fui al bar y serví dos bebidas—. Siento mucho todo esto; señor Watkins.

—Ah, la cena puede esperar. No es nada importante. —Tomó el vaso, miró el color del *whisky* e hizo un gesto afirmativo—. La medida justa, señor Wallace.

Llevé mi vaso al sillón y me senté.

—No tiene por qué explicarme nada, señor Watkins. He encontrado a Johnny Jackson y con eso termina mi misión —aduje.

—Ojalá fuera tan simple —suspiró él, y bebió un sorbo de su vaso—. Quiero que conozca la historia de Johnny Jackson, y luego será usted más bondadoso con ella.

Encendí un cigarrillo y me aflojé.

—Bien. Cuénteme.

—Seré lo más breve posible. Tanto Kitty como yo hemos participado en esta triste historia desde el comienzo. Estábamos desilusionados con nuestro hijo. Pero nos gustaban mucho los niños. Cuando Johnny vino por primera vez a Searle a nuestro negocio, los dos nos interesamos en ella. Ambos pensamos que era un muchacho. Sabíamos cómo vivía el viejo Fred y le preguntamos a Johnny si no deseaba darse un baño una vez a la semana en nuestra casa. El viejo Fred nunca se bañaba. En realidad no había baño en su cabaña. A Johnny le encantó la idea. De manera que lo veíamos regularmente y le tomamos cariño. Señor Wallace, incluso llegamos a considerar a Johnny nuestra propia hija. A medida que Johnny crecía Kitty comenzó a sospechar que no era un muchacho, sino una chica. Para esa época Johnny ya nos quería mucho, pero no tanto como a ese viejo sucio y grosero. Una noche, cuando vino aquí para bañarse, decidió hacernos confidencias. —Watkins hizo una pausa para beber otro sorbo de su vaso, y luego continuó—. Su madre, Stella Costa, había salido con Mitch Jackson antes de que lo reclutaran. Había algo en Mitch que fascinaba a las mujeres. Cuando Stella quedó embarazada de Johnny, rogó a Mitch que se casara con ella y él le dijo que sólo si tenía un hijo varón se casaría con ella a su regreso de Vietnam. Esta mujer deseaba realmente casarse con Mitch. Yo no lo comprendo, pero, en fin. Entonces cuando nació el bebé, una niña, Stella comprendió que Mitch no se casaría con ella. Desesperada, inscribió a la niña como Johnny Jackson, sexo masculino, y envió a Mitch una copia del certificado, recordándole su promesa. Bien, parece que los Jackson eran muy raros. Sólo se interesaban en los herederos de sexo masculinos. Ninguno de ellos tenía tiempo para las herederas. Mitch contestó la carta, encantado, y renovó su promesa de casarse con Stella a su regreso. Stella crió a la criatura como si fuera un varón. Ella misma tenía muchas dificultades porque Mitch no le enviaba dinero. Johnny, que ya tenía ocho años, le resultaba un obstáculo, y decidió enviárselo a su abuelo. Explicó la sórdida historia a Johnny, convenciéndola de que nunca debía decir al viejo Jackson que era una muchacha, ya que a esa edad a Johnny le gustaba ser un chico. El viejo Jackson estuvo encantado de tener un nieto. A pesar de su rudeza, trató bien a Johnny y Johnny llegó a amar y a admirar a ese viejo. Nos contaba que por las noches, el viejo Jackson le

narraba recuerdos de su vida, de sus peleas con los caimanes, y le hablaba de Mitch. Así pasaron los años. Luego, por supuesto, Johnny fue convirtiéndose en una muchachita. A menudo el viejo Jackson le hablaba de las muchachas, y le decía cosas crudas y brutales, y Johnny se dio cuenta de que si el viejo descubría que era una muchacha, perdería su afecto. —Watkins me miró—. Es triste, ¿verdad? Por esa época Johnny realmente idolatraba al viejo, y cada vez se convencía más de que él terminaría por darse cuenta de que ella era una muchacha. En ese entonces mi Kitty ya había muerto, pero Johnny venía regularmente una vez por semana a bañarse, y charlábamos. Se vendaba los pechos para engañar al viejo Jackson, pero el miedo de ser descubierta era demasiada carga para ella. Le aconsejé que lo dejara y viniera a vivir conmigo. Pensando que no podría enfrentar su furia cuando descubriera la verdad, ella aceptó. Ninguno de nosotros imaginó que el viejo Jackson fuera a escribir al coronel Parnell. Entonces usted vino a investigar y ahora ha descubierto la triste verdad. Ya sabe toda la historia, señor Wallace. No tenemos nada de qué avergonzarnos. Ahora nada importa porque Johnny se marchará. Le he encontrado un trabajo en Los Angeles. Mi sobrino tiene allí un negocio de ropa femenina y la tomará como empleada. Se marchará mañana y espero que sea feliz. —Sonrió con tristeza—. La echaré de menos.

—Eso puedo comprenderlo, señor Watkins. —Lo miré pensativamente—. Pero todavía quedan muchos cabos sueltos. El dinero, por ejemplo.

Su expresión demostró sorpresa.

—¿Dinero? ¿Qué dinero?

—El dinero del viejo Jackson.

—¿Tenía dinero? No sé nada de eso.

Pensé que no me mentía.

—Johnny dejó a su abuelo hace unos dos meses —dije—, y vino a vivir con usted. ¿Sabe usted a qué se dedicaba?

—Me contó que tenía trabajo en Miami, en algún club. No era asunto mío. Sólo estaba aquí los fines de semana. Nunca hay que averiguar demasiado sobre los asuntos de los jóvenes, señor Wallace.

—Creo que tiene razón. Tengo que hablar con Johnny, señor Watkins. Hay algunos cabos sueltos que es necesario atar. Espero que ella sea franca conmigo, pero no lo será si usted permanece aquí. ¿Le molestaría dejarnos solos?

Él lo pensó, y luego sacudió la cabeza.

—No tengo por qué quedarme. Sólo le pediré que sea amable con ella. Esa muchacha ha tenido una vida dura, señor Wallace, y yo la quiero mucho.

Me puse de pie.

—Permítame que le sirva otra copa. Trataré de no demorar mucho tiempo, para que ustedes dos puedan cenar.

—Gracias.

Le serví otra copa y fui hasta la puerta.

—Sea bueno con ella —volvió a pedir él.

Fui al corredor, llamé a la puerta del segundo dormitorio, y entré. Ella me esperaba. Estaba tendida en la cama, abrazando el osito. Llevaba la peluca rubia y su expresión era de enojo.

—Hablemos —sugerí, cerrando la puerta. Tomé una silla y me senté a horcajadas—. ¿Qué sucedió con el dinero de tu abuelo?

Ella apretó el osito contra su cuerpo.

—Yo lo tomé.

—¿Puedes hablarme de eso, Johnny?

Ella vaciló, luego se encogió de hombros.

—Él quería dárselo a Mitch, y cuando mataron a Mitch al hijo de Mitch, y si Mitch no tenía un hijo varón quería legar el dinero al Fondo de Veteranos Inválidos.

—Lo sé. Como tú eras su nieta no podías reclamar el dinero.

—Así es. Lo tomé porque el hijo de puta de Weatherspoon trataba de robarlo.

—Vamos más despacio, Johnny. ¿Sabes algo sobre los traficantes de drogas y la fábrica de productos de ranas?

—Sí, algo sabía. Me lo contó mi madre.

—¿Sabías que tu padre, Weatherspoon y Stobart trabajaban juntos?

—Mi padre ya estaba muerto cuando esos dos se juntaron. De manera que, muy bien, mi padre era traficante de drogas pero ¿con eso qué? Murió para salvar a diecisiete chicos, y ganó la Medalla de honor.

No intenté decirle que Mitch había entrado en la jungla para tratar de salvar su dinero semanal.

—¿Qué hiciste con el dinero, Johnny?

Ella me miró, con ojos furiosos.

—¿Qué cree que hice? Escúcheme, yo amaba a mi abuelo. Fue la única persona en mi vida que me trató como a un ser humano. No cuento a Wally o a Kitty que hicieron tanto por mí, pero el abuelo era diferente. Me encantaba sentarme junto a él y escucharlo hablar. ¡Qué hombre! Hice que me contara una y otra vez su pelea con el caimán y la forma en que perdió las piernas. Quizás estaba un poco chiflado. Odiaba a las mujeres. Nunca me dijo por qué.

Solía decir: «Johnny, los hombres tenemos que mantenemos unidos. Las mujeres causan más problemas en este mundo que las serpientes». Tenía locura por el dinero. No tenía en qué usarlo. Ahorraba y ahorraba. Y ponía el dinero en un agujero bajo su cama. «Cuando yo me haya ido, Johnny», me decía, «llévate el dinero. Yo no lo necesito. Tal vez tú sí. Eres mi nieto, quiero que tú lo tengas cuando yo me haya ido». Por otro lado yo sabía que como era mujer él se rehusaría a dármelo. Y si se enteraba de que yo era una muchacha, me echaría. Entonces llegó la noticia de que Mitch había muerto y ese hombre Stobart vino a ver al abuelo. Yo estaba en la habitación del fondo de la cabaña y oí lo que decían. —Acarició al osito, sin mirarme—. Primero dijo que era amigo de Mitch. Le contó que Mitch y él habían hecho negocios juntos y que Mitch había dicho que, si algo le sucedía, su padre era quien debía recibir su parte del negocio y si su padre estaba muerto que buscara a Johnny, el hijo de Mitch. Mi abuelo respondió que él no iba a aceptar ese dinero. Pero Stobart insistió. «Mitch y yo éramos muy amigos. Los negocios son los negocios, exclamó. Tal vez usted no lo desee, pero el chico lo necesitará». Y durante los siguientes seis años todos los meses recibíamos una carta. El abuelo no sabía que yo había escuchado. Ni siquiera se preocupaba por abrir los sobres, sino que los colocaba en el agujero junto con sus ahorros.

—¿Contaste el dinero, Johnny?

—Era demasiado para contarlo. Abandoné cuando llegué a los quinientos mil.

—¿Y tienes todo ese dinero?

Ella me miró.

—Ya no. No me pertenecía. Lo puse en una caja y lo envié a los Veteranos Inválidos de Nueva York como donación anónima. Era lo que quería el abuelo, y así lo hice.

La miré consternado.

—Pero pudiste haber guardado todo ese dinero, Johnny.

Me miró con furia.

—¿Qué piensa que soy... una ladrona?

—Lo siento. Creo que eres una buena chica, de veras.

—Basta de tonterías. Mi abuelo era todo para mí. Si su nieto no podía recibir el dinero, los Veteranos Inválidos debían recibirlo. Yo no era su nieto. Era su nieta. Usted habría hecho lo mismo, ¿verdad?

—¿Crees que yo habría hecho lo mismo? Eso espero, Johnny. Eso espero.

—¿Ha terminado? Quiero ir a servirle la cena a Wally.

—Todavía no. Háblame de Weatherspoon.

Sus ojos se nublaron y nuevamente acarició al osito.

—¿Qué quiere saber de él?

—Asesinó a tu abuelo.

—Sí.

—Cuéntame.

Ella vaciló y luego dijo:

—Yo había dejado al abuelo y estaba trabajando en el Skin Club. Mi madre me consiguió el trabajo.

—Iba a ver a Wally todos los fines de semana. Usaba el coche de mi madre. Todo el tiempo pensaba en el abuelo. A menudo iba allá y lo miraba junto al estanque de las ranas. Deseaba hablar con él, pero sabía que ya no me querría. Fui allí el día en que lo asesinaron. El hijo de puta de Weatherspoon estaba hablando con él en la cabaña cuando me acerqué al estanque. Estaba gritando algo referente al dinero, luego oí un disparo. —Cerró los ojos y sus manos apretaron al osito—. Weatherspoon salió de la cabaña, con un arma en la mano. Parecía aterrorizado. Luego pudo oírse el ruido de su coche que venía por el sendero. Weatherspoon corrió a esconderse entre los arbustos. Supe que algo terrible había sucedido y sentí un miedo mortal. Usted llegó y fue a la cabaña. Weatherspoon y yo, desde nuestros escondites, lo observábamos. Cuando usted se alejó, Weatherspoon entró corriendo en la cabaña y salió sin el arma. Subió a su motocicleta, que había dejado detrás de la cabaña, y se alejó. Va entré en la cabaña. —Se estremeció—. El abuelo estaba muerto. Tomé el dinero del agujero bajo la cama, la medalla de mi padre y todos los papeles del abuelo, y volví a la casa de Wally. No le conté a Wally lo que había sucedido ni lo que había visto. Eso es todo. ¿Ahora puedo irme y servirle la cena a Wally?

Me puse de pie.

—Gracias, Johnny, creo que ahora todo está claro.

Ella se levantó de la cama, sin soltar al osito.

—No volverá a molestarnos, ¿verdad?

La miré directamente, y luego le pregunté, siempre en voz baja:

—¿Con qué lo golpeaste, Johnny?

Ella se puso tiesa y su rostro palideció.

—Yo no... ¿qué está diciendo?

—Tú mataste a Weatherspoon —repliqué, siempre hablando en un susurro—. Cuando él volvió a la cabaña en un último intento desesperado por encontrar el dinero de tu abuelo, tú estabas allí. Tú lo viste destrozarse la cabaña a hachazos. Lo seguiste hasta el estanque de las ranas y lo golpeaste. Él cayó

al estanque y se ahogó y, al caer, agarró tu peluca. La tenía en la mano cuando lo sacamos.

Se le doblaron las rodillas y se sentó bruscamente en la cama. Tomó el osito y lo apretó contra sus pechos.

—Así sucedió, ¿verdad Johnny?

Ella pareció sacar fuerzas del osito. Le volvieron los colores a la cara, los ojos se le iluminaron.

—¡Sí, yo lo maté! ¡Y me alegro! ¿Me oye? ¡Me alegro! ¡Él mató a mi abuelo! ¡Va amaba a mi abuelo! ¿Me oye? ¡Me importa un carajo lo que me suceda! ¡Vaya, cuénteles todo a la policía! ¡Fue el momento más grande de mi vida cuando lo vi ahogarse! ¡Vaya! ¡Llame a la policía! —Las lágrimas comenzaron a rodar por su rostro. Se las enjugó con un gesto impaciente—. ¡Vaya, si quiere, pero déjenos, yo esperaré a la policía! Estoy harta de escaparme.

—Hoy fue la investigación por la muerte de Weatherspoon —continuó en voz baja—. El veredicto fue muerte por accidente. En lo que a mí respecta, está bien así. Un hombre que arruina a la gente con drogas no merece vivir. Hiciste un buen trabajo, Johnny.

Ella me miró con los ojos muy abiertos. Comenzó a decir algo y luego se detuvo.

—Te deseo suerte, Johnny —agregué—. Espero que encuentres una vida mejor. —Le sonreí—. Eres joven. Tienes toda la vida por delante. Aprovéchala y no vuelvas nunca a Searle.

Ella comenzó a sollozar, haciéndome un gesto para que me alejara.

—Voy a tocar el tambor a otra parte —jadeó.

La dejé sollozando con su osito.

No me detuve a despedirme de Wally Watkins.

Salí de la casita, y fui hasta mi auto. Encendí un cigarrillo, y me quedé pensando unos minutos.

Al día siguiente daría mi informe al coronel Parnell, pero antes habría que corregir algunos detalles. El coronel seguramente entregaría mi informe al agente de la División de Narcóticos que allanaría la fábrica de productos de ranas y la lujosa casa de Syd Watkins. Encontrarían suficientes pruebas como para poner a la sombra a Watkins y a Ruiz durante mucho tiempo. Me pregunté qué sería de Stella. Veía negro su futuro, considerando su edad. Me

pregunté qué le sucedería. Pero ella era dura y probablemente sobreviviría. Puse en marcha el motor.

Diría al coronel que, aunque había descubierto a un grupo de traficantes de drogas, no había logrado hallar a Johnny Jackson. Y le preguntaría si deseaba que continuara la búsqueda. Conociendo al coronel, estaba seguro de que no querría gastar más dinero. Descubrir a un grupo de traficantes de drogas le resultaría suficiente. Cuidaría de que la publicidad tuviera muy en cuenta a la agencia.

Mientras me dirigía a Searle comprendí que, al encubrir a Johnny Jackson, sería yo quien echara mano a una hoja de parra para ocultar la verdad.



JAMES HADLEY CHASE (Londres, Inglaterra, 24 de diciembre de 1906 - Corseaux, Suiza, 6 de febrero de 1985). Fue uno de los seudónimos utilizados por René Babrazon Raymond para firmar sus obras de tipo negro y criminal.

Antes de dedicarse a la escritura, Chase trabajó como vendedor de enciclopedias o mayorista de libros. Prolífico en el campo de la novela negra tipo pulp, con inevitables referencias a la prohibición y a los gángster, Chase llegó a publicar, entre sus cuatro seudónimos, más de ochenta volúmenes.

Sus obras más importantes son: *El secuestro de miss Blandish* (1939), *Con las mujeres nunca se sabe* (1942), *Eva* (1945), *Más mortífero que el hombre* (1946), *Acuéstala sobre los lirios* (1950), *Fruto prohibido* (1956) y *Un loto para Miss Quon* (1961).

En 1966 Chase dejó Inglaterra por Francia para, finalmente, trasladarse a Suiza, donde vivió en Corseaux hasta su muerte.

Notas

[1] *Snipers*: cierta clase de minas. (*N. de la T.*). <<

[2] *Placard*: En Sudamérica, armario empotrado. (*N. del E.D.*). <<

[3] *Biblioratos*: En Argentina y Uruguay, carpeta de cartón, de lomo ancho, con anillas metálicas, que sirve para archivar documentos. (*N. del E.D.*). <<

[4] *Sachet*: En Argentina y Uruguay, envase sellado de plástico flexible o papel plastificado que se usa para contener diversos líquidos, como leche o champú. (*N. del E.D.*). <<

JAMES HADLEY CHASE

Para cubrir las apariencias



Lectulandia